

BIBLIOTECA "RODÓ"

de Literatura
e Historia

AUTORES
URUGUAYOS

ISMAEL CORTINAS

TEATRO

FARSA CRUEL. - EL CREDO.
LA ROSA NATURAL.

Con una Conferencia a propósito de nuestro teatro

Perfil de Ovidio Fernández Ríos



CLAUDIO GARCIA & CIA. — EDITORES
CALE SARANDI 441
MONTEVIDEO

1 9 4 1

1168179. C864. Ag. Eja.

BIBLIOTECA "RODÓ"

ISMAEL CORTINAS

TEATRO

FARSA CRUEL. - EL CREDO.
LA ROSA NATURAL.

Con una conferencia a propósito de
nuestro teatro

Perfil de Ovidio Fernández Ríos



CLAUDIO GARCIA & CIA. — EDITORES
CALLE SARANDI 411

MONTEVIDEO

Propósitos

Con la inquietud de una superior manifestación de cultura, nace en Montevideo, con universal destino, la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", la que dará cabida, exclusivamente, en sus ediciones, a lo más escogido de las letras nacionales.

Abre sus rumbos hacia una finalidad de elevadas directivas, colocando por encima de toda solicitud utilitaria, un serio propósito espiritual y un noble afán de divulgación seleccionada, de los más calificados valores de la literatura uruguaya.

En todos los grandes centros intelectuales del mundo, donde el pensamiento realiza su alta función social; en todos los países, donde las letras, en sus distintas manifestaciones, fundamentan un valor civilizador y dan carácter de personalidad a la nación misma, existen organismos editoriales, — y algunos con carácter de institución pública, — dedicados exclusivamente a la difusión de libros de los escritores nativos más caracterizados y de mayor influencia en la cultura ambiente.

Y estas empresas de propagación bibliográfica, no sólo realizan una siempre benéfica misión educadora, quizá la más alta que comprende el concepto humano; no sólo vincula con facilidad de nexo al pueblo con sus pensadores, sabios, novelistas, dramaturgos y poetas, sino que, además, desprende fuera de fronteras, poderosas corrientes que contribuyen a dar perfil de prestigio a la fisonomía moral del país de origen.

Y nuestra república, que por glorioso destino es cuna de grandes hombres de letras — tanto, que sus obras han contribuido profunda y brillantemente a dar carácter al pensamiento americano, — requiere necesariamente y en forma organizada y de efectiva permanencia, una Biblioteca de escritores nacionales, los más notables y calificados.

Varias han sido las iniciativas de carácter editorial que han habido en nuestro país; pero indudablemente, fuerza es destacarlo, el más extraordinario esfuerzo en tal sentido es el realizado por CLAUDIO GARCIA y Cía., La Editorial LA BOLSA DE LOS LIBROS, que lleva ya impresos más de medio millón de volúmenes, correspondientes a ediciones de centenares de libros de distinto carácter y de autores de nacionalidad varia. Y el mismo espíritu animador de toda esa cuantiosa obra editorial, es el que mueve esta patriótica iniciativa dando vida a

la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", en cuyas ediciones, que serán mensuales, cabrán todas aquellas obras, ya publicadas o inéditas, cualquiera sea su tendencia, su carácter, su orientación literaria, filosófica, histórica, política, etc., y cualquiera su época, siempre que se ajusten a una máxima condición sustancial: que sean obras de selección, gratas al espíritu y al entendimiento, altas en concepto y en belleza, y, fundamentalmente, dignas del espíritu civilizador de la República.

LA DIRECCION.

FARSA CRUEL

EL CREDO

LA ROSA NATURAL

Biblioteca "Rodó"

Director: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

*Este volumen se publica bajo los auspicios
del Comité Nacional de Homenaje a*

Ismael Cortinas

constituído por: Dr. Eduardo Acevedo, Sra. Juana de Ibarbourou, Dr. Emilio Frugoni, Dr. Juan Andrés Ramírez, Dr. Pedro Díaz, Dr. Gustavo Gallinal, Dr. Dardo Regules, Sr. Ovidio Fernández Ríos, Dr. Carlos Ma. Prando, Dr. José Ma. Delgado, A. Montiel Ballesteros, Dr. Eduardo Rodríguez Larreta, Sr. Julio Caporale Scelta, Sta. Ana Amalia Clulow, Sr. Francisco Spínola (hijo), Dr. Francisco Bonavita, Sr. Ernesto Pinto, Sr. Luis Torres Ginart. - Sr. Orestes Baroffio, Presidente. Sra. Haydée Ferreira Machado, Secretaria.

Montevideo, Marzo 10 de 1941.

FICHA BIOGRAFICA

Ismael Cortinas nació en San José el 17 de Junio de 1884, siendo sus padres don Miguel Cortinas y doña Ventura Peláez Maciel.

Fué diputado, en distintas legislaturas, por San José, Montevideo y Salto. Miembro de la Asamblea Constituyente en 1917. Senador por Flores y Miembro del Consejo Nacional de Administración, cargos todos desempeñados como representante del Partido Nacional.

Periodista, fué redactor de "La Democracia" y "Diario del Plata", habiendo también desempeñado la corresponsalia de "La Nación" de Buenos Aires, en Europa.

Como escritor, obtuvo el primer premio en el Certamen realizado conmemorando el Centenario de la Batalla de las Piedras, con el trabajo "De la Raza" en colaboración con el doctor Wáshington Beltrán. El teatro nacional lo contó como uno de sus destacados propulsores, siendo autor de "El Credo", comedia en tres actos, con la que obtuvo el primer premio en el Concurso Labardén, realizado en 1908, y estrenada en el Teatro Solís por la Compañía Arellano-Estévez. En 1910, estrenó también en el mismo coliseo, "La Rosa Natural"; "René Mason", comedia de tesis en tres actos, estrenada en el Teatro Cibils; "Farsa



Cruel", estrenada en el Teatro 18 de Julio en 1914, por la Compañía Arellano-Tesada; "Cosas de América" en 1916; "Fuego Sagrado", comedia en tres actos y "Oro Muerto" en dos actos. Siendo aún adolescente, estrenó en el Teatro de San José, por la Compañía Dalman, su primera obra: "Los dos altares".

Político de fuerte personalidad, carácter recio, sufrió, por su amor a las libres instituciones de la República, persecuciones y destierro. Fué Presidente de la Sociedad Uruguaya de Autores Teatrales y Vice Presidente de la Cámara de Diputados.

Murió el 2 de Abril de 1940.

PERFIL

La aparición del presente volumen configura la realización de un doble propósito. En primer término, proseguir con el cumplimiento del programa editorial impuesto por la BIBLIOTECA RODO de dar a publicidad obras que constituyan real valor en las letras uruguayas, —en cuyo caso se encuentra la prestigiosa labor literaria de Ismael Cortinas,— y en segundo, darle a esta edición el inconfundible carácter de una adhesión cálida y expresiva, a los homenajes que la República, por medio de sus hombres más representativos en el pensamiento, tributa a la ilustre memoria de un ciudadano ejemplar y destacado hombre de letras.

Porque en realidad este doble aspecto tuvo la recia y brillante personalidad de Ismael Cortinas. Forjó desde niño su talla vigorosa en la activa y ardiente militancia política, y hasta su cuna —en un hogar familiar a las leyendas de los temerarios caudillos,— se mecía en medio de inquietudes guerreras, donde el clarín revolucionario daba el agudo toque de atención a las bravas legiones montoneras, y la pasión, —mística del coraje,— ponía para las patriadas, filo de epopeya a las medias lunas gauchas. El mismo Roxlo, compañero en andanzas épicas de Cortinas, lo dice, de que éste, "criado en un hogar que turbó la política, anduvo desde niño entre caudillos y revolucionarios". Así

creció, y su talento claro, de natural esencia, lo llevó a ser brillante universitario. Las letras también tenían preferente lugar en su vocación, y en 1903, estrenaba con éxito, en San José, su ciudad natal, su primera obra teatral, "Los dos altares". Y así repartía en sus años mozos su actividad intelectual. Pero algo más fuerte que el amor a las aulas y a la literatura, lo alejó de ellas un día. La herencia de sangre y el influjo apasionado de la tradición, fueron imperativos revelados. Y adolescente aún, incorporado a las divisiones revolucionarias de 1904, caía gravemente herido en los campos de Masoller donde actuó valientemente como secretario del famoso jefe blanco, don Cicerón Marín.

Vuelto el país a la normalidad, Cortinas, revelando excepcionales condiciones de periodista, pone nuevamente su juventud y su talento, y sobre todo su carácter combativo y apasionado, al servicio de los ideales de su partido político, y es así cómo lo vemos a los 20 años como destacado redactor de "La Democracia", y poco más tarde —ausente su director responsable— por decisión del Directorio de su partido, asume, conjuntamente con Wáshington Beltrán, la dirección política del referido diario nacionalista. Pero una inquietud literaria, de distinta orientación, lo lleva a campos de letras más propicios a la belleza; y puesto en juego otra vez su fuerte inclinación vocacional, afila su ingenio en la tesis social, extrae elementos activos de su fondo y, llevándolos a la escena, triunfa brillantemente con "El Credo", en el inolvidable concurso teatral "Labardén", cuyo jurado lo constituían Rodó, Pérez Petit y Blixén, siendo estrenada dicha obra

en el Teatro Solís, en 1908, por la Compañía Arellano-Estévez.

Pocos años después vuelve a compartir honores con Beltrán, —aquel otro valor intelectual en potencia eminente y afirmativa, "aquella silueta fina de acento que arrebatava a las masas, como un Camilo Desmoulins" dijera de él el Dr. Martín C. Martínez;— pero esta vez honores de una nueva jerarquía, como fué el triunfo conquistado con el cuento "De la Raza" en el certamen literario realizado con motivo del Centenario de la Batalla de las Piedras. (El destino de ambos quiso que la muerte los vinculara en un 2 de Abril: Beltrán en 1920 y Cortinas en 1940).

El teatro continuó su obra de fuerte atracción sobre Cortinas, escribiendo luego "La Rosa Natural" y "René Mason", comedias argumentadas como "El Credo", sobre tesis de razón circunstancial, ya que los problemas planteados configuraban una agitación social de la época. En tanto, no abandona su actividad periodística, pero esta vez, en 1912, con don Antonio Bachini, como redactor de "Diario del Plata", y más tarde como corresponsal de "La Nación" de Buenos Aires, enviado especial a Europa.

Vuelto del viejo continente, donde aprovechara sabias enseñanzas en todos los órdenes de la vida activa del espíritu y del pensamiento, fácil de captar a su claro talento, afinado en el brillante ejercicio y de ágil adiestramiento disciplinado, Cortinas vuelve a retomar con renovadas energías, sitio de preferencia en la militancia política, y así lo vemos representando a San José en la Asamblea Constituyente de 1917 y destacándose en sus memorables debates. Armoniza esta

labor con su responsabilidad como director, nuevamente, de "La Democracia"; esta vez compartiendo funciones con Carlos Roxlo y luego con Eduardo Rodríguez Larreta.

Ciclo de intensa actividad ese, en que le toca actuar a Cortinas. Diputado primeramente por San José y luego por Montevideo, interviene con eficacia en el debate de varios importantes proyectos, entre ellos el de Saneamiento, el que provocó una ruidosa interpretación que epilogó en un duelo entre Cortinas y el entonces Ministro de Obras Públicas Ingeniero Humberto Pittamiglio. Apasionado e impetuoso, fué siempre digno adversario, lo que personalmente pudimos comprobarlo en algunas oportunidades, fuera en el Parlamento o en la actividad popular, en aquellas horas en que nos tocó actuar en sectores de opuestas ideologías políticas y sociales. Y si fué ponderada y eficaz su acción legislativa o de gobierno, fuera en su investidura de diputado, senador o consejero, donde dejó huellas brillantes de su talento y capacidad de hombre de Estado, lo fué así mismo como tribuno y escritor de calificada jerarquía; en el periodismo sentó cátedra de acción combativa, apasionada e irreductible, pero noble y leal a sus principios, y siempre digno en el terreno de las responsabilidades; en la tribuna era de verbo encendido y sostenía el fundamento de sus ideales con pasional elocuencia, a veces agudizada por su entrañable y original fervor partidista; como escritor, su pluma labró páginas de calificada contextura literaria, y en la comediografía fué un vigoroso realizador, culminando su labor tea-

tral con sus obras "Farsa Cruel" y "Cosas de América".

Tal, esbozadas rápidamente, en un breve perfil, la personalidad, vida y obra de Ismael Cortinas, a quien la BIBLIOTECA RODO rinde su homenaje con la edición de este volumen, incompleto en cuanto a sus obras, pero que terminará la total publicación de las mismas en una futura edición. Homenaje al escritor y al ciudadano; al hombre de vigoroso pensamiento y de alta comprensión de la belleza espiritual, realizada en la brillante forma de expresividad y de concepto; al hombre de recia personalidad moral; ciudadano de encumbrada dignidad en el ejercicio de sus altas funciones, en el llano con el pueblo y en el gobierno con la ley; insobornable al halago de la mediocridad concupiscente; recto en sus directivas, y rebelde e implacable admonitor de dictaduras; abnegado en el sacrificio, altivo en el destierro y siempre en alto y puro su ideal por la Libertad y la Democracia, configura, pues, su perfil, una línea recta y armoniosa trazada hacia la Historia.

Aunque adversarios en el ardiente afán común de hacer patria de hombres libres, nos sentimos emocionados al rendirle también nuestro tributo personal, leal y encendido de viejos recuerdos, recuerdos de una juventud romántica y combativa, luchadores y poetas que en medio de la acción áspera y violenta, construían barricadas que, en la transfiguración del milagro lírico, parecían levantarse con las piedras preciosas de todos los ensueños, de todas las ansias de justicia y de todas las gloriosas y enaltecidas esperanzas.

OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

Marzo 1941.

A PROPÓSITO DE "TEATRO NUESTRO"

Disertación pronunciada en el Teatro Urquiza precediendo a "Farsa Cruel" en su 12ª representación, a beneficio de la Comisión "Damas de Caridad".

Señoras, señores:

Una consideración de índole estética, ha influido para que en esta fiesta se suprimiera el clásico juguete cómico o dramático, reemplazándolo por una breve disertación sobre "teatro nuestro" que ha de oficiar, sin pretensiones, a modo de simple y modesto "lever de rideau". La gentileza de las damas que os han congregado con fines filantrópicos me ha encomendado esa tarea y aquí me tenéis, cumpliendo el cometido, no para dar una conferencia, como benévolamente se ha dicho, sino para decir cuatro palabras, ya que sería indisculpable petulancia —no siendo orador, ni presumiéndolo, siquiera— obligaros a escuchar un largo monólogo, cuando necesito de toda vuestra bonhomía para soportar los diálogos de mis personajes.

Al fin y al cabo, si la cariñosa y "original" solitud que suele prodigarse a los autores para que ha-

blen después del espectáculo, puede insinuarse aquí — a pesar de las mejores intenciones—bueno es anticiparse y hablar antes del fallo, para evitar concesiones impuestas por la galantería de un público favorablemente predispuesto para la producción casera. Hablemos, pues, del “teatro nuestro”, con la ingenuidad, si se quiere, de los niños que sueñan en las hazañas épicas de sus soldaditos de plomo, pero con la buena fe que palpita en aquel juego, inocente, sí, pero juego al fin, que es regocijo íntimo, emoción, idealidad y por consiguiente, manifestación primaria de arte y de belleza. Tal vez algún escéptico sonría, ya que es común acostumbrarse a vivir de prestado, considerando que existen privilegios seculares a favor de las viejas sociedades que nos envían todo: arte, literatura, ciencias, modas. Teatro nuestro, ¡pensará asombrado! Vaya una pretensión cuando falta todo: ambiente artístico, autores, actores, críticos y hasta... modistos! ¿Qué importa que tengamos alma nacional, modalidades propias, hábitos, costumbres y hasta originalidades lugareñas que acreditan una fisonomía moral sin máscaras que la deformen y le quiten su más genuina expresión?

¡Ah... ¿tenemos todo eso? dirá el escéptico, recordando al famoso Mr. Jourdain, inmortalizado por el genio de Molière. Y se quedará pasmado ante el hallazgo.

Por fortuna, se trata de casos de excepción y esta fiesta constituye la mejor prueba de que existe, por lo menos, simpatía íntima por las realizaciones del pasado y del presente, y una gran esperanza en las promesas del porvenir.

¿Y qué sería de nuestra sociedad, señores, si no se sintiera animada por el soplo impalpable pero fecundo de la simpatía: esa fuerza instintiva y propulsora que a todos nos ennoblece y nos dignifica, redimiéndonos de la precaria y misera condición humana? Renegaríamos de la más preciosa facultad creadora, de esa virtud que fundó pueblos y religiones, que conquistó desiertos, que afianzó solidaridades generosas, que dictó fórmulas científicas y que llegó, por fin, hasta la más alta cumbre: la de la belleza incorpórea y sutil: flor de la vida cuyo perfume es eterno porque prolifera en lo inmortal de nuestro ser — en los sentimientos y las ideas— para sobrevivirnos como una prolongación de la vida interior. Cierzo que comenzamos a subir la cuesta, pero, ¿acaso todos los pueblos que hoy pueden enorgullecerse de una cultura superior, no han tenido que realizar la misma ascensión? Concretándome al teatro —que es el tema elegido— fácil me sería demostrar en una breve incursión histórica, que nuestros balbucesos son precoces, si se comparan con el largo proceso evolutivo de los pueblos que nos sirven de ejemplo, ya que hay centurias interpuestas entre la primitiva tragedia Griega o la máscara italiana del Renacimiento o la farsa inocente de los galos o la prosopopeya castellana del siglo de oro y las realizaciones actuales que culminan con el verismo de Bracco, la espiritualidad de Rostand, la ternura de Bataille, la ironía de Benavente y la sátira de Bernard Shaw. Pero no incurriré en digresiones vanidosas a base de antologías, porque todos vosotros conocéis mejor que yo, el proceso literario de las edades hasta nuestros días, en que con brevísimo intervalo de tiempo, saboreáis des-

de aquí, la "première" de los triunfadores consagrados por el éxito europeo.

Hablaré, pues, de los nuestros... ya que también los tenemos grandes, indiscutidos, originales, heraldos de emoción y de belleza que marcaron jalones de gloria para las letras uruguayas. Prescindiré —para no abusar de vuestra atención— de lo que podríamos llamar ciclo primitivo, en que la personificación del gaucho malevo o del gaucho trova, declamaba preciosas décimas de Moratorio o de Regules en los escenarios de circo, para citar a los que posteriormente forjaron los cimientos del teatro nacional; y prescindiré también de los que actualmente colaboramos en la obra, ya que esa contribución, aún no ha sido depurada por el tiempo, que es el supremo juez. Sólo evocaré los nombres respetables y queridos: Florencio Sánchez y Samuel Blixén, ya que ellos bastan para sellar las credenciales del teatro uruguayo, no como promesa halagadora sino como realidades consagradas por el plebiscito nacional.

Blixén, señores, fué un precursor en la literatura teatral y un precursor estoico que supo elevarse sobre los gustos de la época, permaneciendo fiel a sus preferencias estéticas, contra todas las conspiraciones de un ambiente precario. Él soñaba escenas de distinción impecable y gentilicia, donde los personajes aletearían como visiones de ensueño; con rumor de versos en los labios, con gracia sutil y encantadora en el gesto, con perfume delicioso en el alma.

Más que un dramaturgo certero y pujante, fué un poeta de la escena, que no conmovió multitudes —cosa que tampoco se propuso— pero que tejió delicados poemas, prodigando el optimismo confortante en su deli-

ciosa "Primavera", discreteos voluptuosos en "Verano", dulce y serena melancolía en esa admirable joya que se llama "Otoño" y suave escepticismo en "Infierno". Después: "Ajena", "Un cuento del tío Marcelo", "Jauja" y tantas otras obras originales y amables, donde rivalizaban el donaire y la gracia, el estilo y la agudeza, el sentimiento y la serenidad. El ambiente no estaba preparado para la revelación, porque faltaban actores y público entusiastas y por eso Blixén no fué más fecundo, pudiendo repetirse lo que ya dije en otra ocasión: "que se fué para siempre sin haber desplegado las alas para remontarse en raudo vuelo, sin haber revelado el poema genial que palpitaba en lo íntimo, pensando acaso con Sully Prudhomme: "mis versos más bellos, no serán escritos jamás; de mi obra, lo mejor permanece en mí mismo". Pero, no ocultó la estrella rutilante que había escintilado en la noche y entonces, con el horizonte más claro, surgió el astro. ¡Florencio Sánchez!

Para hablar de su teatro necesitaría escribir un libro, porque hay genio palpitante en todas sus escenas, genio en la concepción, en el colorido, en la frescura, en el diálogo, en las frases, y hasta en los silencios. En las primeras obras palpita el alma de la raza y no hay soplo de verdad que supere al que aletea en "M'hijo el doctor", en "Barranca abajo", "La gringa" y "Cédulas de San Juan". Después el verismo crudo y amargo: "Los muertos", "En familia", "La pobre gente" y por último el teatro superior, el de emoción y de conceptos: "Nuestros hijos" y "Los derechos de la salud", páginas hermosas que pueden competir con las mejores del teatro contemporáneo.



Está demás, por lo tanto, el análisis crítico de toda su obra, desde que ella constituye el libro de oro del arte dramático americano, libro que todos sabemos de memoria y que sería pueril ir acotando página por página. Pero si es ocioso hablar sobre el escritor, ¿cómo no recordar la silueta característica del bohemio Bonachón, el de los ojos grandes, las manos afiladas y el cuerpo anguloso; el de la sonrisa enigmática con expresión confusa de bondades ingénitas, de experiencia amarga, de alegría de niño y de tristezas inconfesadas? ¿Cómo no recordarlo en sus distintos aspectos: en los momentos de charla expansiva, de ironía sin malicia; en las horas de triunfo; en las noches de escepticismo, locura o abandono? . . . Pocas imágenes tan personales como la suya, en la que resplandecía un signo genial, embelleciendo las líneas peculiares de la raza. Y luego, tan francote, bueno, campechano; capaz de las mayores ingenuidades y dispuesto siempre a olvidar los capítulos de realidad amarga, aprendidos en un libro doloroso, que él había deletreado, sintiendo sobre las espaldas el recio azote de las peores disciplinas! . . .

En homenaje a su memoria, permítidme que reitere la invocación formulada desde su tumba una vez que el azar me llevó hasta la Necrópolis de Milán:

"Le debemos un homenaje digno de su obra. No es que hayamos sido injustos, pues el aplauso, el diti-rambo y el halago triunfal, embellecieron muchas horas de su vida.

Le debemos el homenaje de la consagración póstuma: el calor de la tierra nativa para sus cenizas y el recuerdo imperecedero del mármol para su memoria. Todo no ha de ser para los audaces generales, que en

una hora de denuedo escribieron una página memorable con su espada. También la pluma gana batallas y en ese sentido la de Sánchez merece los honores de la epopeya. Ahí están sus obras con plétora de belleza, de poesía, de emoción, como cimiento incommovible de la literatura teatral uruguaya y americana. Y aquí están en cambio, los despojos del creador genial en medio de la indiferencia y el silencio, en tierra hospitalaria, pero no en la misma que él tanto quiso y a la que dió en ofrenda lo mejor de su vida.

Frente a su tumba, no crecen sauces ni rosales. Ahí crecerán porque hasta la propia tierra palpitará de emoción y de orgullo, cuando acoja con amorosa solicitud al bohemio inmortal de los ojos grandes, las manos afiladas y la sonrisa triste. . . a Florencio Sánchez!"

Señores:

Grave injusticia cometería si en esta breve síntesis sobre teatro nuestro no tuviera un capítulo especial para los intérpretes a quienes los autores y el público sólo debemos expresiones de gratitud y cariño. Son nuestros, también: han surgido por generación espontánea, personifican en nuestro ambiente, el exponente original y característico que acredita los rasgos peculiares de la raza. Sin ellos, las creaciones literarias no hubieran tenido la vida de la escena. Hablan nuestro idioma, repiten nuestros modismos, interpretan fielmente las modalidades típicas del lugar.

Por eso mismo, porque son nuestros, solemos incurrir en injusticias, aplicándoles el criterio rígido y severo que sólo soportan las celebridades. No; seamos

justos y apreciemos su labor con el criterio relativo que aplicamos a todas las cosas nuestras, porque de otro modo jamás llegaremos a culminar en las realizaciones del arte dramático. A su dedicación, a su perseverancia unamos nuestro consorcio espiritual y hasta la protección oficial, como ocurre en todas partes, y así, poco a poco, evolucionando lentamente, llegaremos a la realización del teatro propio: prestigioso, independiente, original, educador.

De mí sé decir, que cualesquiera que sean los triunfos o derrotas del porvenir, siempre los recordaré con afecto. Ellos me han ofrecido la primera sonrisa de estímulo. —la que más cuesta— y a ellos debo hasta esta satisfacción inmensa de poder hablaros del Teatro Nacional, contribuyendo a una obra piadosa, realizada con fe inquebrantable por las nobilísimas damas de Caridad —obra que no todos conocéis, pero que es digna de todo estímulo, obra que no responde a preferencias ideológicas porque a todos nos une — tanto a los místicos iluminados como a aquéllos otros “directores de las monjas de la desilusión” que diría Flaubert — obra cuyo símbolo resplandece en una sola palabra: ¡caridad!... ¡caridad!... que es verbo evangélico para el creyente, dulce reproche para el jacobino y suave reclamo para quienes sin creer ni negar, cruzamos por la vida auscultando horizontes de belleza, de amor y de justicia, y adhiriendo a las solicitudes de un arte noble y desinteresado que sólo pide lo que sobra en la pródiga ofrenda de nuestras alegrías, para compensar lo que falta en la triste lóbreguez de la desgracia ajena!....

FARSA CRUEL

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

Estrenada en Montevideo por
la Compañía “Arellano-Tesada”
y en Buenos Aires por la Compañía “Angelina Pagano”

A Manuel Martínez Chavarria.

Testimonio de amistad
invariable.

I. C.

Estancia "Los Cardos", — Otoño de 1914.

FARSA CRUEL

PERSONAJES

Blanca	25 años
Carola	40 "
Maruja	20 "
Jorge	35 "
Gustavo	30 "
Carlos	25 "
Doctor Real	40 "
Criada	

ACTO PRIMERO

DECORADO: Budoir lujoso y sobrio. — Al foro galería de vestíbulo. En la ochava, vista al dormitorio. Izquierda y derecha puertas practicables.

ESCENA I

BLANCA y CAROLA

Blanca. — (Después de una pausa en que habrá estado leyendo "L'Illustration").

¡Bah!... ya me figuro el final... ésto no tiene interés. — Lo de siempre.

Carola. — También, eres exigente... Nada te entretiene... Eso es, saltéate las páginas para no perder tiempo y llegar al fin. — Aprende conmigo. — Hace un mes que me entretengo... haciendo *crochet*. — Figúrate si saltara los puntos para concluir. La juventud... Todo le hastía... todo le disgusta... todo le aburre! Ah... sobrina, la vida regalada, la vida cómoda...

Blanca. — No te dije... el mismo final de todas las comedias. Es ridículo. Los franceses parece que no tuvieran más que un solo asunto para el teatro: la mujer, el marido y el amante.

Carola. — ¿Y te parece poco?

Blanca. — El eterno tema... Ahí tienes... (*Dándole la revista y parándose*). Una mujer que coquetea con otro para reconquistar al marido. (*Va hacia el foro*).

Carola. — Ah... hija. — Los hombres son así. — El único consecuente fué Adán, y eso, porque no tenía dónde elegir. — Lo que es hoy, figúrate. — Por eso yo: sola, sola, — viudita, estoy perfectamente. — En tu caso, la verdad, no sé lo que haría... Sin embargo, tú tienes un poco de culpa.

Blanca. — ¿Yo?

Carola. — Sí... tú. — No haces nada por tu parte y dejas todo librado a la casualidad. — Jorge te quiere... a su modo... como quieren hoy. — Ya sabes su teoría. ¿Para qué prodigar el cariño? — Es cursi... — El amor como las medicinas... por cuentagotas... ¡Canallas! — Pero insisto en que tú también tienes culpa. ¡Si presumieras un poco más!... ¡Si te dejases de melancolías y te propusieras atraerlo!... En el fondo son como los niños: un solo juguete los aburre. — La cuestión es embellecerlo, para que siempre parezca otro... Y además... (*pausa*). ¿No has reparado en los chicos? Cuando otro de su edad se fija en el juguete arrumbado... recién entonces se acuerdan de que lo quieren, y... lloran o protestan.

Blanca. — ¿Pero qué me quieres decir? Estás enigmática...

Carola. — Nada... Bien sabes que estoy convencida de tu virtud. Pero por lo mismo que estás segura de ti...

Blanca. — ¿Qué? ¿Qué?

Carola. — Cocos... coquitos... es la única fruta que a esos pícaros les indigesta.

Blanca. — ¡Qué les importa! Ya ves: hoy es mi cumpleaños y Jorge no ha podido tener una atención. (*Pausa*). Parece mentira... (*Un gran suspiro y después de una pausa solloza*).

Carola. — Pero hija... ¿qué tienes? ¿qué te pasa? Nada ganas con afligirte... ¿Qué?... ¿qué tienes? ¿Te sientes mal?

Blanca. — No... ya pasó... es una opresión... al pecho...

Carola. — ¡Ah, esto no puede seguir así!... — Ahora cuando venga el doctor Real, es necesario que te reconozca bien...

Blanca. — ¿Tú le llamaste?

Carola. — Sí: desde hace días te noto muy abatida... Hoy le hablé por teléfono.

Blanca. — ¿Para qué? No hay necesidad...

Carola. — Ya sé que no es para morir... y hasta sé quién sería tu mejor médico... ¿verdad?

Blanca. — Basta; no insistas. — Hoy te has propuesto mortificarme...

Carola. — No seas así con tu tía Carola... ¡mimosa!...

ESCENA II

DICHOS, MARUJA y la CRIADA por el foro

Criada. — Pase, señorita, pase.

Maruja. — (*A Blanca*). Adiós, ricura... te felicito. Que los cumplas muy felices. (*La besa*). ¿Cómo está, Carola?

Carola. — Bien.

Maruja. — ¿Pero qué? ¿Lagrimitas tenemos? — No seas así, mujer... Cualquiera diría que eres muy desgraciada.

(A Carola). ¿Y siempre por lo mismo? Parece mentira que estos hombres sean tan... Lo que es yo, no quiero ni verlos.

Carola. — ¿Lejos? (Pausa). — Ahí viene Carlos.

Maruja. — ¿Dónde? (Saca un espejito y polvos de la cartera y se arregla).

Carola. — No... me pareció oír su voz... es el sirviente. (Risas).

Maruja. — (Pelliscándola). ¡Perversa!

Mirá Blanca, para que veas que me acuerdo de tí... (Le da una cajita). Es una chuchería....

Blanca. — Gracias, Maruja, eres muy buena.

Carola. — ¿Qué es?

Blanca. — Un medallón con el retrato de Jorge.

Carola. — (A Maruja). ¡Ah!... para eso me lo pediste el otro día. ¡Qué mono! Espera, te lo voy a poner. (Se lo pone). ¿Y no le das un beso siquiera?

Blanca. — (Mirando el medallón). No... no... (Pausa). (Lo pone en el seno). Así; para que él no lo vea...

Maruja. — Pero ámate mujer... En este día debías estar alegre. ¿Y tu marido?

Carola. — Salió temprano con Carlos y no ha venido a almorzar. ¡Un lance de honor!

Maruja. — ¿Quién?

Carola. — No te asustes: fueron de padrinos.

Maruja. — ¡Pero qué barbaridad! ¿No tiene otra cosa que hacer?

Blanca. — Ahí tienes: la vida de Club. — Las cuatro de la tarde y no lo he visto.

DICHOS y la CRIADA

Criada. — Señora: está el doctor Real.

Carola. — Dile que pase. (Mutis de la criada).

Maruja. — ¿Hay enfermos?

Carola. — No; Blanca que está siempre abatida y sólo le faltan chuchos. — Yo le he dicho cual es el mejor remedio: pasear, divertirse. Teatros, fiestas... todo.

Maruja. — Salí; ayer domingo, estuve en el Prado. — Uf... un "cacherío" imposible. Había una de pollera roja y bata amarilla. — Bandera española, hija; date cuenta.

ESCENA III

DICHOS y el DOCTOR REAL

Dr. Real. — Señoras...

Carola. — Adelante, doctor, pase...

Dr. Real. — ¿Cómo está, señora? (Saludos) señorita...

Blanca. — Discúlpeme doctor, pero ha sido Carola, que lo ha hecho molestar sin necesidad.

Carola. — No, señor. — Hace muchos días que Blanca se siente molestada y yo quiero que usted la observe detenidamente.

Dr. Real. — ¿Depresión nerviosa?

Maruja. — ¿No será del corazón? — Es la enfermedad de moda.

Dr. Real. — ¡Ah!... ¿Entonces usted?...

Maruja. — Sí; un poquito. (*A Blanca*). ¿Y tú?

Blanca. — No; nunca he sentido nada. Más bien al pecho: un poco de opresión.

Dr. Real. — ¿Ganas de llorar?

Blanca. — A veces.

Dr. Real. — Me parece que en ese caso mis medicinas...

Carola. — No; de cualquier modo, doctor, es necesario que usted la ausculte detenidamente.

Dr. Real. — Muy bien; como le parezca.

Carola. — ¿Por qué no pasan ahí al dormitorio?

Blanca. — Pero, si no es necesario.

Carola. — No; no; ya que está aquí... Pase doctor, y tú Blanca.

Blanca. — Bueno, te haré el gusto. (*Pasan al dormitorio*).

Carola. — ¿Quieres que yo vaya de practicante?

Blanca. — No... ¿para qué? Acompaña un momento a Maruja.

ESCENA IV

CAROLA y MARUJA

Carola. — Esta muchacha, ya me está preocupando.

Maruja. — Son mimos.

Carola. — Oh... lo que es por eso... Te garanto que los maridos de hoy en día no se preocupan mucho...

Maruja. — ¿Y los de antes?

Carola. — Era otra cosa. Por lo menos no se pasaban

el día por ahí... sin venir a sus casas... Bueno, cierto que no había donde ir.. Pero de cualquier modo...

Maruja. — ¿El suyo era muy bueno?

Carola. — Regular... No vayas a creerte que había inventado la pólvora... Era muy celoso. — Te figurarás que no siempre he sido como ahora... Tuve mis veinte años.

Maruja. — Natural... Y ahora, ¿cuántos?

Carola. — Eso no se dice. Y... ¿hay novedades?

Maruja. — ¿De qué?

Carola. — ¿Se decidió al fin?... No te hagas la indiferente... ahora no más debe llegar...

Maruja. — ¿Quién?

Carola. — ¿Quién? Carlos... Calaca... como lo decimos nosotros... ¿Te ha dicho algo?

Maruja. — No me interesa... —La vocación me llama por otro lado. Ayer le dije a la hermana Inés que iba a entrar de novicia...

Carola. — Me parece que más bien le habrás dicho algo a San Antonio.

Maruja. — Ah... ¿Usted no cree? Lo único que sentiré es cortarme el pelo (*mirándose al espejo*).

Carola. — Cállate... ¡farsante!

ESCENA V

DICHOS, la CRIADA y después GUSTAVO por el foro

Criada. — Señora...

Carola. — ¿Qué?... ¿Visitas?

Criada. — Sí... el señor Gustavo.

Carola. — ¡Ah!... Dile que pase.

Criada. — ¿Aquí?

Carola. — (*Pausa*). Sí, es de confianza. — ¡Ah! mira, vuelve en seguida a acompañar a la señora, por si necesita alguna cosa.

Criada. — Está bien. (*Mutis*).

Carola. — Gustavo: mi sobrino. Tú lo conoces. Ahí tienes uno que podría hacerte pareja en el noviciado. — También como tú, habla de desilusiones, y no piensa en otra cosa, que en lo que piensas tú: en el amor.

Maruja. — ¿Sigue enamorado de?... (*señalando al dormitorio*).

Carola. — Schts... indiscreta. — Esas fueron cosas de la niñez. — ¿No te gustaría para tí?

Maruja. — Gracias.

Carola. — Sí, te gusta el otro... Adelante, Gustavo. (*La criada entra al dormitorio*).

DICHOS y GUSTAVO

Gustavo. — ¿Cómo está, señora?... Señorita...

Carola. — Ya era tiempo. — Hace más de dos semanas que no te veíamos la cara.

Gustavo. — Estuve muy ocupado.

Maruja. — ¿Prepara un nuevo libro?

Gustavo. — Sí; corregía las pruebas.

Maruja. — ¿Alguna novela?

Gustavo. — No; una colección de artículos.

Carola. — Me figuro que esta vez no te dará por los misticismos.

Gustavo. — No; pasó la racha. — Ahora prefiero la

sátira. — Es mejor desafiar rigores que inspirar lástima.

Carola. — Pero, hijo, ¡qué gesto pones!

Maruja. — ¿Y qué título tiene?

Gustavo. — "Castigat riendo".

Maruja. — ¡Qué feo!

Gustavo. — Es un aforismo latino, muy propio para nuestros días.

Maruja. — ¿Y por qué no hace una novela policial? ¡Son tan entretenidas! Ahora estoy leyendo: "La aguja hueca".

Gustavo. — No tengo imaginación como para complacer lectoras a la moda.

Carola. — ¡Bah!... no es cuestión de discutir literaturas. — Usted señor filósofo, quédese con sus preocupaciones y no nos contagie sus furias demolidoras; — y usted señorita, no sea tan curiosa. — Hecha la paz, tomemos asiento.

Gustavo. — Por un instante, no más. — Recordé que era el cumpleaños de...

Carola. — De Blanca.

Gustavo. — Eso es; subí a saludarla... de paso.

Maruja. — ¿Ve usted? en algo hemos coincidido. Yo también me acordé y subí a traerle un medallón... insignificante, pero un recuerdo, al fin.

Gustavo. — ¿No vino un mensajero que mandé?

Carola. — No; ¿Para qué?

Gustavo. — Pasaba por una florería y elegí unas flores para...

Carola. — Para Blanca. — La pobre está de consulta médica.

Gustavo. — (*Con interés*). ¿Está enferma?

Carola. — En realidad no sé si tiene algo. — Está un poco abatida... y triste. — Y como esas melancolías a lo mejor se convierten en enfermedades, he querido que el médico la viera.

Gustavo. — ¿Médico de almas?

Carola. — ¡Oh!... el doctor Real, íntimo de la casa.

Gustavo. — Me parece que su ciencia en este caso...

Maruja. — ¿Usted cree... lo que se murmura... que son celos y romanticismos?

Gustavo. — (*De pie*). Lo que yo creo, señorita, es que cada uno marcha con su fardo a cuestas.

Maruja. — ¿Usted también?

Gustavo. — Tal vez...

Carola. — Déjense de decir disparates... ¿Te vas, Gustavo? ¿Por qué no esperas un instante?

Gustavo. — No; usted le hará presente mis recuerdos... Y si traen las flores... (*Le da la mano*).

Carola. — Es raro: vendrán más tarde.

Gustavo. — Adiós, señorita.

Maruja. — Me figuro que no se habrá resentido por lo de la aguja hueca.

Gustavo. — No; en todo caso repartimos; yo me quedo con la punta, que pincha, y usted...

Maruja. — ¿Con la cabeza?

Gustavo. — Como le parezca. — Hasta otro momento. (*Mutis*).

Maruja. — ¡Qué antipático!

Carola. — ¡Oh!... no exageres. Tiene esas preocupaciones y se cree un desgraciado, un perseguido por la mala suerte; pero en el fondo es bueno.

Maruja. — No me interesa. ¿Y sigue siempre con la misma chifladura?

Carola. — ¿Cuál?

Maruja. — La de siempre. (*Hace señas para el dormitorio*).

Carola. — Vamos... Mal pensada.

Maruja. — ¡Amor platónico!... Já... Já... Já...

ESCENA VI

DICHOS, BLANCA y el DOCTOR REAL

Blanca. — Pase aquí, doctor. — Ven ustedes, ya terminó el examen. (*A Carola*). Has salido con la tuya. — Dígale doctor qué es lo que hay, qué es lo que tengo... No siendo viruela...

Carola. — Pero mujer, no digas esas cosas.

Maruja. — ¿Qué es lo que tiene, doctor?

Blanca. — Sí, dígalo; yo también quiero saberlo. ¿Me muero o no?

Dr. Real. — ¡Señora, por Dios! ¿quién habla de eso? — Digo, simplemente, que es bueno cuidarse, cuidarse mucho; llevar una vida plácida, amable y tratar de evitar contrariedades y disgustos. — Además, le prescribiré un régimen de alimentación.

Maruja. — ¿Suprime los bombones?

Dr. Real. — No; comidas muy livianas y ningún excitante: café, té, alcohol... En fin, yo lo veré a Jorge y le explicaré el régimen a seguir.

Carola. — ¿Pero no hay nada grave?

Dr. Real. — No; un poco de opresión. — Tal vez le conviniera un viaje... con Jorge, es claro. — Cambiar de aires, de clima, y sobre todo, diver-

tirse lo mayormente posible. — Ya ve, que la receta es agradable.

Carola. — Ves, — lo que yo te decía; hay que tomar la vida por el lado alegre.

Blanca. — Cuando se puede. (*Con tristeza*).

Carola. — ¡Ah! ¿Volvemos a lo mismo? — Mire, doctor, usted tiene que sugestionarla de algún modo. — El peor enemigo de Blanca, es ella misma. — Le da por recluirse y preocuparse.

Dr. Real. — Sí, hay que cambiar de vida. (*Con mimo*). — Hay que mirar las cosas de otro modo, porque las preocupaciones morales contribuyen a arruinar la salud.

Blanca. — ¿Y qué quiere que haga? Es muy fácil decir eso... mandar en el alma ajena.

Dr. Real. — No he querido decir tanto. Las cosas íntimas... cada uno...

Blanca. — No; si usted puede hacerlo. — Usted sabe bien, como lo saben ellas... usted sabe... sí, sabe bien... (*Lleva el pañuelo a los ojos*).

Carola. — Es cierto: usted en este caso, como íntimo amigo de Jorge, podía darle un buen responso, y decirle que por causa suya ocurren muchas cosas...

Dr. Real. — Se lo diré. — Jorge es bueno y lo tendrá en cuenta.

Blanca. — ¿Usted cree?

Dr. Real. — Sí; confío... es su deber.

Carola. — Mire doctor, aquí en la intimidad, me permitirá usted que le haga una proposición.

Dr. Real. — ¿Cuál?

Carola. — Que combinemos una farsa... un complot.

— Por ejemplo: usted puede decirle a Jorge que Blanca está bastante grave, y que es necesario rodearla de los mejores afectos y cuidados. — Al principio lo hará por deber... después por costumbre y al fin... por amor. La cuestión es sacarlo de ese maldito Club... y de ciertas compañías...

Maruja. — Yo he leído en una novela algo así...

Blanca. — ¿Y qué pasó?

Maruja. — Que fueron muy felices.

Dr. Real. — De modo que solicitan mi complicidad?

Carola. — Sí; y el secreto absoluto.

Maruja. — Dígale que es al corazón: la enfermedad de moda.

Carola. — Eso es.

Blanca. — Pero me parece que eso es poco leal.

Carola. — ¿Y ellos qué saben de lealtad?—Ya te dije: Adán fué el único (*Blanca sonríe*). ¡Al fin te veo reír! — Alégrate, mujer; vas a ver cómo dentro de poco le vas a tener que pedir al doctor que cambie la receta. — Te vas a hartar de él.

Blanca. — Carola, no seas así. (*Pausa*). Y usted doctor... ¿acepta el cometido? — Pero que él no vaya a saber que yo estoy enterada... Ah... de ningún modo. — En ese caso, prefiero que no diga nada. (*Pausa*). ¿Usted le dirá?

Carola. — ¿Y cómo no va a querer contribuir a la cura de esta enfermita?... (*Acariciándola*) enfermita de mimo, y de cariño, ¿verdad doctor?

Dr. Real. — Sí, es mi deber; hoy mismo le hablaré a Jorge. — ¿Vendrá ahora?

Carola. — No puede tardar. (*Suena el timbre*).



Maruja. — ¿Será él?

Blanca. — No; ¿para qué va a llamar?

Carola. — Y tú Maruja, no vayas a cometer ninguna indiscreción.

Maruja. — Ave María, ¡no soy tan niña!

Dr. Real. — Bueno; pero establezco una condición.

(*Pausa.*) (*A Blanca.*) Que usted hará todo lo posible por secundarnos... Basta de tristezas y melancolías, ¿eh? — La vida nueva. (*Preocupado.*) La vida nueva...

Blanca. — (*Dándole la mano.*) Gracias; se lo prometo.

DICHOS y la CRIADA

Criada. — Señora; acaban de traer este ramo.

Carola. — ¡Ah!... debe ser de Gustavo. (*Blanca toma el ramo y lee la tarjeta.*)

Blanca. — Sí, de Gustavo; aquí está su tarjeta.

Carola. — Sabrás que estuvo hace un rato a saludarte... y me pidió lo disculpas por no esperar...

Blanca. — ¡Pobre Gustavo! (*Al doctor.*) Ya ve usted; flores de los extraños. Y aquí en nuestra casa...

Carola. — Bueno, basta. — Cada uno a su papel. (*A Blanca.*) Tú, por lo pronto, déjate de reproches.

— Pon esas flores por aquí... donde se vean. — Y la tarjeta también.

Blanca. — Sí, tienes razón... Al fin y al cabo, todo es por él.

Carola. — Me parece que ahí vienen. Sí... es la voz de Jorge. Y Carlos también.

ESCENA VII

DICHOS, JORGE y CARLOS

(*Jorge con una caja en la mano*)

Carlos. — Messieurs... mesdames... bonsoir...

Jorge. — ¡Oh!... ¡cuánto de bueno por aquí! (*saluda al doctor.*) ¿Cómo te va? (*A Maruja.*) ¿Cómo está, señorita?

Carlos. — (*Saludando a Blanca.*) Señora... le devuelvo a su marido. La comedia é finita... (*A Maruja.*) Mucho placer...

Maruja. — ¿Vienen del teatro? Habla usted de comedias.

Carlos. — Del teatro de la vida... señorita. — De ese teatro, donde (*cantando*) se ríe, se sufre, se llora y se mata... vidalita...

Carola. — Siempre el mismo... Incorregible.

Carlos. — Y qué quiere usted... que sea solemne... como mis queridos compatriotas?

Jorge. — (*A la criada.*) Ponga esta caja en la vitrina del despacho.

Dr. Real. — ¡La caja de pistolas! ¿Y qué ha ocurrido?

Jorge. — Nada; que me han tomado para director de lances.

Carlos. — Claro; como que aquí nadie tiene pistolas! ¡Qué país! En cuanto se concierta un duelo, todos tienen que apelar a Jorge. — Se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena. — El oriental es así, pues... Por eso mis queridos amigos, no veo la hora de volver a aquel otro mundo... ¡Ah!... Quién pudiera... (*Canturreando.*)

A la martinique
martinique
martinique;
C'est ça que chic
C'est ça que chic

Carola. — Pero... Calaca... por favor. (*Al doctor*).
El mal de París.

Carlos. — Ustedes perdonen; pero esta casa es mi refugio espiritual. ¿Quieren ustedes que hable en serio? Pues, sepan que acabo de actuar de padriño. Sí, señores, veinticinco pasos... dos palmas... ¡pum!... ¡pum!... Y todos contentos. — El oriental es así... pues.

Dr. Real. — ¿Es cierto? (*A Jorge*). ¿Ha habido algo?

Jorge. — Sí, un incidente sin mayor importancia. — Gutiérrez y Zabala... cuestiones políticas. — Como no había mayor ofensa, todo no pasó de una bala al azar.

Carlos. — Que fué a pegar en el techo.

Dr. Real. — Es lo que tienen estos lances. Resultan cómicos o... trágicos. — Cuando no se acierta, la gente se ríe... y cuando se pega, alguno suele llorar...

Carlos. — ¿Y usted cree que aquí alguno se bate en serio? — Miren, les juro; si algún día me toca, voy a hacer un escarmiento; a quince pasos y apuntando.

Maruja. — En ese caso hay peligro de muerte...

Carlos. — Sí, señorita. — Si muero... si muero... Se ruega no enviar coronas.

Carola. — Sin embargo para los casados, estos lances tienen un inconveniente. (*Pausa*). Que se pasan el día sin venir a su casa, olvidándose de ciertas cosas.

Jorge. — Tiene razón, Carola; merezco el reproche. — Sabrán ustedes, que hoy es el cumpleaños de mi mujer, y que desde muy temprano, recién puedo verla. (*A Blanca*). Pero ella es tan buena... ¿verdad Blanquita que me perdonas?

Blanca. — (*Después de aspirar el perfume del ramo de flores, mientras los otros forman un grupo y dialogan*). Tú sabrás si lo mereces. — Ya ves, regalos de personas extrañas... (*Le muestra el ramo*).

Jorge. — ¿Quién lo envió? (*Leyendo la tarjeta*).
¡Ah!... ¡Gustavo!

Blanca. — Sí, Gustavo. (*Pausa*).

Dr. Real. — Y... ¿se hizo la paz?

Jorge. — Por mi parte, me entrego sin condiciones.

Maruja. — ¿Y tú... Blanca?

Blanca. — (*Pausa. Eludiendo la respuesta*). ¿Se quedan a tomar el té con nosotros?

Carlos. — Ah!... lo siento mucho... pero es imposible. — Dentro de un rato, tendré que hacer la primer comunión... del día.

Maruja. — ¿Ah... sí?

Carlos. — Cocktail con papas. El primero a las cinco...

Maruja. — Creí que hablaba en serio. — Por eso me extrañaba verlo tan devoto.

Carlos. — Y lo soy... Cada uno tiene su religión... ¿Usted qué santo prefiere? ¿San Antonio?

Maruja. — No... no, jamás le he pedido nada...
¿para qué?... no vale la pena...
Carlos. — Quién sabe... Cuando se tienen lindos
ojos... no hay santo que resista.
Maruja. — Y usted... Calaca... ¿prefiere algún santo?
Carlos. — No, — prefiero las vírgenes...
Carola. — Cuándo no!
Carlos. — ...Y de los santos...
Maruja. — ¿Cuál?
Carola. — Cuidado... Carlos...
Carlos. — ¿Cuál? (*Tomando el sombrero*). A la una...
a las dos... "Sans culotte". (*Va hasta el foro*).
Jorge. — Pero muchacho!
Carola. — ¿No les dije?
Maruja. — ¡Atrevido!
Carlos. — Pido disculpas... fué sin intención. — El
oriental es así...
Maruja. — A mí no me hable... no quiero saber nada.
Carlos. — Perdóneme... — Blanca: ¿quiere darme
una flor?
Blanca. — ¿Cómo no? (*Le da la flor*).
Carlos. — (*A Maruja*). Pido perdón humildemente y
ofrezco esta flor en desagravio.
Carola. — (*Al doctor Real*). ¡Qué tarambana!
Dr. Real. — Tiene gracia.
Jorge. — Acéptela, Maruja. (*Maruja toma la flor sin
mirar a Carlos*).
Carlos. — (*Tarareando*). "Je sais, que vous êtes jolie".
Maruja. — ¡Antipático!
Carlos. — Señores, hasta otro momento.
Jorge. — ¿Te marchas?
Carola. — Es mejor que se vaya.

Carlos. — Sí; "A la martinique... C'est ça que chic".
(*Mutis*).
Dr. Real. — Pero qué carácter tan alegre.
Jorge. — Sí, siempre el mismo. — Es un excelente
muchacho.
Maruja. — Un poco propasado.
Carola. — Bromista, pero simpático, ¿eh?
Maruja. — Yo no sé.
Carola. — No sabes, no sabes...
Dr. Real. — Dime Jorge, ¿tú vas a salir ahora?
Jorge. — No... sería demasiado. ¿Por qué?
Dr. Real. — Porque tendría que hablarte.
Jorge. — Bueno; vamos hasta mi despacho.
Carola. — No hay necesidad; quédense aquí si quie-
ren, nosotras iremos un momento a la sala, ¿ver-
dad Blanca?
Blanca. — Sí, quédense aquí. Vamos Maruja. Tengo
dos o tres canzonettas y valeses muy lindos que tra-
jo Carlos. ¿Quieres tocar un poco al piano?
Maruja. — No; ya es tarde; me voy a casa.
Carola. — Quédate un rato; es muy temprano.
Blanca. — Sí; vamos.
Maruja. — Bueno.
Blanca. — Con permiso, doctor.
Dr. Real. — Hasta ahora. (*Hacen mutis Blanca, Ca-
rola y Maruja por lateral derecha*).

ESCENA VIII

DOCTOR REAL y JORGE después CAROLA

Jorge. — (*Después de encender un cigarrillo*). —
Bueno, estoy a tus órdenes.
Dr. Real. — ¿Quieres cerrar la puerta?

Jorge. — ¿Qué? Se trata de algo muy reservado?

Dr. Real. — Sí.

Jorge. — (*Volviendo después de cerrar la puerta.*) — ¿Grave?

Dr. Real. — Sí; algo muy íntimo que sólo tú puedes saberlo... porque es al que más le interesa y porque tienes mucha responsabilidad en el asunto.

Jorge. — Me pones intranquilo... ¿qué hay? ¿qué ocurre? (*Pausa*). Habla... no tengas temor... Ya sabes que yo soy fuerte... ¿Qué? Los viejos... ¿hay algo grave?

Dr. Real. — No;... Blanca.

Jorge. — ¿Qué pasa? Dí, habla de una vez... la verdad toda... cualquiera que sea.

Dr. Real. — Sí; no te exaltes... hay que tener calma. (*Pausa*). Acabo de auscultarla detenidamente y...

Jorge. — ¿Qué?

Dr. Real. — Que está gravemente enferma... Grave... ¿comprendes?

Jorge. — Pero... no vuelvo de mi asombro. ¿Y qué tiene? (*El doctor señala el corazón*). ¿Al corazón?

Dr. Real. — Es decir... a la aorta; una gran dilatación.

Jorge. — Y... ¿hay peligro?

Dr. Real. — S'... un peligro constante. — Depende de muchas circunstancias. Puede vivir así muchos años... muchos... pero en cualquier momento... una gran impresión... sería fatal. Ya ves que también te alcanza la responsabilidad.

Jorge. — ¡Ah!... ni pensarlo; pobrecita, es un ángel. (*Pausa*). Pero no me explico esta revelación, así

de pronto... parece novelesco... nunca hubo síntomas... ¿cómo puedes explicarme?

Dr. Real. — ¡Oh!... hay muchos casos así. Taras hereditarias, que no salen a luz, pero que están latentes, y a lo mejor... hacen crisis.

Jorge. — ¡Qué horrible!... Me has impresionado rudamente. (*Pausa*). Pero es necesario evitar a todo trance... Tú la observarás, la vigilarás constantemente.

Dr. Real. — Sí, pierde cuidado. ¿Y tú?

Jorge. — Claro. ¿Por qué me lo preguntas?

Dr. Real. — Escúchame y no te enojés. Nuestra intimidad me permite hablar de ciertas cosas. Hasta ahora te hablé como médico. ¿Quieres que te hable como amigo?

Jorge. — Sí; tienes derecho. (*Pausa*).

Dr. Real. — Dime: ¿tú estás seguro de haber ofrecido a Blanca el apoyo moral, la solidaridad espiritual, — en una palabra — el amor que ella merece?

Jorge. — ¿Por qué me lo preguntas?

Dr. Real. — Y tú, ¿por qué no respondes? — Me parece que tu conciencia te reprocha muchos desvíos y...

Jorge. — La verdad, yo...

Dr. Real. — Sí, ya sé que no la has agraviado torpemente, porque te conozco. — Pero sé también, que tú entiendes el matrimonio de una manera que... será muy elegante, muy discreta, muy cómoda... pero que no es la que puede ilusionar a una mujer como la tuya... sensitiva... cariñosa... profundamente femenina. — La soledad

en que vive... el abandono, también conspiran contra la salud...

Jorge. — Sí, comprendo, pero...

Dr. Real. — Y hasta contra la salud moral, créemelo.

Jorge. — ¿Qué quieres decir?

Dr. Real. — Que no tienes derecho a disculpar tu error con su virtud.

Jorge. — ¿Qué? ¿Qué? ¿Sabes algo?

Dr. Real. — ¿Ves? Tu propia violencia te demuestra que eres injusto. — Para ti la tolerancia, para ella el rigor... Bien sabes que Blanca es la más honesta de las mujeres.

Jorge. — Sí; es una locura pensar otra cosa. (*Se pasea; recoge una tarjeta del suelo y mientras el médico le habla, la coloca en el ramo*).

Dr. Real. — Pero no seas injusto. Compara tu vida con la suya y no pretendas que la ley humana sea solamente favorable a ti. Al fin y al cabo la desilusión y el hastío son los peores consejeros. — Nunca faltan gavilanes que husmean la presa.

Jorge. — Qué... ¿Quién? Dilo... dilo... (*Pausa*). (*Con el ramo en la mano, mira la tarjeta y luego al médico, interrogándolo*). Acaso...

Dr. Real. — No, Jorge; no pretendo calumniar a nadie. Bien me conoces. Te hablo como le podría hablar a un hermano... y te señalo simplemente los peligros de tu conducta.

Jorge. — Sí; tienes razón. Tengo mucha culpa. (*Se sienta en una silla con la cabeza entre las manos*).

ESCENA IX

DICHOS y CAROLA

Carola. — ¡Ah!... Ustedes perdonen... creí que ya habían terminado... Busco el abrigo de Maruja... Aquí está (*lo toma*). Con permiso. (*Vase y cierra la puerta*).

Jorge. — (*Después de una pausa*). Bueno; te prometo secundarte de corazón. — De hoy en adelante, vida nueva... me concretaré a ella por completo.

Dr. Real. — Sí; verás como la vida les sonríe. — Tal vez convendría un viaje a Europa: distraerla, halagarla, reconquistarla... aún cuando eso no es necesario porque te quiere.

Jorge. — ¿Y ella sabe lo que tiene?

Dr. Real. — (*Pausa*). No.

Jorge. — Entonces, confía en mí.

Dr. Real. — (*Tomando el sombrero*). No te figuras la satisfacción que me produce oírte hablar así. Si lo cumples, será la mejor medicina... la mejor... entiéndelo bien.

Jorge. — Te lo prometo.

Dr. Real. — (*Desde la puerta*). Bueno, hasta mañana.

Jorge. — Espera, te acompañaré.

Dr. Real. — Como gustes. (*Hacen mutis por el foro*).

ESCENA X

Queda un momento la escena sola: después

BLANCA, MARUJA y CAROLA

Blanca. — ¿Entonces no quieres quedarte?

Maruja. — No, es muy tarde. Vendré el jueves.

Blanca. — Bueno; recuerdos a Mangacha, y no te pierdas.

Carola. — Sí, vengan a pasar la tarde.

Maruja. — Bueno; adiós, ¿eh?

Blanca y Carola. — ¡Adiós. (Besos y saludos).

Carola. — (Después de una pausa volviendo del foro).

Todavía está Jorge en la puerta hablando con Real.

Blanca. — Ya le habrá dicho... ¡Pobre! — Qué sorpresa... Mira, si supiera que es cosa nuestra. ¿Le habrá hecho impresión?

Carola. — Sí... cuando yo entré aquí, me pareció muy preocupado y hasta creo que lloraba...

Blanca. — Ah... me alegro. — Ahora voy a escribir la tarjeta. Así la farsa es completa.

Carola. — Mira, Blanca, eso es una imprudencia. — Es jugar con fuego.

Blanca. — ¡Bah!... estoy bien segura.

Carola. — Ya sé que estás segura de tí, pero... es peligroso.

Blanca. — Oh... déjalo que rabie un poco... bastantes he pasado yo. — Y al fin y al cabo, no tiene nada de malo. ¿Viste el borrador? (Leyendo).

“Blanca... saluda al señor Gustavo Correa y le agradece su atención”. ¿Qué tiene de particular?

La cuestión es que Jorge se preocupe y sienta celos.

Carola. — ¿Y después?

Blanca. — Si se enoja... se la muestro, — luego la rompo y... ¡ya está.

Carola. — Bueno; haz lo que quieras. (Va hasta la puerta del foro. — Blanca escribe en un secretaire. — Después de una pausa). Me parece que vuelve... Yo me voy. — A ver si no haces un disparate... ten cuidado. (Mutis lateral).

ESCENA XI

BLANCA y JORGE

(Queda un instante la escena sola. Después entra Jorge. Blanca haciéndose la que no le ha visto, continúa escribiendo. Jorge se acerca despacio a ella y después de una pausa la besa).

Blanca. — ¡Ah!...

Jorge. — Blanca... mi mujercita... ¿me perdonas?

Blanca. — (Trata de ocultar lo que escribe, exagerando). Eras tú! Pues... ¿qué quieres que te perdone?

Jorge. — Sí; hoy he estado muy desatento contigo— Pero no fué mía la culpa... Qué quieres... compromisos. — Pero no importa. — Verás cómo hoy estaremos juntos. — Voy a dar orden de que nos preparen una buena cena... y después de noche, vamos juntos al teatro. ¿Quieres?

Blanca. — Sí... si tú te empeñas.

Jorge. — Pero lo dices así con desgano... yo quiero que estés contenta, alegre... quiero que sonrías, que seas feliz... tenemos que querernos mucho. (Va a tomar las manos de Blanca, quien las oculta). ¿Qué? ¿Qué es lo que ocultas?

Blanca. — Nada. Es una tarjeta que estaba escribiendo.

Jorge. — ¡Ah!... para alguna amiga.

Blanca. — Sí... agradeciendo un regalo.

Jorge. — Haces bien. Han sido más atentas que yo.—
A ver, muéstramela.

Blanca. — No.

Jorge. — Pero mujer, valientes secretos que tendrás tú. — Ya me figuro. (*Hace ademán de tomar la carta*).

Blanca. — No, te digo que no.

Jorge. — Pero, ¿qué es eso, Blanca?

Blanca. — Nada, ¿por qué te has de enterar? Son tonterías.

Jorge. — ¡Bah! no seas caprichosa. (*Con un movimiento brusco, trata de coger el sobre y consigue leer la dirección. Después de una pausa*). ¡Para Gustavo!

Blanca. — Sí.

Jorge. — ¿Y por qué lo ocultabas?

Blanca. — Por gusto, para que no seas curioso.

Jorge. — Perfectamente... (*Se pasea nervioso*).

Blanca. — Es una tontería... agradeciéndole el ramo de flores que me mandó hoy.

Jorge. — Está bueno... (*Pausa*). Muéstrame la tarjeta.

Blanca. — No... en castigo, para que no seas indiscreto.

Jorge. — Blanca, es la primera vez que haces esto. — ¿De cuándo acá con misterios? Ya sabes que no me gusta.

Blanca. — Y tú no me ofendas. Esa insistencia es ridícula.

Jorge. — Bueno, será lo que tú quieras, pero bien conoces mi carácter. — No me provoques.

Blanca. — No y no...

Jorge. — Pues yo la he de ver de cualquier modo. (*Va hacia Blanca y le toma las manos; luchan breves instantes. — De pronto cuando le saca la carta, Blanca da un grito*).

Blanca. — ¡Ay!... ¡Ay!... que me haces daño... ¡Ay!

Jorge. — (*Gran transición. Gesto de terror. Trocándose la violencia en dulzura*). Ah... perdón... perdón... ¿te he hecho daño? ¿dónde? ¿Sientes algo? ¡Ah!... en el corazón? (*Gesto de Blanca*). (*Jorge toca el timbre*). Perdón, querida... no lo haré más... fué un arrebató. ¿Ya pasó? Alégrate... quiero que estés contenta... muy alegre... —Escucha: fué sin querer... no sientes nada... ¿verdad?... nada...

DICHOS Y LA CRIADA

Criada. — ¿Manda algo el señor?

Jorge. — (*Después de una pausa*). Sí; lleve esta carta al señor Gustavo. (*Pausa*).

Blanca. — ¿No la lees, Jorge? — Sí, yo te lo pido.

Jorge. — No, llévela no más.

Blanca. — ¿Por qué no la leíste?

Jorge. — Porque no. ¿Ya estás bien? ¿Completamente bien?

Blanca. — Sí.

Jorge. — Bueno. — Voy hasta el escritorio. — Cuando sea hora de comer, me llamas. — Hasta ahora. — (*Mutis*).

Blanca. — (*Después de una pausa*). ¡Ah!... ¡me quiere!... ¡me quiere! (*Saca el medallón con el retrato de Jorge y lo besa varias veces*).

TELON

ACTO SEGUNDO

DECORADO: El mismo del primer acto

ESCENA I

CAROLA y MARUJA

(*Carola sentada, cosiendo. Maruja de pie y con sombrero*).

Carola. — No, no y no. — No te digo nada... No sé.

Maruja. — Pero no sea mala. (*Mimándola*). Usted sabe como yo la quiero. Sí... Un bomboncito, ¿eh? (*ofreciéndole*).

Carola. — No.

Maruja. — Uno sólo... (*poniéndoselo en la boca*) uno solito.

Carola. — Zalamera... Así... así estás de consentida... Claro: uno por bondad... y después abusan...

Maruja. — ¿Pero por qué?

Carola. — Si hasta Jorge se ha dado cuenta... Los otros días me preguntó.

Maruja. — ¿Cómo? ¿Qué dijo?

Carola. — Si tú tenías algo con Calaca.

Maruja. — Pero si no hay nada... Son dragoneos no más... Diga... ¿él no le ha dicho nada? Dígame.

Carola. — ¿Y tú crees que yo no tengo otra cosa que hacer? Lindo papel... a mi edad... Nada, se acabaron las complacencias. — No quiero más historias, ni más novelas. — Me metí en una por la pobre Blanca y estamos haciendo una farsa que ahora me pesa. — El día menos pensado, se lo digo todo a Jorge. — Es una maldad estarlo engañando. — El pobre está lo más creído en lo del corazón y no gana para sustos... No señor... está muy mal... Además, hay otras cosas que empiezan a preocuparme.

Maruja. — ¿Qué?

Carola. — Nada... imprudencias, niñerías. — ¡Ah!... y a propósito, tengo que arreglar cuentas contigo — ¿Por qué le contaste todo a Gustavo?

Maruja. — ¿Qué?

Carola. — Sí, lo enteraste de todo. — Él sabe que lo engañamos a Jorge... Sabe lo del complot y eso no está bien. — Yo conozco su carácter y sus ideas... Es peligroso...

Maruja. — ¿Sigue... enamorado?

Carola. — No sé; entre él y tú y el otro, me van a volver loca. (*Bruscamente*). No quiero saber más nada.

Maruja. — No se enoje, Carola. — Carolita: (*pausa*) ¿vendrá hoy?

Carola. — Ah... Juventud... juventud... Bueno; que sea la última vez, ¿eh? Está con Jorge en el escritorio.

Maruja. — ¿Dijo algo?

Carola. — Sí; que se vá.

Maruja. — ¿Para Europa? ¿Otra vez?... (*Nerviosa*). Ah... no... esto se acabó... no faltaba más...

Carola. — Tú vas a entrar de novicia... ¿qué te importa? (*Pausa*). Se va esta tarde... para la estancia. — Un paseo en automóvil... creo que vuelve mañana o pasado.

Maruja. — Ah... ¡Claro! El viernes es el baile en el Club. — Él me había dicho que iba a ir. ¡Qué linda fiesta!

Carola. — ¡Los veinte años! (*Pausa*)

Maruja. — ¿Y Blanca? ¿No está?

Carola. — Otra que bien baila. — Se me ocurrió decirle que se arreglara un poco más... y ahora, no sale de casa de la modista. — Figúrate: hoy día de recibo, y no ha venido... En cambio a Jorge, no hay quien lo saque de casa. Me parece que ahí vienen...

Maruja. — Sí; son ellos. (*Se mira rápidamente al espejo*).

Carola. — ¡Qué lástima tener que cortarte el pelo! ¿eh?

Maruja. — ¿Para qué?

Carola. — Para el convento... ¡farsante!

Maruja. — ¡Pero Carola!...

ESCENA II

DICHOS, JORGE y CARLOS por lateral izquierda

(*Jorge con traje de entrecasa y Carlos con traje de viaje y una escopeta*).

Carlos. — Salí, salí, te estás poniendo imposible. ¡Estos maridos! ¡Oh!... cómo está Maruja? (*saludos*). Ustedes perdonen, pero le estaba pasando una buena filípica a éste... Parece mentira... Ya no hay amigos, ni diversiones, ni paseos, ni aperitivos... figúrense ustedes... Ahora que yo había descubierto una martingala para el cubilete. Convéncete... estás hecho un opio, más bien dicho... ¡un marido! ¡Y todavía le aconsejan a uno que se case!...

Jorge. — ¿Todo eso porque no voy?

Carlos. — ¡Es claro! Un paseo lindísimo. — Ahí están todos los muchachos esperando en el Jockey... Te llevo en el auto... Volvemos mañana o pasado.

Jorge. — Basta; no insistas.

Carlos. — ¿Ven ustedes? Está visto: hay que reformar el refrán. — En vez de: muérete y verás... cástate y no verás nada.

Carola. — Pues, si todos pensarán así... estaban lucidas las solteras.

Carlos. — Ya sé... lo digo en broma.

Jorge. — ¿Tú no piensas casarte?

Carlos. — Te diré... más de una vez hemos hablado de eso con los amigos. Porque la verdad: ¿qué

hace uno aquí? Cuando yo tenía la bomba de París. Carola. — ¿Qué?

Carlos. — La bomba... la preocupación, no se me ocurrió pensar en eso... Pero desde que el viejo me negó permiso... sí, permiso... (*hace señas de dinero*) para otro viaje... y quiere que me vaya a la estancia, — figúrense... he tenido que pensar...

Carola. — Y es lo que debías de hacer... Hay tantas muchachas buenas y de su casa...

Carlos. — Sí, ya sé que las hay (*mirando a Maruja*). Muy buenas... y hacendosas. ¿Sabes a lo que le llaman hacendosas los muchachos en el Club? (*Señala de dinero*). Cuando hay...

Jorge. — Pero tú... me figuro...

Carlos. — No... ahora me he vuelto sentimental... tengo la bomba poética. (*Queda junto a Maruja y Jorge con Carola. Los diálogos siguientes simultáneos y en forma confidencial*).

Jorge. — ¿Y Blanca, no ha venido?

Carola. — No, todavía no.

Jorge. — Pero ¿dónde fué?

Carola. — A la modista. — No debe tardar.

Jorge. — (*Mirando el reloj*). Hace más de una hora. — Que venga aquí la modista, es mejor.

Maruja. — Bueno; ¿pero viene para el baile?

Carlos. — Sí, ¿cómo no?

Maruja. — Mire que es el viernes.

Carlos. — Ya sé, ¿no me regala esa flor?

Maruja. — No.

Carlos. — Démela, no sea así.

Maruja. — (*Se la da disimuladamente*). Bueno.

Carlos. — (*Tarareando*). “Je connais une blonde... il n'y a q'une au monde”.

Maruja. — ¿Otra vez? (*Gesto de enojo*).

Carlos. — Bueno; no lo haré más. — Maruja, hasta la vuelta.

Maruja. — (*Sin darle la mano*). Que le vaya bien.

Carlos. — Le aseguro, que a la vuelta, no canto más canzonetas. Se acabó la bomba de París... Ahora señores, hasta pronto... Adiós Carola, muchos recuerdos a Blanca...

Carola. — A ver si vuelves más serio... y piensas en lo que te ha dicho tu padre.

Carlos. — Ah... ¿el matrimonio? (*Mirando a Maruja*). Ya lo he pensado: “Una casetta blanca, vicino al mare”.

Jorge. — Pero tus amigos se van a cansar de esperarte. — ¿A qué hora salen? Me parece que se quedan.

Carlos. — No, adiós... (*Desde el foro*). “Al campo don Nuño voy... donde probaros espero, etc....”

ESCENA III

JORGE, CAROLA y MARUJA

Jorge. — Le envidio su carácter. Miren que hace tiempo que lo trato. Jamás le he visto triste... Bueno, ¿qué preocupaciones puede tener? Soltero... rico... joven... Hermosa edad.

Maruja. — Pero Jorge, ¿parece usted melancólico?

Jorge. — No... hay días, señorita. La bomba gris, como diría Calaca.

Maruja. — Pues, cuántos le envidiarían a usted.

Jorge. — Ya vé, de casero, y mi mujer paseando.

Carola. — Pero Jorge: bien sabes que fué a la modista.

Jorge. — Sí, ya sé. — Pero antes no salía tanto y era mejor.

Carola. — En cambio, tú lo hacías por los dos.

Jorge. — Además, ella está enferma y no le convienen agitaciones... ya le he dicho que tiene que cuidarse, pero no hace caso.

DICHOS y CRIADA

Criada. — Señora...

Carola. — ¿Qué hay?

Criada. — Está el señor Gustavo.

Jorge. — (*Impaciente*). ¿Qué quiere? ¿qué desea?

Carola. — Pero Jorge, pareces un niño.

Criada. — Preguntó por la señora Blanca y como yo no sabía si había vuelto, le dije que esperara.

Jorge. — Dígale que no está. (*Pausa*). No; recíbalo usted, Carola, yo me voy al escritorio.

Carola. — Hágalo pasar.

Criada. — Está bien. (*Mutis*).

Jorge. — Hasta ahora, Maruja. (*Mutis izquierda*).

Maruja. — Yo también me voy. — En casa me estarán esperando. (*Mira el reloj*). Ya es tarde.

Carola. — Eso es, como el otro se fué...

Maruja. — No sea así. Mañana voy a venir a acompañarla, para que no se queje.

Carola. — Anda, buena pieza.

Maruja. — Adiós. (*La besa*).

ESCENA IV

DICHOS Y GUSTAVO, con unas pruebas en la mano

Gustavo. — Buenas tardes.

Carola. — Entra, Gustavo.

Gustavo. — Cómo está, señorita?

Maruja. — Ya lo vé. De retirada. De modo que saludo y despedida (*da la mano*). Adiós, ¿eh?

Carola. — Siéntate, Gustavo. — ¿Todavía andas atareado con el libro?

Gustavo. — Sí, las pruebas no terminan nunca. — Precisamente quería mostrárselas a Blanca. — Le dedicaré un...

Carola. — ¿Y te parece bien, eso?

Gustavo. — Bah... todo el mundo conoce nuestra amistad.

Carola. — Sí, pero todo el mundo sabe que antes pasaron ciertas cosas...

Gustavo. — ¿Y qué? No le voy a tapar la boca al mundo.

Carola. — Pero la comprometes... Precisamente yo quería decirte algo y espero que no lo tomarás a mal.

Gustavo. — ¿Qué hay?

Carola. — Perdóname, ¿eh?, pero yo no sé fingir.

Gustavo. — ¿Qué pasa?

Carola. — Lo que pasa es... que... cómo decirte... que de un tiempo a esta parte tu asiduidad...

resulta un poco sospechosa. — Yo creí que ya habías olvidado.

Gustavo. — ¡Olvidar!... es muy fácil decirlo... Olvidar... cuando se tiene continuamente por delante la imagen querida.

Carola. — Pero Gustavo, no hables así.

Gustavo. — ¡Bah!... yo tampoco sé fingir. — Tal vez si ella hubiera sido completamente feliz, la hubiera olvidado, aun cuando el amor propio y el orgullo, habían quedado sangrando después de la derrota. — Pero ver que pasan los días... y que sufre... y que languidece... como una rosa de otoño... sin sol para el alma... sin alegría para el espíritu...

Carola. — Pero ahora, es feliz. Jorge la quiere, la mima.

Gustavo. — Por temor... por lástima, porque la cree muy enferma; pero no con el amor que ella merece y que no puede ofrecérselo... quien no la comprende, quien no es capaz de interpretarla. — ¡Oh... la farsa, se ve bien claro... hasta que llegue el día en que no se pueda seguir mintiendo! Los matrimonios de conveniencia!

Carola. — ¡Ah! ¿pero tú crees que Blanca se casó por interés?

Gustavo. — No sé... pero tengo derecho a pensarlo. — Las conveniencias sociales, los prejuicios, la familia... todo... todo se conjuró para anonadarme. — Se presentó el partido y... todos conspiraron para que ella se decidiera, — pero no sabían que el tiempo es el supremo vengador. — He sufrido lo que no puede usted imaginar...

pero al fin la senda es más propicia... Hoy tengo un nombre, una personalidad, una posición. — Y me he mantenido fiel a la fe jurada. — Ésa es mi venganza.

Carola. — ¿Y qué te propones?

Gustavo. — No sé. — Ha habido momentos en que he estado a punto de reclamar mi sitio en su corazón. Pero... un temor... a la adversidad... a algo fatal que me persigue, me ha hecho vacilar. — Los otros días, cuando recibí su tarjeta... tuve intenciones de decirlo a gritos.

Carola. — Pero eso es una obsesión, Gustavo! — No tienes derecho para venir a perturbar esta casa. — No tienes derecho. — Tú abusas de la confianza que aquí...

Gustavo. — No, nada tengo que reprocharme. — Pero ahora que él... por compasión o por lástima...

Carola. — Lo que harás es provocar un escándalo...

Gustavo. — No hay peligro... Lo que él menos quiere es disgustarla porque la cree enferma.

Carola. — Pero, ¿qué dices? ¿qué piensas? ¿Qué moral es la tuya?

Gustavo. — La moral humana... Unos vencen de frente, porque son fuertes y preferidos por la suerte. — Otros...

Carola. — Ah!... yo me opondré con todas mis fuerzas. — Yo tengo que evitar de cualquier modo... los quiero demasiado. Tú no debes venir más a esta casa.

Gustavo. — Perfectamente, todos contra mí... como siempre. — Apelaré al último fallo...

Carola. — ¿Cuál?

Gustavo. — Su corazón... que hable libremente.

Carola. — No; no: ni una palabra.

Gustavo. — ¿Seguiré la farsa entonces?

Carola. — Es preferible.

Gustavo. — ¿Ésa es la moral de ustedes?

Carola. — Ésa es la moral de todos. — ¿Me prometes que tendrás juicio?

Gustavo. — Según a lo que usted llame juicio...

Carola. — Oh... tú lo sabes. Te lo pido por lo que más quieras.

Gustavo. — Lo que más quiero... Lo que más quiero!..

Carola. — Schits... silencio...

ESCENA V

DICHOS y BLANCA por el foro, elegantemente vestida

Blanca. — ¿Cómo está, Gustavo?

Gustavo. — Muy bien, señora. Todavía con las pruebas. — Quiero que usted elija el artículo que he de dedicarle.

Blanca. — Ah!... muchas gracias... ¿Qué te parece este sombrero, Carola?

Carola. — Muy bonito, muy chic.

Blanca. — Figúrate que por un cuarto de hora, casi lo pierdo. — Luisa Veles había encargado un modelo igual. (*Mirándose al espejo*). Me sienta bien, ¿verdad? ¿qué dice usted, Gustavo?

Gustavo. — Que de un tiempo a esta parte, ha habido un gran cambio de espíritu.

Blanca. — Tiene razón. — He comprendido que no vale la pena afligirse... que es mejor sonreír a la vida a despecho de todo.

Gustavo. — ¡A despecho de todo! ¿Es una frase?

Blanca. — Como usted quiera; no la he pensado.

Gustavo. — ¿La ha sentido?

Blanca. — Tal vez. (*Suena el timbre*).

Carola. — Alguna visita. — Tú ni te acuerdas, que hoy es día de recibo.

Blanca. — ¡Bah!... Son tan pocas las personas que me visitan. (*Se saca el sombrero*).

Gustavo. — En ese caso, he elegido mala oportunidad para leerle.

Blanca. — No, con mucho gusto. (*Carola va hacia la puerta*).

Gustavo. — ¿No se aburrirá usted?

Blanca. — ¡Valiente!... Me gusta mucho lo que usted escribe.

Gustavo. — ¿De verdad?

Blanca. — Claro... yo no sé mentir...

Gustavo. — ¡Quién sabe!

Criada. — (*A Carola*). — La señora de Suárez y señorita. — Esperan en la sala.

Carola. — Blanca, te esperan.

Blanca. — Ah!... si tú fueras tan buena que las recibieras un momento. — Estoy fatigada. — Yo voy en seguida. ¿Quieres?

Carola. — Me parece que tú debes ir; yo me quedo aquí con Gustavo.

Gustavo. — Por mí...

Blanca. — No; hazme el favor. — Me aburren; me fastidian... Yo iré después a saludarlas.

Carola. — Es que... escucha. ¿Tú permites, Gustavo?
Gustavo. — Sí, cómo no?

Carola. — (*Aparte*). No quiero que te quedes sola con él... Tengo miedo...

Blanca. — ¡Pero Carola!

Carola. — Sí, estás jugando con fuego... Es necesario que esto concluya de una vez. — Pídele la tarjeta que le enviaste y muéstrasela a Jorge.

Blanca. — No te preocupes... déjalo que rabie un poco. ¿Está ahí?

Carola. — Sí; pídesela... por favor...

Blanca. — Bueno, te haré el gusto. — (*En voz alta*).
¿Y vas a recibirlas o no?

Carola. — Sí, voy. — Pero me figuro que no se irán sin que tú las saludes.

Blanca. — Yo iré después. — Discúlpame de cualquier modo.

Carola. — Bueno; y... ya sabes, ¿eh? (*Mutis*).

Blanca. — Pierde cuidado.

ESCENA VI

BLANCA y GUSTAVO

Blanca. — Esta Carola es intransigente. — Dice que las de Suárez se van a resentir...

Gustavo. — En ese caso, sería yo el culpable.

Blanca. — Usted... o su libro.

Gustavo. — Cualquiera que sea: el autor, o la obra, igualmente se agradece. — Es una distinción...
(*Blanca mira por los cristales hacia afuera*).

Blanca. — ¡Qué hermoso día! Todo sonrío, todo invita a vivir, a vivir. ¿Usted no siente entusiasmo por estas tardes de sol? ¡Qué hermosura!

Gustavo. — Sí, lo siento. Por lo menos, la claridad exterior, disimula la penumbra íntima.

Blanca. — Ah!... muy poético. ¿Sigue usted prodigando las bellas frases?

Gustavo. — Las más bellas son las que no se piensan... como en este caso.

Blanca. — Penumbra íntima. ¿Y por qué?

Gustavo. — ¿Y usted lo pregunta?

Blanca. — Bueno; no preguntaré más. — Veamos esas pruebas. ¿De manera que yo tengo que elegir la composición que se me ha de dedicar? — Tengo curiosidad de verlas.

Gustavo. — Curiosidad... es un sentimiento muy femenino.

Blanca. — Bueno... interés si usted quiere.

Gustavo. — ¿Sentimental?

Blanca. — Deme, yo las leo.

Gustavo. — Como usted quiera (*buscando*). Aquí hay una que tal vez le guste.

Blanca. — (*Leyendo*). "Derrotas triunfales" — El título es sugestivo: "Todos aquellos que en homenaje a la sinceridad de sus sentimientos íntimos, han realizado el sacrificio de mantenerlos ajenos a la voluptuosidad del triunfo inmediato, han obtenido la más grande de las victorias: la de su propia naturaleza. Vencerse a sí mismo, cuando todo consagra exteriormente la derrota, es triunfar para el porvenir. — Es mantener intacto el escudo que ha de asegurar la supremacía del sen-

timiento inmortal, sobre todas las conjuraciones, — y mantener izado el pabellón, que ha de flamear sobre la más alta cumbre: la del ideal realizado, — contra todo y por encima de todo. — En ese caso la victoria da derechos⁷⁷. — Es muy bonito el principio.

Gustavo. — Pues el final, yo lo diría de memoria. Y agregaría tantas cosas que no se pueden decir en un libro!...

Blanca. — ¿Qué agregaría usted?

Gustavo. — ¿Quiere que le diga con franqueza?

Blanca. — Si yo puedo oírlo.

Gustavo. — Sí; es tal vez la única que debe oírlo... La única capaz de comprenderlo.

Blanca. — ¿Por qué?

Gustavo. — Porque usted lo ha inspirado.

Blanca. — Oh... eso ya no es literatura...

Gustavo. — Pero es la verdad... una verdad muy honda. ..muy honda que no puedo ocultar más. Blanca, este momento es decisivo para mí. — Durante algunos años, he callado mientras la creí feliz, pero supe enaltecer los sentimientos íntimos, salvándolos de la derrota. El tiempo me ha vengado; mi alma es la misma y ha sido necesario que yo la viera sufrir, para decidirme a revelar el secreto de mi sufrimiento. — Sí, también sufro por usted.

Blanca. — ¿Por mí?

Gustavo. — Sí, porque la quiero... como antes... más... mucho más...

Blanca. — (*Parándose*). ¡Oh... Gustavo!... yo creí

que de aquel amor... sólo quedaba un afecto tranquilo... amistoso... sí, amistoso...

Gustavo. — No... la amistad entre nosotros es una farsa.

Blanca. — Entonces usted ha interpretado mis demostraciones de amistad cordial, por otro sentimiento.

Gustavo. — No sé; pero todo lo suyo, hasta lo más trivial, tiene para mí el perfume del primer amor. — Vea: (*Saca la tarjeta*), he besado su nombre mil veces.

Blanca. — Oh... mi tarjeta. En ese caso le pido que me la devuelva. . .

Gustavo. — ¿Por qué? Ella me ha consolado en muchas noches de insomnio; después de seis años, vino hasta mis soledades, como una sonrisa, como una promesa...

Blanca. — Oh... por favor... devuélvamiela, por favor... yo se lo ruego. (*Va hacia él*).

Gustavo. — No; digamos la verdad de una vez por todas: sí, por encima de todas las conveniencias y los prejuicios. — Yo te quiero, Blanca, te quiero...

Blanca. — Gustavo, por favor... (*trata de sacarle la tarjeta y él de besarla*). No... no... es mía... es mía... (*Se la saca*).

Gustavo. — Te quiero, sí, y estoy dispuesto a todo... al escándalo... a lo que sea...

Blanca. — Oh... basta... basta... (*Va hasta la ventana y mira*). Silencio; ahí viene Jorge.

Gustavo. — Pues que lo sepa.

Blanca. — No, Gustavo, yo se lo ruego. No olvide... que está en mi casa...

ESCENA VII

DICHOS y JORGE

Jorge. — Buenas tardes. ¿Hace rato que estabas por aquí?

Blanca. — No, hace un momento. Me encontré con Gustavo y...

Jorge. — Parece que discutían.

Blanca. — Sí; quiere dedicarme un artículo de su próximo libro.

Jorge. — ¡Ah!... ¿todavía no está pronto?

Gustavo. — No, aún estoy corrigiendo las pruebas.

Jorge. — Me alegraré que tenga mucho éxito.

Gustavo. — Gracias.

(*Pausa*).

Jorge. — Qué lindo día, ¿eh?

Gustavo. — Sí; hace muy buen tiempo.

Jorge. — Me alegro por Carlos, que tendrá un magnífico viaje.

Blanca. — ¿Fué para la estancia?

Jorge. — Sí, por pocos días. — Estuvo a despedirse y como tú no estabas, te dejó recuerdos.

Blanca. — Fui a la modista.

Jorge. — Sí, me dijeron.

Gustavo. — Bueno; ustedes me perdonarán, pero tengo que ir a entregar estas pruebas. — Hasta otro momento, ¿eh?

Jorge. — Adiós.

ESCENA VIII

JORGE y BLANCA

Jorge. — ¿Sabes que estás muy elegante?

Blanca. — ¿Te gusta? Es muy sencillo, compré un sombrero también. (*Se vuelve a mirar en el espejo. Jorge se sienta preocupado*). Me figuro que te ha de gustar. Te aseguro que es una lidia. Con el cambio de estación, la modista tiene que hacer milagros. Yo antes no me explicaba las preocupaciones por los tules y las cintas. No te figuras. (*Pausa. Coloca la prueba y la tarjeta en el secrétaire*).

Jorge. — ¿Qué haces?

Blanca. — Guardo estos papeles.

Jorge. — ¿Qué papeles?

Blanca. — Oh... y después dicen que nosotras somos las curiosas...

Jorge. — ¿Pero qué es?

Blanca. — Es una composición que Gustavo quiere dedicarme en su nuevo libro, ¿quieres leerla? (*Se la da*). Y además otra cosa que te va a sorprender. Te voy a dar una lección. — ¿Te acuerdas de aquella tarjeta que querías leer el día de mi cumpleaños? Aquí la tienes.

Jorge. — Guárdala. (*Sigue mirando la prueba*).

Blanca. — Ah... no te interesa! Pues yo te la voy a leer... escucha bien... "Blanca... saluda al señor Gustavo Correa y le agradece su atención". ¿Estás enterado? Bueno, ahora... (*La rompe*). Ya no queda nada. (*Pausa*).

Jorge. — Pero, ¿cómo la has conseguido?

Blanca. — Pidiéndosela.

Jorge. — ¿A él?

Blanca. — Sí, a él.

Jorge. — Muy mal hecho. Quién sabe lo que se le ocurrirá creer. (*Nervioso*). Está muy mal... es una niñería...

Blanca. — Oh... no tienes razón... eres muy injusto. ¡Si tú supieras!

Jorge. — Eso es lo que quiero: saber. — Saber lo que aquí pasa. Desde hace tiempo, observo algo que no te podría explicar... algo misterioso... farsaico... No te enojas, Blanca. — He callado hasta ahora, por ti... por ti...

Blanca. — ¿Por mí?

Jorge. — Sí, tú estás delicada de salud, aunque no lo creas... y eso me ha detenido a que hable claramente, — pero hay ciertos detalles, ciertos misterios... que no me explico. — Parece que un espíritu maléfico, flotara sobre esta casa.

Blanca. — Por mí... por mi salud... (*Pausa*). Jorge...

Jorge. — ¿Qué quieres?

Blanca. — Ven, siéntate aquí... a mi lado... más cerca...

Jorge. — ¡Qué hay!

Blanca. — No sé cómo decirte... Es algo...

Jorge. — ¡Ah!... hay algo?

Blanca. — (*Tapándole la boca*). Silencio. Dime: ¿estás seguro de que por mí, por mí sola, has sufrido alguna inquietud?

Jorge. — Sí, y sufro aún. (*Ante su seriedad Blanca empieza a sonreír y a cada exclamación de Jor-*

ge, va intensificando la risa hasta la carcajada).
 ¿Pero qué?... ¿qué es eso?... ¿qué hay?... ¿por qué te ríes?...

Blanca. — Pobre Jorge; me tienes que perdonar.

Jorge. — ¿Perdonar?

Blanca. — Sí, tengo un secreto... uno sólo...

Jorge. — Bueno, habla... explícate...

Blanca. — Sí, pero con una condición. — Que me has de perdonar antes. — Oh... qué cara pones! No es nada grave. — Al contrario: te vas a alegrar mucho. ¿Me perdonas?

Jorge. — Sí; habla.

Blanca. — Escucha... Jorge... Jorgito... yo no pienso morirte. Al contrario. Al contrario! vivir, vivir mucho, para ti... para ti... (*Abrazándole*).

Jorge. — Sí, ya sé... ya sé. Pero eso...

Blanca. — Es que tú creías. ¿Verdad?

Jorge. — No, no...

Blanca. — ¿Qué te dijo el doctor Real? Que yo estaba muy grave... que cualquier disgusto... (*Riendo*) el corazón... el corazón...

Jorge. — ¡Ah!... ¿tú sabías?

Blanca. — Pero, si fué una farsa, Jorge. Yo le pedí al doctor Real que te lo dijera... yo... yo misma... y Carola. Como tú entonces no me querías...

Jorge. — Y Real, mi amigo, se prestó a esa complicidad...

Blanca. — No lo acuses... pobre! le pedimos, le rogamos... Yo estaba triste... muy triste...

Jorge. — ¿Con que todo una farsa? ¿Y para qué?

Blanca. — ¿No lo comprendes? Fué por tí... por tí...

para que volvieras a esta casa... para que fueras el Jorge de antes... el que yo quería... el que yo quiero... Perdóname, ya ves que ha sido una inocente traición... y al fin y al cabo, logré mi propósito... Ahora eres mío, mío para siempre. — Y ya no habrá secretos, ni dudas, ni misterios. ¡Dime que me perdonas!

Jorge. — Te perdono con toda el alma. (*Con gran alegría, tomándole las manos*). ¿Estás sana, verdad?

Blanca. — Sí, verás que felices vamos a ser. — Ahora hay que comenzar la vida nueva... hay que vivir...

Jorge. — Sana... sana...

Blanca. — Sí, sí; convéncete...

Jorge. — Sana de cuerpo y de alma.

Blanca. — Jorge... ¿qué dices?

Jorge. — Nada... nada...

Blanca. — No, eso no está bien; me guardas rencor...

Jorge. — ¿A ti, a ti? no, querida, no.

Blanca. — Al doctor Real entonces... a Carola...

Jorge. — No, no. ¿Nadie más sabía del complot?

Blanca. — Sí, Maruja y Gustavo.

Jorge. — ¿Gustavo?

Blanca. — Sí, fué una indiscreción de Maruja. — Por eso era que ya el secreto me estaba pesando demasiado... Sentía remordimientos... Pero como tú te mostrabas enigmático... Todavía no se había operado el milagro. — Pero ahora sí, estoy contenta... volvemos el uno al otro como si hace tiempo que estuviéramos separados. — Tú, con la satisfacción de saberme sana. — Sí, completa-

mente, — y yo con la alegría íntima de verte aquí en casa, en nuestra casa, juntos, muy juntos, para siempre. — (*Jorge ha seguido abstraído*).

ESCENA IX

DICHOS y CAROLA

Carola. — Pero, Blanca... por Dios... ya se van las visitas... Ven un momento por lo menos... a saludarlas.

Blanca. — Ah... perdóname Carola, voy en seguida.

Carola. — ¿Se fué Gustavo?

Blanca. — Sí; hace rato. (*A Jorge*). Bueno; yo voy un momento hasta la sala. — No te vayas Jorge, en cuanto se vayan vuelvo. (*Mutis*).

Carola. — Sí, mujer. Ni te acuerdas que es día de recibo. — Parece mentira. (*Va a salir*).

Jorge. — Carola... un momento...

Carola. — ¿Qué hay?

Jorge. — ¿Cómo sigue Blanca? — Sí... del corazón...

Carola. — ¡Ah!... la pobre. Hace días que no viene el doctor Real.

Jorge. — ¿Pero... usted cree... que sigue grave?

Carola. — Sí; hay que cuidarla mucho, mucho. Ya te lo dijo el doctor.

Jorge. — ¿Con qué al corazón, eh?

Carola. — Sí, la pobre...

Jorge. — Farsantes... lo sé todo, todo.

Carola. — ¿Qué?

Jorge. — Sí, todo. — Acaba de confesármelo la propia Blanca. — ¿Con que una farsa, eh?

Carola. — ¿Ella lo dijo?

Jorge. — Sí.

Carola. — Pero yo no tengo culpa ninguna, — ¿eh? — Yo me opuse... y además... hoy mismo estaba dispuesta a decírtelo.

Jorge. — Pues, ya lo sé.

Carola. — Bueno... te figurarás que obligada... por cariño a ella... y a tí.

Jorge. — Sí, comprendo. — No es para enojarse... más bien hay que reír. — La comedia estuvo muy bien hecha... las felicito. — Debían de cultivar esas disposiciones para el teatro. ¿Verdad, mi buena tía Carola?

Carola. — (*Confusa*). Esta muchacha... parece mentira... (*De pronto*). Voy a despedirme de las visitas, ¿eh? Hasta ahora.

ESCENA X

JORGE, después GUSTAVO

Jorge. — (*Se pasea un momento impaciente. — Después se sienta. — Lee la prueba*). ¡Derrotas triunfales!... ¡Derrotas triunfales!... (*Sigue leyendo breves instantes*).

Criada. — Está el señor Gustavo.

Jorge. — ¿Quién?

Criada. — El señor Gustavo, ¿lo hago pasar a la sala?

Jorge. — Sí... (*Pausa*). No, espera un momento. — Que pase aquí. (*Sigue paseándose con aire preocupado y guarda la prueba en el bolsillo*).

Gustavo. — Otra vez de vuelta. — La verdad que este libro me da trabajo. ¿No está Blanca?

Jorge. — No.

Gustavo. — Lo siento porque... había dejado olvidada la prueba de un artículo y hay que corregirlo. Bueno, volveré en otro momento.

Jorge. — No es necesario... Aquí está. (*La saca del bolsillo*).

Gustavo. — ¿Tú lo leíste?

Jorge. — No... es decir, unas líneas.

Gustavo. — Yo quería tener esa atención... Como dedico otros a diversas personas, también quise que Blanca eligiera uno.

Jorge. — Y Carola... ¿no elige?

Gustavo. — ¡Oh!...

Jorge. — ¿Y yo?

Gustavo. — En fin, si tú te empeñas.

Jorge. — Agradezco la distinción. — De un tiempo a esta parte me fastidia la letra impresa.

Gustavo. — ¿Sí? es raro.

Jorge. — Una monomanía... exceso de lectura.

Gustavo. — Será porque no sabes el trabajo que cuesta.

Jorge. — Tal vez. — Mis aficiones literarias no pasaron de los veinte años. La vocación no me llamaba por ese lado.

Gustavo. — Pero de eso, a detestar los libros...

Jorge. — No, la letra impresa... Es distinto. Cuando veo en un diario mi nombre, me fastidia... Así es que tú perdonarás, pero... no leo tu artículo. (*Lo rompe*).

Gustavo. — Siento que lo hayas roto. Habrá que sacar otra prueba.

Jorge. — ¡Ah!... como tú quieras. — Pero, mira, el nombre de mi mujer en libros que andan de mano en mano, la verdad...

Gustavo. — ¿Te disgusta?

Jorge. — Sí, francamente; suprime la dedicatoria.

Gustavo. — Ella la ha aceptado.

Jorge. — Pero yo no.

Gustavo. — Sin embargo: ella es quien debe decidir.

Jorge. — Mira, ahorremos palabras. — Te prohíbo que pongas su nombre en el libro.

Gustavo. — Tal vez exageras tus derechos de marido. — En cuestiones literarias... la verdad, yo sentiría que ésto la disgustara, porque estando así... delicada de salud...

Jorge. — (*Un poco impaciente*). ¡Ah... sí! — No te preocupes. — No se disgustará.

Gustavo. — Eso es mucho decir.

Jorge. — ¿Qué?

Gustavo. — Claro, tú la obligas a incurrir en un desaire, contrario a su manera de ser.

Jorge. — Ha hecho otros más graves, y no ha pasado nada.

Gustavo. — ¿A cuál te refieres?

Jorge. — Tú lo sabes.

Gustavo. — ¿Y fué por impulso propio... o a la fuerza como ahora?

Jorge. — Mira, Gustavo, vete. (*Pausa*). Es mejor que te vayas. — No quiero escenas.

Gustavo. — Escenas... ¿de qué? ¿Cómicas? ¿dramáticas? — La verdad, ésto es tan extraordinario, tan inusitado, que no sé qué pensar. (*Jorge mira*

hacia fuera). Realmente parece una escena de teatro. — No sé si estoy frente a Otello, o a...!

Jorge. — ¿Qué? ¿qué dices? Repítelo... repítelo....
(*Pausa*). Estás frente a un hombre... a un hombre... comprendes?

Gustavo. — Mira, si la tomas por ese lado, si te propones hacer un escándalo ridículo... te prevengo que también estás frente a un hombre.

Jorge. — No, no quiero escándalos. — No olvido que estoy en mi casa.

Gustavo. — Y no olvides tampoco, que con el escándalo podrían conspirar contra la salud, contra la propia vida de aquella a quien pretendes involucrar en un desaire ridículo.

Jorge. — Bueno, bueno, basta. Te he escuchado con calma, porque vuelvo a repetírtelo, estoy en mi casa. — Pero es necesario que esto termine de una vez. De otro modo no respondo de mí.

Gustavo. — ¿Es una amenaza?

Jorge. — Como tú quieras. Deseo que no vuelvas más a esta casa.

Gustavo. — ¿Lo dices por tí, o por ella?

Jorge. — Por los dos.

Gustavo. — Entonces... tienes celos, sí, tienes celos. — Confiésalo.

Jorge. — ¡Gustavo!

Gustavo. — La vieja historia. No debes estar muy seguro de tu conducta, no debes estar convencido que le prodigas el cariño que se merece, cuando ves sombras por todas partes.

Jorge. — No tengo por qué dar a nadie explicaciones de mi conducta. (*Pausa*).

Gustavo. — Perfectamente. Me marchó. (*Va hacia la puerta y desde allí*). No pisaré más esta casa. — Pero entiéndelo bien. Me queda el penacho. Si aquí ha habido comedia, Blanca es bastante superior para saber quién ha sido Cristián y quién ha sido Cyrano.

Jorge. — ¡Ah!... no. Ven aquí, no te vayas, ven.

Gustavo. — ¿Qué quieres?

Jorge. — Ven... habla... explica esas palabras...
(*Lo toma del brazo y vienen a primer término*).

Gustavo. — ¿Qué? ¿qué te propones?

Jorge. — Lo que tú quieres. Ahora mismo vas a dar cuenta de tus palabras, de tus indirectas, de tus suspicacias, de tus bajas intenciones... o de lo contrario, tendrás que arrepentirte de lo que has dicho.

Gustavo. — Pronto te has olvidado que estás en tu casa.

Jorge. — El que te olvidas, eres tú, que vienes hasta ella en la sombra como un reptil, a dejar la baba ponzoñosa... Basta de farsas... basta de subterfugios. — Si eres un hombre, atrévete a decir cara a cara, lo que ocultas en tu alma ruin... Sácate el antifaz... Dí que la quieres... dílo... y que esperas... esperas... en acecho...

Gustavo. — ¿Quieres el escándalo? ¿quieres que todos se enteren? Pues bien, sí: la quiero... la quiero más que nunca. Y ella también.

Jorge. — Mientes, mientes, te desprecia.

Gustavo. — No; es a tí a quien desprecia, porque no has sabido apreciarla. Porque ni un solo día has interpretado sus sentimientos. Porque conquistas-

te su cuerpo, pero no su corazón. — Haec seis años triunfaste porque eras rico, porque la suerte estuvo de tu lado. Pero no has sabido merecerla... y el alma es mía... mía... y lo será aunque tú no quieras, aunque te opongas nuevamente por la fuerza...

Jorge. — Mientes... mientes... eres un canalla... eres un cobarde! Has estado traicionándome en la sombra.

Gustavo. — Es mía... es mía..

Jorge. — Te has creído en la impunidad. Pues te has engañado... Está sana de cuerpo y alma. — Es mía, porque soy más fuerte, porque soy más hombre...

Gustavo. — Eso lo veremos...

Jorge. — Sí, ahora mismo. (*Le dá una bofetada*). Así...

Gustavo. — ¡Ah!... miserable... te mataré... te mataré... Pero como matan los hombres de honor.

Jorge. — Cuando quieras, estoy pronto. — Vete de esta casa... Fuera!... Canalla!... Canalla!... Cobarde!... Cobarde!... (*Mutis de Gustavo*).

TELON

ACTO TERCERO

DECORADO: Salita de despacho y biblioteca. — Un reloj de pared, tapices y muebles severos. Sobre el escritorio lámpara eléctrica encendida y aparato telefónico. — Algunos bronces, vitrinas, etc. Al foro y laterales puertas practicables.

ESCENA I

JORGE, después BLANCA por el foro

Jorge. — (*Al levantarse el telón, escribe breves instantes. Después lacra un sobre y le pone dirección. Durante un instante queda perplejo. — Coloca el sobre en un cajón del escritorio. Va hasta la puerta y ventana, cerciorándose de que nadie lo ve. Toma de la vitrina una caja y la abre encima del escritorio. — Saca dos pistolas; hace jugar los gatillos, cerciorándose de que funcionan bien y vuelve a ponerlas en la caja, y ésta en la vitrina. Cuando está en ello, suena el timbre del teléfono*). Hola... hola... con Julio? Ah... sí... con Jorge... sí... sí... cuando quieras... estoy esperando... (*Mira el reloj*). Son las cinco y media... ¿a las seis? ¿En el Círculo de Armas?... muy bien... (*Entra Blanca por la puerta del foro*)... No, no hay necesidad, vamos a

pie... queda muy cerca. — Bueno, los espero. —
¿Qué? ¿qué?... ¿Una nueva condición?...
¿Eh... a veinte pasos y apuntando? Perfectamente. Sí, han hecho bien; no se podía discutir. —
Bueno, los espero... (*Cuelga el tubo*).

Blanca. — ¿Qué hay Jorge?... ¿Tú?

Jorge. — No... figúrate; otra vez de padrino... El pobre Carlos...

Blanca. — ¿Carlos? ¿Y no estaba en la estancia?

Jorge. — No; eso fué un engaño, para que no sospecharan... ustedes y... Maruja... Ahora te lo digo, porque al fin y al cabo (*mirando el reloj*) dentro de un rato, ya habrá pasado todo. Pero que no se entere nadie, ¿eh?

Blanca. — Pobre Calaca... Él que siempre tomaba a broma las cosas! Y es en condiciones graves... Me pareció oírte... a veinte pasos y... apuntando.

Jorge. — Sí.

Blanca. — Entonces puede ser trágico... fatal?

Jorge. — Sí... pero yo confío en que saldrá bien. —
Es un segundo de peligro.

Blanca. — Pobre... él que siempre decía en broma: a veinte pasos. ¿Y por qué ha sido?

Jorge. — Una ofensa grave... en asuntos íntimos... cuestiones de familia...

Blanca. — Que horror... Y la pobre Maruja que pensaba en el baile... ¿No ha venido?

Jorge. — No.

Blanca. — Yo la invité a cenar... No sabrá nada, por supuesto.

Jorge. — Es claro que no.

Blanca. — Dime, ¿y tú no podrías hacer algo? Que fuera sin apuntar por lo menos.

Jorge. — No se puede...

Blanca. — Mira que son malos los hombres. — ¡Ah!... qué barbaridad. Parecen salvajes... no piensan en la familia... en nada!... La pobre madre!... No quiero ni pensarlo... Bueno, yo voy hasta mi cuarto a dejar el sombrero. Vendré antes de que te vayas...

Jorge. — Muy bien.

Blanca. — El pobre Carlos! (*Mutis izquierda*). (*Jorge la ve irse, la contempla un instante y se enjuga las lágrimas. Después enciende un cigarrillo, y se pasea a grandes pasos por la estancia*).

ESCENA II

JORGE y CAROLA por lateral derecha

Carola. — (*Con traje de calle*). Jorge... Jorge... por favor... Dime la verdad... ¿Ha pasado algo entre tú y Gustavo? Anteayer me pareció oír algo.

Jorge. — No... nada... discutíamos sobre literatura. Él es tan vehemente.

Carola. — No... dímelo... Acabo de recibir una esquela suya y me dice que vaya a su casa antes de las seis. Que es un asunto muy grave... y tiene que entregarme algo en mano propia... algo que yo sola puedo saber... ¿Qué hay?... Dímelo... por favor...

Jorge. — Nada, mujer, nada... Se preocupa sin motivo. (*Viendo al doctor Real en la puerta*). Oh... cómo te va? Al fin se te ocurre venir por aquí

Dr. Real. — Sí, tuve mucho que hacer. ¿Cómo está, señora?

Carola. — Muy bien, doctor.

Dr. Real. — ¿Y Blanca?

Carola. — Está ahí... dentro. — Con permiso... ustedes disculparán, pero... tengo necesidad de salir... hasta ahora, doctor... Adiós, Jorge...

Jorge. — Hasta luego; vaya tranquila. (*Mutis de Carola por el foro*).

ESCENA III

DOCTOR REAL y JORGE

Jorge. — Siéntate... tengo poco tiempo disponible... porque iré un momento hasta el Círculo, pero vuelvo en seguida.

Dr. Real. — Sí; sospecho que tienes que salir.

Jorge. — Está bueno; ¿telepatía?

Dr. Real. — No; he oído por ahí ciertos rumores, y precisamente vengo a hablarte de eso... como amigo... y como médico.

Jorge. — ¿Qué? ¿Te han dicho que estoy enfermo?

Dr. Real. — Déjate de bromas, Jorge... no es el momento. — Dime la verdad: ¿tú has tenido algún incidente con Gustavo? He oído hablar...

Jorge. — Bah... la gente desocupada no sabe qué inventar.

Dr. Real. — Vamos... no me hagas comedia... Ya te he dicho que necesito saber la verdad... Toda la verdad... ¿Comprendes? Si en algo aprecias mi amistad...

Jorge. — Oh... tú sabes bien.

Dr. Real. — Bueno... habla claro. ¿Han tenido algo? ¿Algún incidente?

Jorge. — Sí... ya que te empeñas.

Dr. Real. — ¿Pero tuvo alguna trascendencia? ¿dónde fué?

Jorge. — Aquí... en casa.

Dr. Real. — (*Con gran interés*). ¿Y Blanca... lo sabe?

Jorge. — No... Estábamos solos... Ya me tenía harto con sus impertinencias y no pude contenerme.

Dr. Real. — ¿Qué?

Jorge. — Una bofetada.

Dr. Real. — Oh... entonces es cierto lo que por ahí se dice... que hay un lance...

Jorge. — Depende de lo que resuelvan los padrinos.

Dr. Real. — ¿Ya no lo han resuelto?

Jorge. — No sé. Creo que no.

Dr. Real. — Bueno, me alegro; hay que evitar el escándalo a toda costa... de todos modos. Y hasta el encuentro si es posible.

Jorge. — Eso no depende de mí... tú comprenderás. — Después de lo ocurrido yo soy el que menos...

Dr. Real. — Sí, comprendo. — Pero habiendo buena voluntad... en los mediadores... Siempre puede encontrarse una fórmula satisfactoria... Sí, te conozco bien... En otro caso... yo no te

diría nada... pero ahora... no es posible... sería un crimen...

Jorge. — ¿Por qué?

Dr. Real. — Por ella, Jorge, por Blanca. — Tú sabes lo que tiene, es muy grave... y una emoción de esta naturaleza... Oh... no quiero ni pensarlo.

Jorge. — Bah... (*riéndose*). ¿Y eso era lo que tenías que decirme? Inocente... (*ríe nuevamente*) farsante!...

Dr. Real. — Jorge... ¿qué es eso? ¿Te burlas de mí?

Jorge. — Al contrario... Eres tú.

Dr. Real. — Pero... explícate... Me parece que el asunto y el momento, no son para gastar bromas.

Jorge. — (*Después de reír nuevamente*). Lo sé todo... todo...

Dr. Real. — ¿Qué?

Jorge. — Lo de la enfermedad al corazón... ¿Con que muy grave, eh? — Muy bien, te felicito... Al fin y al cabo la farsa ha salido bien. — Me ha reconquistado, querido! Y en qué forma! — No pienso más que en ella y la quiero como nunca... Eso sí, yo también tengo que reconquistarla por completo! Ya ves, pues, que si lo del lance fuera cierto, iría a él, como se va a un torneo, a una justa, y pasaría impávido por la prueba trágica, con la arrogancia del caballero que lo hace por su dama. ¿Comprendes la satisfacción que tendría después del minuto de angustia? Entraría en esta casa llamándola a gritos y diciéndole: Blanca... Blanca... fué por ti... por ti...

Dr. Real. — Bueno, todo lo que tú quieras... Pero vuelvo a repetirte: está grave, grave, y una gran emoción...

Jorge. — Oh... todavía insistes! Por lo pronto, si hubiera algo, ella no se enteraría. Cree que es otro, y como está acostumbrada a verme intervenir en estos lances.

Dr. Real. — Esas cosas no se adivinan, Jorge, se presienten.

Jorge. — Pero... aún así... para qué insistes... Lo sé todo... todo... Ella misma me lo confesó, cuando estuvo convencida de que había logrado su propósito...

Dr. Real. — Sí, está bien; está bien. Habrá habido una coincidencia, pero mi deber, es repetirte que...

Jorge. — (*Viendo a Blanca*). Mira, aquí está Blanca... ella misma te dirá.

ESCENA IV

DICHOS y BLANCA

Blanca. — ¿Cómo le va, doctor? ¡Parece mentira! ¡Hace días que no viene a vernos!

Jorge. — Y eso que sabe que estás muy grave... ¿No creerás que todavía estaba empeñado en convencerte, en lo del corazón?... Sí... en tu gravedad... Amigo, otra vez no se meta a hacer medias con mujeres, porque a lo mejor...

Blanca. — ¡Ah!... doctor... usted que es tan bueno me perdonará... ¿verdad que me perdona? Yo no pude guardar por más tiempo el secreto y se

lo dije todo, todo... (A Jorge). Pero tú me prometiste no descubrirme. Eso está muy mal. Ya ves el ridículo en que... nos pones.— ¿Verdad que me perdona, doctor?

Dr. Real. — Sí... y que te perdone Dios!

Blanca. — Oh... de eso estoy segura. Bueno, la farsa dió su resultado, pero la cura todavía no ha sido completa. — Este caballero, todavía tiene que pagarme muchas cuentas atrasadas. — Pero la verdad, es que está mejor... muy mejorado... es otro, doctor... comienza a ser el Jorge de antes...

Jorge. — ¿Lo oyes?

Blanca. — Y me figuro que usted se alegrará... como todos nuestros amigos. — Ahora lo que faltaría para... el restablecimiento, es el viaje a Europa, ¿verdad?

Dr. Real. — Sí, ya debían haberlo hecho!... Ojalá lo hubieran hecho antes!

Blanca. — Pero aún estamos a tiempo... o se cree que ya estamos viejos? No, aún nos queda mucha vida por delante, para vivirla intensamente.

Jorge. — Sí, el viaje queda concertado desde ya. — Seis meses, o un año, lo que tú quieras...

Blanca. — Ve usted... es otra persona. — ¡Qué alegría viajar juntos por ahí! Sentir que la vida exterior pasa como en cinematógrafo, mientras que en lo íntimo, el sentimiento permanece inalterable. ¡Oh... qué hermosura! Primero el mar; con su majestad imponente, que hace reflexionar hasta a los más incrédulos. ¡Quién sabe no lo convierta a la religión! ¡Sería la última victoria!

¡Y después! Yo tengo un recuerdo vago del primer viaje que hice con papá... Los paisajes, los lagos, las montañas, los túneles... ¡Ah... yo les tenía un miedo! Pero ahora no lo sentiré. — Ni la muerte me preocupará, porque... yendo con él, ¿verdad doctor? Y la vida de hoteles y teatros... Lo que es esta vez, no perderé nada... Iremos... hasta a los *cabarets*... ¿eh Jorge? A mí no quisieron llevarme porque era muy incorrecto... pero yendo contigo... ¡Y el viaje por el Rhin... y los lagos de Escocia... y Venecia! ¡Ah... figúrese usted, si no es una dicha inmensa, andar de un país a otro, viendo distintas costumbres... escuchando diversas lenguas... Hoy en París... "Allons, Allons á l'opera"... y después en Londres: "What do you say mister"... después en España: "a la Plaza de Toros: ande usted... ande usted..." y luego en Nápoles, frente al Vesubio, escuchando las serenatas bajo el cielo azul: "Vita oh mare, cuanto bello". — No me diga usted, doctor, que no es la felicidad completa. — ¿Usted no se alegra? — Parece mentira.

Dr. Real. — Sí, Blanca, sí; recuerde que fui yo quien le dió la receta.

Blanca. — ¿Y tú, Jorge?

Jorge. — ¡Cómo no, figúrate! Deseando estoy que llegue el momento de embarcarnos... hay que irse preparando desde ya...

Blanca. — ¿Y a Carola... la llevamos?

Jorge. — ¡Como tú quieras!

Blanca. — Oh... tendrá una satisfacción. — Figúrense ustedes que nunca ha viajado. — El viaje más largo ha sido hasta Las Piedras. — ¡Ah en cuanto venga, le daré la noticia... Cómo se va a alegrar!

Criada. — Señor, ahí lo buscan. — Dicen que lo esperan.

Jorge. — Ah... sí... ya me había olvidado. (*Va hasta la vitrina y saca la caja de pistolas*). Les aseguro que será el último lance en que intervengo. — De hoy en adelante, no acepto más padrinos, ni direcciones. — Que se las arreglen como puedan...

Blanca. — Sí... por favor! — Ya sería tiempo de que te dejaran en paz!

Jorge. — Pero esta vez, tú comprendes... Un amigo tan íntimo...

Blanca. — Pobre Carlos... quién había de decir. (*Gestos entre Jorge y el doctor Real*).

Jorge. — No te invito a que vayas como médico, porque ellos ya eligieron. — Quédate con mi mujer... yo vuelvo pronto y comeremos juntos.

Dr. Real. — Bueno, si vienes temprano.

Jorge. — Hasta ahora, Blanca... (*A Real*) con tu permiso... para que no se queje, (*le dá un beso*). Hasta ahora, ¿eh? (*Mutis*).

ESCENA V

BLANCA y DOCTOR REAL

Blanca. — Ve usted... es otro. — Antes salía de casa con una indiferencia que me irritaba. — Aho-

ra, por lo menos... lo hace cariñosamente. ¡Pero qué serio está usted! Oh... no sea así. — Yo mantuve la farsa hasta que fué posible, pero después... me dí cuenta de que era injusta estarlo engañando... Vamos, no hay que enojarse por eso.

Dr. Real. — No, en el primer momento, me disgustó un poco, pero ahora... Y usted ¿ha seguido bien?

Blanca. — Le aseguro que la cura ha sido radical. — Ya no siento tristezas... ni melancolías...

Dr. Real. — Hay que cuidarse... cuidarse mucho...

Blanca. — Pero si estoy bien, completamente... Tómeme el pulso, verá. (*Él le toma el pulso*). ¿Qué tal? ¿Verdad que anda bien?

Dr. Real. — (*Después de una pausa*). Sí.

Blanca. — Pues alégrese, hombre. — Hoy tiene usted una cara seria, seria. — Eso no está bien. (*Sentándose*). Mire doctor, sólo con usted tengo intimidad para decirle ciertas cosas...

Dr. Real. — ¿Y qué tiene que contarme?

Blanca. — Ah... usted no se figura! Qué transformación en pocos días! Antes... Paseos, diversiones... me aburrían. Él no estaba allí... Y los otros!... Bah... nunca se me ocurrió pensar que un afecto extraño pudiera reemplazar al que se juró en el día de bodas... ¿verdad?

Dr. Real. — Sí, Blanca, ha hecho usted bien.

Blanca. — Verá... últimamente me propuse darle celos... pero en apariencia no más.

Dr. Real. — ¿Ah... sí? ¿Con qué esas teníamos?

Blanca. — Sí, es el único pecado... pero tan inocente! — Un ramo de flores, una tarjeta sin importancia.

Dr. Real. — ¿A quién?

Blanca. — Bah... no es nada, — usted sabe que Gustavo venía siempre a casa... Sí... él ha sido siempre muy respetuoso, aunque en la niñez hubo algo...

Dr. Real. — Comprendo, comprendo.

Blanca. — Pues, verá usted... En vez de mostrarme absolutamente indiferente como antes... tuve algunas atenciones... nada más, eh?... Pues, santo remedio.

Dr. Real. — Pero usted ha hecho muy mal.

Blanca. — Después me dí cuenta que era peligroso... sí, peligroso... porque Gustavo... es así, romántico, poeta... y por eso me apresuré a decirle a Jorge... lo de la farsa... para terminar de una vez...

Dr. Real. — ¿Y no habrá cometido usted alguna imprudencia?

Blanca. — Oh... bien me conoce. La comedia fué completamente inocente... tanto... que se acabó... se acabó para siempre. — Ahora Jorge es mío, mío solamente. (*Pausa*). ¿Le disgusta la confidencia? Parece usted preocupado.

Dr. Real. — No... no es para tanto.

Blanca. — Claro... Con usted, no tengo porqué fingir... porque usted sabía demasiado cual era mi vida... Oh... ¡Cuántas veces me alentó con sus palabras!

Dr. Real. — Era mi deber.

Blanca. — Pero ahora... usted no se figura qué dicha inmensa es para mí, tener la seguridad de que han vuelto los alegres días que yo creía perdidos

para siempre... Ahora sabré defenderme... sí... porque para algo sirve la experiencia. — ¡Y si tuviera la suerte de tener familia! Ah... sería la dicha completa. — Figúrese un nene rubio, saltando y corriendo entre nosotros. — ¡Sería otro vínculo fuerte, que nos uniría para siempre!... Oh... a usted no le interesan estas cosas, porque está siempre preocupado con sus enfermos y sus recetas. — Pero una casa... como la nuestra... solos... ¡Ah! no quiero ni pensarlo. — Creo que me enloquecería de satisfacción. (*Pausa*). Diga, doctor... pero guárdeme el secreto... y no vaya a decirle a Jorge, que yo le he preguntado...

Dr. Real. — ¿Qué?

Blanca. — Es que... no sé como decirle... usted se va a reir... pero un médico, es como un confesor, ¿no es cierto?

Dr. Real. — (*Mirando el reloj*). Sí... sí...

Blanca. — Oh... pero lo dice de un modo. — Parece que no le interesa. — Pues no le pregunto nada.

Dr. Real. — No, Blanca, usted sabe...

Blanca. — Pues yo quería preguntarle, si... como haremos un viaje.

Dr. Real. — ¿Qué?

Blanca. — Si usted cree que con el cambio de clima... es posible...

Dr. Real. — Ah!... (*seña de chicos*).

Blanca. — Sí... yo tengo una amiga que después de seis años... ¿usted cree?

Dr. Real. — Sí, es posible. — Ha habido muchos casos.

Blanca. — Usted no se figura que alegría me causan sus palabras. ¡Si Dios quisiera! Sería la dicha completa.

ESCENA VI

DICHOS y CAROLA por el foro

Blanca. — ¡Ah... Carola! tengo que darte una noticia.

Carola. — Sí... ¿qué hay?

Blanca. — Que Jorge me ha dicho que pronto haremos un viaje a Europa... y que tú irás con nosotros. (*Pausa*). ¿Pero no te alegras, mujer?

Carola. — Sí, me alegro mucho.

Blanca. — Sin embargo... No sé, pero será porque yo estoy tan contenta, que me parece que hoy los demás no sienten como yo...

Carola. — No, hija, me alegro... ¿Cómo no he de alegrarme? ¿Y Jorge hace mucho rato que salió?

Blanca. — No, hace un momento. — ¿No sabes lo que le pasa al pobre Carlos?

Carola. — ¡Qué! ¿no está afuera?... Él dijo que volvía mañana.

Blanca. — No, si no fué... Era un engaño para que no desconfiáramos. — Parece que ha habido una cuestión enojosa... y que tiene un duelo... Jorge es padrino... ¡Dios mío, que no vaya a ocurrir alguna desgracia!... (*Carola y el doctor se miran haciendo gestos de inteligencia*). Y la pobre Maruja... no sabrá nada... Quedó de venir a comer esta tarde con nosotros... Si viene, hay que tener cuidado... de indiscreciones... ¿Verdad, Carola?

Carola. — Sí, yo había oído algo y por eso estaba un poco preocupada...

Dr. Real. — Yo había oído también... pero como decían que estaba en el campo...

Blanca. — (*Mirando por los visillos hacia la calle*). Ya está anocheciendo. Qué linda tarde! (*Carola y el doctor Real se dan por entendidos por un gesto. El doctor Real saca el reloj y señala las seis*). Parece mentira que los hombres sean tan malos... (*Pausa*). ¡Ah... sí... me parece que es Maruja... sí, es ella... va a subir. — Por favor que no vaya a desconfiar nada, ¿eh? Pobre... con tal de que no sepa... ¡Ah Dios mío! (*Pausa*). (*Desde el foro*). Aquí viene... ven Maruja... estamos aquí.

Voz interior. — ¡Ah... Blanca!

ESCENA VII

DICHOS y MARUJA

Maruja. — ¿Cómo te va? Ya ves que cumplo mi palabra... no vine antes, porque estuve en las tiendas. ¿Cómo está, doctor?

Dr. Real. — Muy bien, señorita.

Maruja. — Adiós, Carola (*la besa*). Ha hecho un día espléndido. Figúrense que he andado todo el día en la calle... Se me ocurrió comprar unas gasas... para mañana... para el baile... y es un trabajo... Las tiendas están llenas...

Blanca. — Ah... es verdad... el baile. — Seguro que estará muy animado.

Blanca. — Usted no se figura que alegría me causan sus palabras. ¡Si Dios quisiera! Sería la dicha completa.

ESCENA VI

DICHOS y CAROLA por el foro

Blanca. — ¡Ah... Carola! tengo que darte una noticia.

Carola. — Sí... ¿qué hay?

Blanca. — Que Jorge me ha dicho que pronto haremos un viaje a Europa... y que tú irás con nosotros. (*Pausa*). ¿Pero no te alegras, mujer?

Carola. — Sí, me alegro mucho.

Blanca. — Sin embargo... No sé, pero será porque yo estoy tan contenta, que me parece que hoy los demás no sienten como yo...

Carola. — No, hija, me alegro... ¿Cómo no he de alegrarme? ¿Y Jorge hace mucho rato que salió?

Blanca. — No, hace un momento. — ¿No sabes lo que le pasa al pobre Carlos?

Carola. — ¡Qué! ¿no está afuera?... Él dijo que volvía mañana.

Blanca. — No, si no fué... Era un engaño para que no desconfiáramos. — Parece que ha habido una cuestión enojosa... y que tiene un duelo... Jorge es padrino... ¡Dios mío, que no vaya a ocurrir alguna desgracia!... (*Carola y el doctor se miran haciendo gestos de inteligencia*). Y la pobre Maruja... no sabrá nada... Quedó de venir a comer esta tarde con nosotros... Si viene, hay que tener cuidado... de indiscreciones... ¿Verdad, Carola?

Carola. — Sí, yo había oído algo y por eso estaba un poco preocupada...

Dr. Real. — Yo había oído también... pero como decían que estaba en el campo...

Blanca. — (*Mirando por los visillos hacia la calle*). Ya está anocheciendo. Qué linda tarde! (*Carola y el doctor Real se dan por entendidos por un gesto. El doctor Real saca el reloj y señala las seis*). Parece mentira que los hombres sean tan malos... (*Pausa*). ¡Ah... sí... me parece que es Maruja... sí, es ella... va a subir. — Por favor que no vaya a desconfiar nada, ¿eh? Pobre... con tal de que no sepa... ¡Ah Dios mío! (*Pausa*). (*Desde el foro*). Aquí viene... ven Maruja... estamos aquí.

Voz interior. — ¡Ah... Blanca!

ESCENA VII

DICHOS y MARUJA

Maruja. — ¿Cómo te va? Ya ves que cumplo mi palabra... no vine antes, porque estuve en las tiendas. ¿Cómo está, doctor?

Dr. Real. — Muy bien, señorita.

Maruja. — Adiós, Carola (*la besa*). Ha hecho un día espléndido. Figúrense que he andado todo el día en la calle... Se me ocurrió comprar unas gasas... para mañana... para el baile... y es un trabajo... Las tiendas están llenas...

Blanca. — Ah... es verdad... el baile. — Seguro que estará muy animado.

Maruja. — Sí, todos me dicen lo mismo. Hay tan pocas fiestas aquí.

Blanca. — Me figuro que vienes a comer.

Maruja. — Sí.

Blanca. — Mira, pasa ahí al cuarto... y sácate el sombrero.

Maruja. — Sí, vamos. (*Sale izquierda*).

Blanca. — Por favor, no pongan esas caras que va a desconfiar. (*Mutis*).

Carola. — ¿Usted sabe?

Dr. Real. — Sí... a las seis.

Carola. — Vengo... de casa de Gustavo. — El pobre quería despedirse... y me dió una carta... para ella... por si ocurre algo.

Dr. Real. — Por Dios, no la vaya a mostrar. Blanca... (*Va a decir algo*).

Carola. — ¿Qué?

Dr. Real. — Está grave, grave... al corazón.

Carola. — ¿Entonces la farsa?

Dr. Real. — Fué para ustedes... no para mí... Silencio. Ahí viene.

Blanca. — Ven aquí... con nosotros. — Cuéntanos algo. ¿Piensas divertirte mucho en el baile?

Maruja. — Ah! cómo no. (*Durante toda esta escena, Carola y el doctor Real demuestran gran impaciencia, Carola va hacia la puerta y la ventana. — Real permanece abismado*)... Figúrate que hace más de un año que no voy a ninguna fiesta. — Pero ayer ya les dije en casa: basta de encierros.

Blanca. — Sí, hija, diviértete. — No hay que pensar en escenas tristes. Hay que vivir; para eso

es la juventud; al fin y al cabo los años se pasan... y la vida es corta. Me figuro lo que te vas a divertir. (*A Real y Carola*), Pero ustedes... qué callados... (*Haciendo señas*). Parece mentira que no se alegren de la felicidad de Maruja... Bien la merece, ¿verdad?

Carola. — Sí, cómo no!

Dr. Real. — Me pareció que se comunicaban confidencias...

Blanca. — Pero... se pueden oír... Pues sí, Maruja, Marujita. (*Acariciándola*). — Hay que divertirse. — Mira, nosotros haremos dentro de poco un viaje a Europa. — Hoy me lo dijo Jorge.

Maruja. — ¡Ah... quién pudiera! Yo tengo unas ganas... varias veces se lo he dicho a papá... Mira: te voy a mostrar un *aigrette* que he comprado para el baile de mañana... ¿Dónde está la cartera?... qué cabeza la mía... (*Pausa. Mientras encuentra la cartera, la abre y muestra el aigrette a Blanca, suenan las seis en el reloj, con el consiguiente estupor de Carola y el doctor Real*).

Maruja. — ¿Te gusta?

Blanca. — ¡Ah!... muy mono. — Te va a quedar muy bien.

Maruja. — Si vieras lo que me ha costado encontrarlo... Yo había visto unos paraísos, muy vistosos, pero éste es más lindo...

Blanca. — Sí, ya lo creo... A ver cómo te queda.

Maruja. — Oh... con este peinado... no vale la pena... (*Se lo pone*). ¿Queda bien?

Blanca. — Sí, te aseguro que sí... ¿Se llevan mucho todavía?

Maruja. — Ya lo creo, lo que hay es que cada día están más caros...

ESCENA VIII

DICHOS y CRIADA, después CARLOS

Criada. — Pase, pase señor... Aquí está la señora.

Blanca. — ¿Quién? Oh... Carlos... usted... usted... ¿Y?...

Carlos. — Yo mismo señores; sano y salvo, ya lo ven.

Blanca. — ¡Ah!... qué alegría. Al fin... al fin... Alégrate, Maruja... alégrate... ha corrido un gran peligro...

Carlos. — ¿Y usted cómo ha sabido?

Blanca. — Ah!... yo sabía... sí... yo sabía... estaba nerviosa...

Carola. — Sí... Carlos... este...

Dr. Real. — (*Tosiendo*). Sí, felizmente, ya pasó... no se hable más.

Maruja. — Pero, ¿qué hay, qué ocurre? Yo pensé que usted no vendría hasta mañana.

Carlos. — Sí... pero... volcamos con el automóvil... y por eso decía que estaba sano y salvo... Recién llegamos en coche.

Blanca. — ¿Pero usted no ha visto a Jorge?

Carlos. — No.

Blanca. — Si él lo esperaba... tal vez le anda buscando... Ah... pero... entonces usted!... Oh... Jorge!... (*A Real*). Diga doctor, ¿qué hay? ¿qué hay? Conteste por favor...

Dr. Real. — Nada... un error... una confusión... No se preocupe...

Blanca. — Carola, Carola... tú sabes algo... dílo... dílo... (*Tomándole las manos*). Habla... habla...

Carola. — Blanca... por Dios... no te alteres...

Blanca. — Habla, te digo... por favor... dí lo que sepas...

Carola. — (*Llorando*). No sé, no sé...

Maruja. — ¿Pero qué pasa?

Carlos. — Es raro esto...

Blanca. — Ah... Dios mío!... Jorge!...

Dr. Real. — Vamos, Blanca, cálmese... cálmese...

Blanca. — Ah... sí... sí... (*Corre hacia el teléfono y toca precipitadamente el timbre*). Hola... hola... señorita... señorita... Con el "Círculo de Armas"... sí... en seguida... pronto... ¿qué?... ¿el número?... ¿para qué?... pronto. digo... ¿el número?... bueno, bueno... (*Busca precipitadamente encima del escritorio tirando al suelo todos los papeles. — No encontrando nada abre un cajón. — Mientras tanto los otros se acercan y le hablan*).

Dr. Real. — Pero Blanca, tenga calma... yo le explicaré todo...

Carola. — Sí, querida, el doctor sabe. (*Blanca en su búsqueda febril encuentra el sobre lacrado*).

Blanca. — Ah... de Jorge... para mí... (*Toma el tubo del teléfono*). Señorita... señorita... con el "Círculo de Armas"... en seguida... por favor... se lo pido... espero... espero... no demore... Ah! Ay!... me ahogo... ay... me

muero... (*Se apoya sobre el escritorio con el tubo en la mano, queriendo hablar*). Jorge... Jor...
(*Cae desplomada sobre el sillón*).

Carola. — Doctor, usted, pronto, pronto...

Maruja. — Ay... Dios mío...

Dr. Real. — (*La observa detenidamente auscultándole el corazón y tomándole el pulso*). Era fatal, era fatal... Pobre...

Carola. — ¿Qué? (*Interrogan ansiosos con la vista. — El médico baja la cabeza contestando afirmativamente*).

Ah... ¡qué horror!...

(*Lloran*).

Maruja. — Pobre Blanca.

Carlos. — Pero... esto es horrible...

Dr. Real. — Sí... una coincidencia fatal...

ESCENA IX

DICHOS y JORGE por el foro

Jorge. — (*Se escucha desde el interior la voz de Jorge*). Blanca... Blanca... aquí estoy... (*Aparece en la puerta del foro con la caja en la mano. Todos tratan de ocultar el cadáver*). Blanca!... Ah ustedes!... ¿dónde está mi mujer?... ¿dónde está Blanca? (*Pausa*). (*A Real*). Todo salió bien, los dos ilesos... Pero me pasó cerca... (*Señalando un hombre. Deja la caja*). ¡Y Blanca! Tengo ansiedad en verla... Pero ¿qué hay?... ¿qué pasa?... ¿qué es esto?... (*Avanza*

hacia ellos, los aparta bruscamente y al ver el cuerpo de Blanca, grita azorado). Blanca... ¿qué?... ¿qué?...

Dr. Real. — Jorge... llegaste tarde... era fatal... no quisiste creerme.

Jorge. — Habla... habla...

Dr. Real. — Sí, era fatal... era fatal...

Jorge. — ¡Muerta! (*Gestos y sollogos de circunstancias*).

TELON

EL CREDO

COMEDIA EN UN ACTO

Primer premio en el Concurso Dramático de Autores Uruguayos

“No está Dios solamente en el Cielo,
“ sino junto a cada uno de nosotros: en
“ la flor que pisamos, en el aire embalsamado, en la vida que murmura y
“ zumba por todas partes y sobre todo
“ en nuestro corazón.”

Renán.

PERSONAJES

Adolfo (30 años). Futuro médico. Positivista y apasionado de la verdad. Casado con

Clara (25 años). Sensible, ingenua y enamorada. Avara de su dicha. Hija de

Mercedes (50 años). Creyente sincera, pero fanática. Siempre en acción de gracias.

Alicia (20 años). Simpática, espiritual, con malicia inocente.

María (28 años). Buena y amable. Casada con

Alberto (35 años). Sensible, sentimental. Recita versos.

Doctor Suárez (70 años). Eminencia científica. Espíritu amplio y tolerante. Afectuoso y sonriente.

Petra (Criada).

Lulú (Niño de tierna edad).

EL CREDO

DECORACION: Salita de recibo y costura. Alfombra al medio. Al foro, puerta practicable. Cerca de ésta, una cuna de pie, con blancos cortinados. Izquierda (del espectador), ventana-balcón, practicable, con visillos. Un diván, dos butacas, varias sillas. Derecha, puerta practicable. Cerca una mesita con una canastilla de costuras y lámpara con pantalla rosada. Dos sillas tapizadas a ambos lados de la mesa. Algunos cuadros y bronce. Elegancia sin lujo. Es de tarde. Luz crepuscular.

ESCENA I

CLARA y ALICIA

Clara. — *(De pie y contemplando un ramo de flores).*
¡Ah... precioso, precioso! Te agradezco muchísimo.

Alicia. — Están un poco mustias. Ya pasó la estación.

Clara. — ¿Vienes de la quinta? *(Coloca el ramo en un florero).*

Alicia. — Cállate hija! Estoy rendida de la caminata: Figúrate que salí en seguida de almorzar, para venir a verte *(siéntase)*, pero llegué un momento por lo de Luisa a ver a las muchachas y... me alquilaron la tarde.

Clara. — *(Con intención).* Sí... las muchachas... es claro!

Alicia. — No seas maliciosa. Pepe no estaba. Sabrás que se ha dado a los negocios y que va a la Bolsa. ¡Es una preocupación! Con decirte que a mí me tiene al corriente de la primera rueda, la segunda, la suba, la baja, el plazo fijo... ¡qué sé yo!

Clara. — ¿Qué plazo fijo? ¿Se decidió al fin?

Alicia. — Oh... Lo que es ese otro plazo no lo preocupa tanto. Siempre hay prórroga. Qué más remedio, hija, hay que conformarse y no exigir nada al vencimiento, porque con la mayor frescura se declaran *insolventes*. Mirá la pobre María Angélica: diez años de amores y de pronto sale el caballero con que... no congeniaba. ¿Has visto qué cinismo? Cada día me parecen los hombres, más sinvergüenzas.

Clara. — Hay excepciones.

Alicia. — Naturalmente. Lo que es tú no puedes quejarte. Adolfo te quiere, te mimas, te hace los gustos. Es la felicidad completa.

Clara. — Sí, lo confieso: soy feliz. He encontrado mi rincón de dicha.

Alicia. — ¿En la luna de miel?

Clara. — Y... después. Es la vida nueva...

Alicia. — ¿Pero hablas en serio? ¿*Todavía* estás enamorada?

Clara. — Sí, pero no sólo de Adolfo. De nuestra vida, del nene, de la casa, de todo y de nada y... hasta de mí misma.

Alicia. — Estás loca, mujer.

Clara. — Ya lo estarás tú también.

Alicia. — Bah. Me parece que aún me queda un buen

rato de soltería: allá... para Setiembre. Ya sabes lo raro que es Pepe. Sin embargo, algo me ha dicho y por eso ya estoy preparando el *trousseau*. Va a ser algo regio. Porque eso sí, yo quiero llevar al matrimonio, bastante ropa, mucha, mucha ropa.

Clara. — ¿Tanta... como ilusiones?

Alicia. — Más... mucho más.

Clara. — Ah!... ¿Tú te preparas el ajuar?

Alicia. — No; las Hermanas del Asilo. — De allí vengo y por cierto que he presenciado unas escenas! Estaban esperando a las de los huérfanos que las han echado a la calle; como suena; a la calle... ¡Figúrate qué herejía!

Clara. — ¡Pobrecitas!

Alicia. — Después, después... pensaba ir al Prado, pero fui a la Matriz donde predicaba el padre Romero. — Por cierto que se las cantó bien claritas... En seguida salieron en manifestación. — Aquello era un mundo de gente! — Seguro que tú no fuiste, por Adolfo.

Clara. — Fue mamá. — Él nada me ha dicho.

Alicia. — Como también tiene ideas... así... liberosas...

Clara. — Pero es muy bueno... y tranquilo.

Alicia. — Sí, ponérselo, no más... Boba! (*Con mimo*).

Clara. — Envidiosa. (*Suena el timbre de calle*).

Alicia. — Ahí tienes. ¿Será él? (*De pie*).

Clara. — No, está en el escritorio, leyendo. — (*Va hasta la puerta del foro*). Espérate, no te vayas.

ESCENA II

DICHOS, ALBERTO y MARIA por el foro

Clara. — Adelante, adelante. ¡Cuánto de bueno! (*Abraza y besa a María con efusión*). ¿Cómo te va?

María. — Muy bien, querida.

Clara. — Usted, Alberto... me figuro. (*Le estrecha la mano*).

Alberto. — Ya nos ve... de paseo.

Clara. — ¿Se conocen ustedes? (*Por Alicia*).

Alicia. — Sí, somos vecinos. — Hoy salimos juntos.

Alberto. — Es verdad.

Clara. — Bueno, bueno. Vamos a hacer tertulia frente al balcón porque se está poniendo algo oscuro. (*Frente a una butaca*). Tú aquí, Alicia. (*A un diván*). Ahí la simpática pareja, la inseparable, la dichosa, ¿verdad?

(*Siéntanse todos menos Clara. Por el balcón entran los últimos resplandores de la tarde. — Alberto y María hablarán pausadamente, con gesto melancólico*).

Alberto. — ¿Tú que dices, María?

María. — Nada... y tú?

Alberto. — Yo... nada, tampoco.

Clara. — ¿Pero que les pasa a ustedes hijos míos, tienen unas caras!...

Alicia. — Verdad que es extraño.

Alberto. — Es ésta... que se ha impresionado.

María. — No, es él.

Alberto. — Tú.

María. — Tú.

Clara. — Bueno; los dos. Y qué ocurre? Vamos a ver...

Alberto. — Nada.

María. — (*Pausa*). Nada.

Alicia. — Nada (*con intención*).

Clara. — ¿Cavilaciones?

Alberto. — Eso es. El Otoño, la tarde, las hojas que caen...

Clara. — ¿Melancolías eh? Parece mentira, en plena primavera conyugal.

Alberto. — Primavera, sí... pero sin flores.

María. — Cállate, Alberto.

Clara. — (*Va a tomar el ramo*). Pues vean ustedes, aquí hay flores. — Es un regalo de Alicia. — Están frescas todavía. Una rosa (*a María...*) Otra (*a Alberto*)... para tí un pimpollo... (*a Alicia*). Ahora no hay que quejarse. (*Deja el ramo en el mismo sitio y descorre los visillos de la ventana. Mientras tanto Alberto y María, habiendo mirando hacia la cuna, sonríen*).

Alberto. — ¿Y el nene?

María. — ¿Muy travieso Lulú?

Clara. — De paseo. — ¿Qué les parece?

María. — Pero... ¿Ya camina?

Clara. — No, todavía no. — Lo mandé con la sirvienta hasta lo de Lola. La pobre no puede salir y quería conocerlo. — Además el médico y Adolfo me recomiendan que le haga tomar aire. — Después del terrible susto que nos dió! Porque estuvo a la muerte, gracias al Dr. Suárez...

Alicia. — Pero qué mano de hombre... hace curas milagrosas... Es un sabio!

María. — Que tribulaciones, ya me figuro.

Clara. — ¡Oh!... qué noches de angustias! Ya debía estar aquí. Estas muchachas se demoran por ahí y lo ponen a uno intranquilo. (*Va hasta el foro y regresa*).

Alberto. — Hay que cuidarlos mucho, Clarita.

María. — Sí, hija. Ten cuidado.

Clara. — ¡Oh! — lo que es por eso! Bastante trabajo me da. (*Pausa. — Oyense de pronto aplausos y vítores desde la calle. Voces de manifestación. — Alicia levanta los visillos y Clara se dirige hacia ella*). ¿Qué hay, qué ocurre?

Alicia. — La manifestación que acompaña a las Hermanas de Huerto. — Viene de la iglesia. ¡Cuánta gente!

Clara. — Ah... Mira, allí va la hermana Inés y la superiora: — Pobres... tan resignadas! Miren ustedes.

Alicia. — Venga, María (*a Alberto*). Usted, no; porque los hombres para ser modernos, tienen que hacer estas herejías. — ¡Qué valientes! (*Alberto y María permanecen sentados*).

Alberto. — Se equivoca, Alicia. Nosotros ya habíamos visto la manifestación. — La saludamos si, con respeto y hasta con honda tristeza.

Clara. — ¿Pero... usted no es liberal?

Alberto. — No profeso creencias religiosas; pero la suerte de esos pobres niños...! Ahí tiene usted que hablaba de primaveras: esas son flores de Otoño, tal vez hojas que ruedan...

Alicia. — (*Sentándose*). Vuelta a lo mismo.

Clara. — ¡Ah... recién me doy cuenta de la preocupación de ustedes! (*Retirándose del balcón*). ¡Es

claro! Aún no ha llegado el tesoro. No hace tanto tiempo...

Alberto. — Cinco años.

María. — Cinco años.

Clara. — Ya vendrá. Pero no pongan ustedes cara tan triste, porque se va a asustar el angelito. — Ahora comprendo la impresión aquélla! El Otoño, las hojas...

Alberto. — Ya ve usted el contraste. — Unos reciben la preciosa carga y la abandonan, la tiran al arroyo. — Otros, en cambio, consumen su ternura y el tesoro no llega.

Clara. — Bueno, bueno. Lo que usted ha conseguido es ponerme nerviosa, porque mi tesoro no llega tampoco. (*Va otra vez hacia el foro. Habla con intranquilidad. — La escena es de crepúsculo. — Hay muy escasa luz, como si ya el sol se hubiera ocultado. — Al pronunciar Clara, las últimas palabras, ve a Adolfo que sale por la derecha, con un libro abierto en la mano*). Esta muchacha por entretenerse me va a dar algún disgusto. — Parece mentira, ya son las seis...

ESCENA III

DICHOS y ADOLFO por la derecha

Clara. — Adolfo.

Adolfo. — ¿Visitas?

Clara. — Alberto y María.

Adolfo. — Ah, no esperaba encontrarlos. (*Deja el libro sobre la mesa y saluda, dando la mano*).

Yo estaba entregado a mis lecturas esperando a mi viejo profesor cuando sentí una algarazara en la calle y por curiosidad...

Alicia. — ¡Qué estudioso!

María. — ¿Termina este año medicina?

Adolfo. — Sí, pero no estaba precisamente estudiando.

Alberto. — ¿Qué leías?

Adolfo. — Un capítulo hermosísimo.

Clara. — (*Desde el foro*). ¡Cuánto tarda!

Alicia. — (*Desde la ventana*). Ya se van, ya se van. (*Oyense nuevamente aplausos y voces. Alberto va hacia la ventana y mira hacia la calle. Alicia se sienta junto a María*).

Adolfo. — ¿Esos gritos y aplausos?

Alberto. — La manifestación de simpatía a las Hermanas que hacían de profesoras en los Asilos y han tenido que abandonarlos por haberse adoptado la enseñanza laica.

Adolfo. — Es una justa expresión laudatoria de los creyentes.

Alicia. — Me alegro verlo así.

Adolfo. — Creo que siempre he sido razonable. Yo justifico la resolución adoptada. La caridad no se ejercita con sermones; los niños no se educan con rezos. Pero eso no quiere decir que no justifique también el abrazo con que la fe religiosa estrecha a sus más sinceras devotas.

María. — ¿De modo que usted?

Adolfo. — Ya lo he dicho. Es doloroso lo ocurrido, muy doloroso, pero es profundamente justo. — Es un desagravio al porvenir. (*Sin declamar*).

Clara. — Adolfo, Adolfo; no hables así.

Adolfo. — No podría hacerlo de otro modo. Bien me conoces. — Bien sabes de mi tolerancia y del respeto que me inspiran esas pobres víctimas que todo lo sacrifican en aras de su fe; pero sabes también de mis convicciones sinceras.

Clara. — Se exagera a veces.

Alicia. — Como todos: está de moda.

Adolfo. — No, señorita. Las ideas no son trajes que se ajustan al último figurín.

Alberto. — ¡Quién sabe!

Adolfo. — En ti, no es extraño. Siempre fuiste un elegante.

María. — Ahora se compra la ropa hecha.

Adolfo. — Es más cómodo.

María. — Y más barato. (*Clara va nuevamente hacia el foro*).

Alberto. — No me hagas reproches. Recordarás que también tuve exaltaciones de reformador. Pero no conservo los primeros bríos y me encuentro en un período de transición. Tengo miedo del porvenir. — Y hasta me he vuelto sensible, sentimental.

Alicia. — ¿Hace versos?

Alberto. — Les pongo música. — ¿Qué será mejor?

Alicia. — Ah... yo no sé (*a María*). ¿Y usted, señora, también por las melodías?

María. — Algo... el contagio. (*Simulan diálogo*).

Adolfo. — (*Va hacia la cuna e interroga a Clara que se acerca*). ¿Y el nene?

Clara. — Estoy preocupada. Lo mandé hasta lo de Lola y...

Adolfo. — ¡Clara!

Clara. — Tú mismo y Suárez, aconsejaron que tomara aire puro. — No puede demorar.

Adolfo. — Eres muy confiada. (*Pausa.* — Adolfo interroga a Alberto que ha quedado como ensimismado mirando hacia la calle). Pero Alberto: ¿qué miras con tanta insistencia?...

Alberto. — La última despedida de las Hermanas. — Apenas se ven sus tocas, tan limpias, tan blancas... Es como una claridad que se esfuma...

Adolfo. — ¿Por qué ha de esfumarse? Brillará mejor aún.

Alberto. — Se esfuma, sí, se esfuma...

Alicia. — Ahora si que está usted poniendo música.

Alberto. — Tal vez, estoy recordando.

Alicia. — ¿Qué?

Alberto. — Unos versos que siempre me impresionaron.

Alicia. — Ah... la tarde, el otoño, las hojas...

Alberto. — Eso, sí... (*Con melancolía*) eso: "Pensarán en las hojas dolientes, que ruedan solitas por plazas y calles: las madres sin hijos, los hijos sin madres..."

Alicia. — Deben ser muy tristes.

Alberto. — Oh...

Adolfo. — Pero estamos casi a oscuras...

María. — Sí, ya es tarde.

ESCENA IV

DICHOS y PETRA por el foro, con un niño en brazos

Clara. — (*Al ver a la sirvienta va hacia ella. Toma el niño entre sus brazos y lo besa con grandes*

transportes. — *La escena se alegra.* — *Los diálogos son más rápidos y las expresiones más ruidosas.* — ¡Al fin Dios mío, mi hijito!

María. — ¡El nene!

Adolfo. — Ya estaba intranquilo.

Clara. — Parece mentira, demorarse por ahí hasta estas horas.

Petra. — Es que la señora...

Adolfo. — Déjate de disculpas... Enciende luz.

Alicia. — ¡Qué ricura! ¡Qué monada! (*Todos forman un grupo en rededor de Clara.*)

Clara. — Es lindo, ¿verdad?

María. — Precioso, hija, precioso.

Clara. — Ahora tiene buen color.

Alicia. — Ya lo creo.

Clara. — Miren, como se ríe.

María. — ¿Estás contenta?

Clara. — ¿Cómo no? (*Petra ha encendido la luz. Todos ríen y demuestran alegría.*)

Alberto. — Eso es; mucha luz. — Hay que iluminar la llegada de este pergenio. (*A Adolfo.*) Sabes que está grandecito?

Adolfo. — Sí, se está reponiendo el pobre. (*Mutis de Petra.*)

Alicia. — ¡Qué ojazos más negros! (*A Adolfo.*) Se parece a usted.

María. — Igualito a Clara, hija.

Adolfo. — A mí.

Clara. — No, a mí.

Alberto. — A ver: ajó, a..jó... ajó... Diga alguna cosa, pues, amigo.

Clara. — Si no sabe hablar.

Alberto. — Yo creo que entiende, porque se ríe.

Alicia. — ¡Qué gracioso!

María. — ¡Qué pícaro!

Clara. — Pobrecito... Toda la tarde por ahí; voy a arreglarlo y a la cuna... (*Clara se dirige a la cuna seguida por Alberto y María. — Allí mientras aparecen desnudarlo, pronuncian distintas palabras: "no, así no". "tú no sabes", "sí", "del otro lado", "cuidado, cuidado, etc.".. Con naturalidad y ternura. Mientras, el siguiente diálogo.*)

Alicia. — Qué trabajo ¿eh?

Adolfo. — ¡Oh.. vaya viendo.

Alicia. — ¿Yo? ¿Por qué?

Adolfo. — No es secreto.

Alicia. — ¿Cuál?

Adolfo. — Me han dicho que pronto tendremos boda.

Alicia. — No, que esperanza.

Adolfo. — Pues, es muy cierto.

Alicia. — ¿Le parece?... Hay para rato.

Clara. — Ahora, sí: ya está.

Alberto. — Bueno, María; es hora de marcharnos.
(*Toma el sombrero y el bastón.*)

María. — Cuando quieras.

Alicia. — Y yo con ustedes. Viaje de ida y vuelta.

Clara. — ¿Por qué no se quedan?

Alicia. — A mí me esperan (*Besando a Clara*). Pronto vendré a verte.

Adolfo. — ¿Y a ustedes también?

Alberto. — No; nuestra casita quedó sola.

María. — Sola... Adiós Clara. (*La besa*).

Alberto. — ...y no es bueno abandonarla.

Alicia. — ¿Tiene miedo a las hojas, señor poeta... o músico?

Alberto. — Ahora no. Llevamos un poco de calor a vuestra soledad.

Alicia. — (*Poniéndose el abrigo*). Pues está bastante fresco.

Adolfo. — ¿Con qué calorcito, eh?

Alberto. — Sí; el del nido ajeno. (*Van hasta el foro y se despiden. Saludos y manifestaciones de afecto.*)

María. — Vamos, Alberto.

Alberto. — Vamos.

Clara. — Adiós... A ver, cuando vuelven.

Adolfo. — Adiós.

Alicia. — Hasta pronto.

ESCENA V

CLARA y ADOLFO

Clara. — A pesar de sus quejas, son dichosos.

Adolfo. — ¿Lo crees tú?

Clara. — Sí.

Adolfo. — ¿Tanto como nosotros?

Clara. — Eso no. Ellos revolotean como pájaros viajeros. — Nuestro mundo es más reducido, pero más hermoso, ¿verdad?

Adolfo. — Sí, Clara mía. — (*Siéntanse en un vis a vis dialogando amorosamente.*)

Clara. — Con qué envidia contemplaban a Lulú.

Adolfo. — A nuestro hijo.

Clara. — Celoso. — Si vieras lo inteligente que es. — A veces se queda pensativo mucho rato y sus ojos miran al cielo, como si resolviera un problema muy grave.

Adolfo. — Son cosas tuyas.

Clara. — Te digo que no. — A mí se me ha puesto que va a ser un gran hombre. Ministro, Presidente.

Adolfo. — No, no; nada de política. — El chico es muy serio para dedicarse a esas cosas.

Clara. — Por lo menos doctor. — Eso sí, doc...tor.

Adolfo. — Tanto da.

Clara. — ...El doc...tor Luis Alvarez Soto. Porque también llevará mi apellido!... Dr. Alvarez Soto. Suena bien, ¿eh? Te va a hacer competencia.

Adolfo. — Ya estaré viejo para entonces. (Transición). Pero no te preocupes; elegirá la carrera que más le guste; quien sabe no resulta poeta, literato...

Clara. — No, no!

Adolfo. — ...periodista, matemático...

Clara. — Tampoco.

Adolfo. — Tal vez le dé por ser filósofo, militar, hasta cura puede ser! Si se empeña.

Clara. — No.

Adolfo. — ¿Qué más quieres? Te hará el gusto... será Ministro y... doctor.

Clara. — Sí, sí. ¿Pero por qué ha de ser él? Hay tantos niños por ahí. Yo quiero que triunfe. (Con orgullo).

Adolfo. — Comprendido; pensamos igual. (Con sinceridad). También le quiero fuerte, animoso, luchador, abriéndose paso como yo, con su energía constante. Nada de misterios, calvarios, ni vales de lágrimas. Que ame la vida, que oficie junto a ella, con voluntad tenaz, con plena conciencia de su deber; sano de cuerpo y de espíritu, sin cobardías, sin prejuicios. Así le quiero ver. (Pausa).

Clara. — Eso... ya es otra cosa.

Adolfo. — ¿Por qué?

Clara. — No me gustaría que fuera tan descreído como tú. No sería feliz.

Adolfo. — Y no lo soy yo?

Clara. — Desagradecido; por que yo rezo por ti.

Adolfo. — Ah... — Lo harás también por él.

Clara. — Le enseñaré, será mejor.

Adolfo. — ¡Hum!... (Gesto de duda).

Clara. — Me figuro que no te opondrás. También nos casamos en la Iglesia.

Adolfo. — No me lo recuerdes. Fuí cobarde por tu culpa, porque te quería locamente, ciegamente. Entonces hubiera llegado a todo por tí...

Clara. — ¿Y ahora?

Adolfo. — Es distinto, Clara. Ahora ya no se trata de nosotros.

Clara. — Entonces: ¿por qué lo hiciste?

Adolfo. — No me lo recuerdes, te digo. No tienes derecho. No pretendas confundir mis esperanzas en lo porvenir con una debilidad del pasado, con un sacrificio realizado por ti. Sería el peor obstáculo para nuestra felicidad. Piénsalo bien, Clara.

ESCENA VI

DICHOS y MERCEDES por el foro

Clara. — (*Rodeándole el cuello con los brazos*). No es para tanto. ¿Ves como hasta ahora no hemos tenido ninguna diferencia? Nuestro cariño nos salvará de todo.

Adolfo. — Eso, eso es lo que quiero. Que nuestro amor nos proteja de todos los peligros, de todas las tristezas, de todas las desesperanzas. Y que proteja también a nuestros hijos.

Clara. — Si no hay más que uno...

Adolfo. — Vendrán más.

Clara. — ¿Tú qué sabes?

Adolfo. — Uno sólo que sea; es la prolongación de nuestra dicha, nuestro único tesoro. Cuidémoslo mucho.

Clara. — Cállate, nada tenemos que envidiar.

Adolfo. — Ahora sí, estoy contento. Nada ni nadie podrá interrumpir nuestra felicidad. ¿Me querrás siempre?

Clara. — ¡Inocente! ¿Quieres que te lo jure? (*Besa un crucifijo colgado al pecho*). Por éste.

Adolfo. — Ah... un crucifijo! Todavía dura el agravio!

Clara. — Sí.

Adolfo. — Pues aún sin jurar te creo... porque te quiero. (*La besa con ternura. Mercedes desde la puerta del foro tose intencionalmente*). Sí, te quiero.

Clara. — ¡Adolfo!

Adolfo. — Me lo debías.

Clara. — Me parece que olvidas la cuenta.

Adolfo. — ¿Te disgusta?

Clara. — ¡Bobo!

Mercedes. — (*Con traje de calle. Un libro de misa y rosario en la mano. Además medallitas y escapularios*). Buenas tardes.

Clara. — Mamá, ¿qué te has hecho en toda la tarde?

Adolfo. — Muchas visitas, señora?

Mercedes. — No.

Adolfo. — Entonces, ha sido largo el oficio.

Mercedes. — Más largos debían de ser. Es una vergüenza lo que pasa; si señor, una vergüenza.

Adolfo. — ¿Pero qué ocurre?

Mercedes. — ¡Ah... no sabe; hágase el inocente! ¡Los hombres de talento! Si no saben otra cosa!

Clara. — Pero mamá; ¿qué te pasa?

Adolfo. — Tiempo malo.

Mercedes. — Tiempo malo, sí; tiene usted razón. Tiempos de corrupción y de herejía. Ya no se siente nada, no se cree en nada, no se quiere nada. Es una falta de respeto y consideración. Acabarán por convertir ésto en un infierno.

Adolfo. — No se altere así. Tenga calma, señora; serene su espíritu. Seguro que usted ha estado de manifestación. He ahí lo que ha conseguido.

Mercedes. — He estado, sí. Y si no fuera por su culpa, ésta hubiera ido también.

Adolfo. — Eso es injusto. ¿Te he dicho algo, Clara?

Clara. — No, mamá; nada me ha dicho.

Mercedes. — Pero te estás contagiando. Muy bien que antes salías conmigo.

Clara. — Y ahora también.

Adolfo. — Porque usted la llevaba.

Mercedes. — Para eso soy su madre.

Adolfo. — Como usted quiera; pero no veo motivo para....

Mercedes. — Cuando se ha visto lo que está pasando? Ni la caridad respetan. Empezaron por sacar los crucifijos del hospital. Ahora las Hermanas de los asilos.

Adolfo. — Son otros tiempos.

Mercedes. — ...¡Otros tiempos! Sólo falta que entren a las casas a imponer su voluntad.

Adolfo. — ¿Le parece que falta?

Mercedes. — Pero se equivocan. No hemos de permitir que se mofen de cosas que siempre fueron sagradas. Toda la vida.

Adolfo. — ¡Toda la vida!

Clara. — Bueno. Tú sabes que te queremos y te respetamos, ¿verdad Adolfo?

Adolfo. — Es claro. Cada uno con sus ideas y sus creencias.

Mercedes. — Y entonces ¿por qué le prohíbe que vaya a confesarse?

Adolfo. — Porque... hemos convenido confesarnos mutuamente. ¿No es eso?

Clara. — Es verdad.

Mercedes. — Cállate. No te das cuenta del despojo de que eres víctima. Bien lo he notado.

Adolfo. — No señora, aquí no hay despojos. Lo que hay, es cariño y sinceridad que es lo que debe haber en un hogar honrado. (*Transición*). Usted sabe que participa de ese cariño y se queja de sa-

tisfecha. (*Suena el timbre de calle*).

Mercedes. — Sí, palabras muy bonitas.

Adolfo. — Vamos, hay que tener calma.

Clara. — Adolfo. (*Nerviosa*). Han llamado.

Adolfo. — Tal vez el doctor Suárez. Me avisó que vendría a buscarme para ver a un enfermo grave.

Clara. — ¿No vendrás a cenar?

Adolfo. — Sí; tendremos tiempo.

ESCENA VII

DICHOS y PETRA desde el foro

Petra. — Señor, lo buscan.

Adolfo. — ¿Quién es?

Petra. — Un joven. Dejó esta tarjeta.

Adolfo. — (*Leyendo*). Julio Ramos. Que pase al escritorio.

Petra. — Está bien.

Adolfo. — Vuelvo en seguida y... espero se habrá serenado un poco. Vamos a hablar juiciosamente.

Clara. — No demores.

ESCENA VIII

MERCEDES y CLARA

Mercedes. — (*Después de una pausa*). — Ahí tienes, burlándose.

Clara. — No, Adolfo no es capaz.

Mercedes. — ¡Oh también se deja seducir! Grandes ideas!, mucho talento y son capaces de negar a Dios. Así pasan la vida descreídos, aburridos. Lo que han hecho con los niños del Asilo! ¿Qué va

a ser de ellos; abandonados! Y tú puedes ir pensando en el tuyo.

Clara. — ¡Qué! ¿Qué dices?

Mercedes. — Si no sabes imponerte, si no sabes inculcarle a tiempo tus creencias, que son las de tus padres y fueron las de tus abuelos, ya verás, ya verás. Toda la tradición de la familia está en tus manos.

Clara. — ¿Y qué quieres que haga?

Mercedes. — Cumplir con tu deber, enseñando lo que te enseñaron a tí. Hoy lo dijo bien claro el padre Romero: corren peligro los hogares y hay que prepararse. (*Transición*). Quedó resuelto que a la hora de la oración se le pongan en el pecho a los niños estas medallitas y escapularios, en desagravio a lo que han hecho con los de los asilos. Yo le arreglaré unas cintitas y se los pondré luego, antes de ir al sermón.

Clara. — Ah...

Mercedes. — Y es necesario que te preocupes de este inocente. Si tú has sido buena es porque supe inculcarte la fe religiosa y educarte en el temor de Dios. Sin embargo estás cediendo demasiado.

Clara. — Por nuestra dicha, por nuestra felicidad. Yo los acompaño con mis oraciones.

Mercedes. — No basta con eso. Ahora se trata de tu hijo y tienes que ser más resuelta si no quieres verlo condenado. Es tu hijo y nada ni nadie puede impedirte que prepares su conciencia religiosa.

Clara. — Bueno, mamá. Cuando esté más crecido.

Mercedes. — No. Antes que el niño sea mayor y ande en buenas o malas compañías y se entregue a

lecturas peligrosas, que aprenda a ser buen cristiano.

Clara. — Está bien, se hará como tú quieras.

Mercedes. — Inocente... tan bueno! (*Se acercan a la cuna*).

Clara. — Mi hijito. ¿Está lindo, eh?

Mercedes. — Ya lo creo... y dócil.

Clara. — Sí... dócil.

Mercedes. — Ya verás que pronto aprenderá tus oraciones. Lo primero "El Credo".

Clara. — "El padre nuestro"... es más corto.

Mercedes. — No. Que se vaya acostumbrando a decir "creo en Dios" y a saber dónde está. Mira, mira. (*Inclinándose sobre la cuna*). A ver, buena pieza. Levante esa *manito*. Allá está Dios... en el cielo. (*Adolfo aparece por el foro*).

Clara. — ¡Qué serio se pone!

Mercedes. — Arriba... en el Cielo. Allá está Dios.

ESCENA IX

DICHOS y ADOLFO

Adolfo. — ¿Qué? ¿Qué es eso? Pero Clara, Clara.

Clara. — Estábamos entreteniéndolo... jugando, no tiene sueño.

Adolfo. — Eso no está bien. Tú no sabes mentir y te traicionas. ¿Por qué te ocultas para hacer eso?

Clara. — ¡Adolfo! (*Va hacia él*).

Adolfo. — Parece mentira. (*Pausa*).

Mercedes. — Al fin y al cabo es su hijo; hace perfectamente.

Adolfo. — No. Es nuestro hijo.

Mercedes. — Supongo que no le negará su derecho.

Adolfo. — ¿Su derecho?

Mercedes. — Sí. Que lo eduque como yo la eduqué a ella.

Adolfo. — Señora: yo no quisiera discutir estas cosas con usted. Sé los respetos que le debo.

Clara. — Sí; no discutan. No hay necesidad. Después hablaremos...

Mercedes. — Mira, hija: Cuando llega la ocasión, lo mejor es decir las cosas bien claras...

Clara. — ¿Pero por qué? (*Siéntase acongojada frente a la cuna*).

Adolfo. — Tenía que suceder! Bueno: ¿qué son esas cosas que usted tiene que decir? Ya escucho. (*Siéntase junto a la mesa y enciende un cigarrillo*).

Mercedes. — Que el deber de Clara, es ir preparando la educación religiosa de su hijo.

Adolfo. — ¡Su deber!

Mercedes. — Sí, su deber. ¿Pretende usted que el niño no tenga creencias ni temores? Tiempo tendrá cuando sea hombre de hacer lo que le dé la gana. Pero entonces todas las responsabilidades serán suyas.

Adolfo. — Me interesa eso de... las responsabilidades. Continúe.

Mercedes. — Ya lo he dicho. Y no veo por qué usted ha de oponerse a que se le prepare en la doctrina cristiana para elevar a Dios sus oraciones. Que sepa el Credo por lo menos.

Clara. — Sí, Adolfo.

Adolfo. — Pero... ¿no comprenden ustedes?

Mercedes. — Parece mentira, jamás pude sospechar que fuera capaz de negar a Dios. Eso es el colmo de la herejía.

Adolfo. — Yo no niego nada, pero...

Mercedes. — ...¿Qué?

Adolfo. — Hay muchos modos de ser creyente. Todos no piensan como usted. Por aquí hay algo al respecto. (*Hojea el libro*).

Mercedes. — Ya me figuro: herejías.

Adolfo. — No... Ya verá... por aquí, aquí está... aquí... (*Lee*). "No está Dios solamente en el cielo, sino junto a cada uno de nosotros: en la flor que pisamos, en el aire embalsamado, en la vida que murmura y zumba por todas partes, y sobre todo en nuestro corazón".

Mercedes. — Basta; no lea más. Ya me suponía cuáles habían de ser sus lecturas. Esos son fanatismos, tú no debes escuchar, Clara.

Clara. — Pero basta, basta; no prosigan que me hacen daño.

Mercedes. — Vé, vé, lo que ha conseguido: lágrimas y disgustos. Esa es su tolerancia.

Adolfo. — No me acuse; no me haga perder la calma. Yo no he cometido injusticias; he respetado la fe de Clara, su devoción. Vea ese Cristo que lleva junto al pecho. Él me justifica.

Mercedes. — ¡Y todavía habla de Cristo! Mucho respeto por su imagen y hace un momento protestaba...

Adolfo. — No confunda, señora, no confunda.

Mercedes. — ...protestaba, sí, porque le hablábamos del Cielo a ese angelito. Negará que Cristo dijo: “*dejad a los niños que vengan a mí*”.

Adolfo. — Sí, es cierto. Y eso quiero precisamente. Quiero que vayan, que vayan... pero que no los lleven.

Mercedes. — Cállese; parece que no hubiera tenido madre.

Adolfo. — La tuve, sí, y bien creyente. Más de una vez mientras yo estudiaba, la sorprendí elevando sus oraciones en silencio, con devoción sincera. Así la quise más. (*Transición*). ¡Ah!... ¿por qué lo exigen todo de mí? Piénsalo bien, Clara; tú sabes que te quiero, que por ti soy capaz de todo. Entre nosotros no debe haber ni una sombra. Tantos que envidiarán el calor de nuestro nido! Mañana mismo hablaremos de estas cosas y verás, verás... (*Va hasta el balcón, lo cierra y corre los visillos. Mercedes se acerca a Clara, manteniendo el siguiente diálogo en voz baja y muy rápidamente*).

Mercedes. — ¿Qué piensas hacer?

Clara. — Mañana...

Mercedes. — No, ahora. Ya sabes que esta noche es necesario... Insiste... y cederá, porque te quiere. Tengo otro recurso.

Adolfo. — Bueno, hasta ahora; si viene Suárez no dejen de avisarme. (*Va hacia el foro*).

Mercedes. — Llámalo.

Clara. — No.

Mercedes. — Llámalo, te digo.

Clara. — Adolfo... escucha.

Adolfo. — ¿Qué? (*Volviendo*).

Clara. — Es para decirte que... Mamá te va a hablar.

Adolfo. — Veamos. (*Pausa*).

Mercedes. — Pues... ya que usted ha demostrado tan buena disposición de ánimo...

Adolfo. — No insista, señora, no insista.

Mercedes. — No; estas cosas hay que arreglarlas de una vez. Nada de tapujos.

Adolfo. — Por favor!

Mercedes. — Escuche: Clara está dispuesta a hacer valer todos los derechos que le acuerda la consagración religiosa para educar a su hijo en las creencias que profesa.

Adolfo. — ¿Qué? ¿Los derechos?

Mercedes. — Sí, los derechos.

Adolfo. — Pero Clara... ¿es cierto?

Clara. — Yo te explicaré.

Adolfo. — ¿Es cierto?

Clara. — Mira, es que...

Mercedes. — Dí la verdad.

Adolfo. — Pero... ¿es cierto? (*Con dureza*).

Clara. — Yo...

Adolfo. — Basta, no hables, no digas nada. Ahora soy yo el que me rebelo; soy yo el que protesta. Basta de farsas. Basta de mentiras. Han conseguido volverme a la verdad de las cosas. Quieren guerra, pues guerra. Mucho tiempo he adormecido mis facultades, he estrujado mis ideas, he reducido mi voluntad de hombre libre, porque tenía ansias de cariño, de realidad afectiva. Pasó el miraje; este es el naufragio de mis ilusiones. (*Se pasea agitado, exaltándose a medida que habla*).

Clara. — No, Adolfo, no.

Adolfo. — Ustedes lo han querido, han destruído mis esperanzas; pero queda en pie la idea pujante que quiere verdad, verdad... Tenía que suceder. Había claudicado cobardemente, me había entregado con docilidades indignas de mi entidad moral. Ahora me reconozco.

Mercedes. — ¡Qué barbaridad!

Adolfo. — Perfectamente. Yo también haré valer mis derechos de padre. Ahí hay una conciencia que ustedes quieren atar, estrechar, deformar, con los férreos lazos de una fe mentida. Pues bien, yo le ahorraré el dolor de romper sus ligaduras...

Clara. — Pero Adolfo, Adolfo, escúchame.

Adolfo. — (Con exaltación). Si no son ustedes solamente. Es todo el pasado, oscuro y falso que consume su obra. Pero me opondré con todas las fuerzas de mi voluntad; no quiero tener la responsabilidad de haber sido cómplice. Ustedes le enseñarán el Credo de los Cielos y yo el de la tierra, el de la vida, el salmo a la luz, a la savia que fecunda... al porvenir. Quiero que sea un hombre libre, sano, sin prejuicios.

Mercedes. — Pero... qué blasfemia! ¿Será usted capaz?

Adolfo. — Sí, le enseñaré el verdadero credo. Sabrá rezar.

Mercedes. — ¡Qué herejía!

Clara. — Ah... perdóname, yo te diré... espera. (Suplicando).

Adolfo. — No, déjame, déjame. Voy a hacer lo que debo hacer. (Desde el foro). Ustedes lo han querido... sea. (Mutis).

ESCENA X

CLARA y MERCEDES

Clara. — (Después de una pausa, sollozando). Todo, todo... está perdido. (Siéntase frente a la mesa).

Mercedes. — No, hay que ser fuertes. Su exaltación es pasajera. Verás cómo vuelve.

Clara. — Mi felicidad; mi hijo!

Mercedes. — Cálmate, cálmate. ¿Te abandona la fe?

Clara. — No puedo más. ¡Mi hijo!

Mercedes. — Vamos, no llores. Tranquilízate un rato y verás. (Recoge las medallas y el rosario). Prepárate para luego. Ya sabes lo que hay que hacer.

Clara. — Dios mío!

Mercedes. — Hasta ahora. (La besa). No llores. (Mutis derecha).

ESCENA XI

CLARA, después SUAREZ por el foro

Clara. — (Permanece un instante sollozando). No, no puede ser, Adolfo, Adolfo! (Sale por el foro, sintiéndose su voz que llama a Adolfo. La escena queda sola unos instantes. Después entra el Dr. Suárez, se quita el sombrero y queda un momento callado frente a la cuna. Clara regresa y le habla desde el foro). Ah... es Vd. doctor.

Suárez. — Bien sabes que no los olvido. Estoy un poco viejo y cuando siento frío vengo hacia este paraíso.

Clara. — Nuestro paraíso... perdido.

Suárez. — Ah, sí. ¿Porque no está Adolfo? Juventud impaciente; todo lo quiere de una vez!

Clara. — No, no; es horrible lo que pasa. Sólo Vd. puede salvarnos. Vd. que volvió nuestro hijito a la vida, sálvenos, doctor.

Suárez. — Locuras, locuras de muchachos. Con nada se conforman. Alguna nubecita conyugal, ¿eh? Quieres que yo haya de abuelo. Bueno, bueno, ¿dónde está ese señor?

Clara. — Sí, llámelo pronto. Nuestra dicha se aleja.

Suárez. — No, Vds. se alejan de ella. (*Llama desde el foro*). Adolfo! Adolfo! (*Siéntase en una butaca*). Vamos a ver. Haré el día completo: medicinas para el cuerpo y para el espíritu. Vamos, vamos a ver...

ESCENA XII

DICHOS y ADOLFO por el foro

Adolfo. — (*Nervioso*). Oh... mi sabio profesor! (*Trae unos papeles en la mano. Saluda a Suárez*).

Suárez. — (*Hablando muy reposadamente*). Sí... por todo lo alto: Sabio! Muchacho, muchacho. ¿Pero qué te pasa? Estás nervioso, estás exaltado.

Adolfo. — Sí, se trata de mis esperanzas... todas por el suelo.

Suárez. — Ahí está: todo o nada, cielo o infierno. Locos, más que locos... (*Pausa*). Y yo que siempre espero... y confío.

Clara. — ¿Oyes, Adolfo? Tiene razón.

Adolfo. — Ya es tarde.

Suárez. — Tarde. ¿Porque es de noche? Pero vamos, vamos a ver: ¿qué es lo que hay? ¿Qué ocurre?

Adolfo. — Lo que ocurre es que se ha turbado la calma apacible de nuestro hogar con un empeño fanático. Aquí se quiere imponer, imponer sí, por todos los medios, un culto, con todos sus dogmas, sus ritos, sus rezos. ¡Quieren salvarnos a todos para la otra vida!

Clara. — Y tú quieres condenar a un inocente.

Suárez. — Ven, ven. Ya lo dije: cielo o infierno! ¿Qué locura! (*Pausa*). ¿Quién es el condenado?

Clara. — El nene!

Suárez. — ¡Hum! Eso es más grave.

Adolfo. — Son Vds. los que se empeñan, pero yo me opondré. Quiero que sea un hombre de conciencia!

Suárez. — ¡Un hombre de conciencia!

Adolfo. — Nada de misterios, inmortalidad, ni castigos divinos. Que sepa, que piense, que se acostumbre al culto de la idea...

Clara. — Doctor... usted.

Adolfo. — Sí. (*A Clara*). Contra vuestros rezos, contra vuestras oraciones a la nada, yo le enseñaré el verdadero Credo. Aquí está, sí, aquí está.

Suárez. — ¡El verdadero Credo!

Adolfo. — (*Leyendo apresuradamente*). "...Creo en la verdad de la vida misma, creo en...

Suárez. — (Interrumpiendo). Una duda. (Mirando a la cuna). ¿Sabe leer?

Clara. — No, no.

Suárez. — Basta, no prosigas.

Adolfo. — Pero...

Suárez. — Con que un hombre de conciencia! ¿Sabes lo que has dicho? ¿Sabes lo que te propones? Bueno, continúa.

Adolfo. — Ahora no. Ya pasó la ráfaga. Pero lo enfurecen, lo exaltan, lo acorralan a uno; lo oprimen dentro de un círculo de hierro... y tiene que estallar. (Siéntase junto a la mesita). ¡Qué confusión! ¡Qué injusticia!

Clara. — Doctor, Vd. puede salvarnos. Le creo todo, todo; porque le debo la vida de mi hijo.

Adolfo. — Sí, usted puede hacerlo.

Suárez. — Yo... no sé. Es muy grave... eso.

Adolfo. — Más grave era la muerte y usted la alejó.

Suárez. — ¡Mi ciencia! Entonces operábamos sobre carne viva; veíamos, palpábamos, investigábamos... ¡La fórmula! Ese afán de concretarlo todo, de aprisionarlo todo: las ideas, los sentimientos, lo que vendrá... Somos incorregibles. (Pausa). ¿Duerme?

Clara. — Sí, ahora sí. Con nuestras disputas no lo habíamos dejado.

Suárez. — Ah... los sueños! Si ustedes supieran!

Adolfo. — ¿Qué?

Clara. — ¡Hable doctor!

Suárez. — Escucha, Clara: Si yo ahora por medio de una influencia extraña, turbara su reposo... y le

produjera sueños, arrobamientos, pesadillas ¿qué dirías?

Clara. — Eso no es posible... pobrecito.

Suárez. — ¡Ah! ¿Y qué harías tú Adolfo, si lo despertara de pronto, bruscamente, sacudiéndolo con fuerza? (Pausa). ¿No contestas? Claro! Lo natural es arroparlo, cuidarlo, vigilarlo...

Frente al dolor he visto almas al desnudo, vidas en transparencia. (Clara y Adolfo se acercan a Suárez, interesados por sus palabras. Este continúa lentamente). Hombres débiles, cobardes, llorando como... los niños cuando se les asusta con cuentos de brujas, infiernos y dragones. Otros delirando con grandezas, cielos, paraísos insensibles hasta para el mismo mal que los rodea... en éxtasis... como los niños también, cuando despiertan radiantes, recordando al príncipe y las hadas que le hablaron al oído en un arrullo... Unos adustos, graves; otros taciturnos, ingenuos, alucinados. Pensé en las cunas más de una vez. Me parecía que todavía estaban meciéndose... Piénsenlo ustedes también. Que duerma, que duerma mucho. Lo reclama su cuerpecito tierno y su... conciencia, Adolfo, que empieza a desplegar sus alitas, su fuerza, su vigor. Eleven sus oraciones junto a él, pero en voz baja, en silencio, para no violentar su sueño.

Adolfo. — ¿Entiendes, Clara?

Clara. — Sí.

Suárez. — Cuando despierte...

Adolfo. — Ah... eso; eso es lo que queremos saber; nuestro deber..

Clara. — Sí.... eso.

Suárez. — Otra vez ¡la fórmula! El primer deber...

Adolfo. — Sí; qué ideas, qué creencias, qué...

Suárez. — Eso es más grave, yo no alcanzo...

Clara. — Sí doctor, háblenos.

Adolfo. — Sus opiniones, su Credo.

Suárez. — ¡Mi Credo! Aún no podría traducirlo...

Adolfo. — Pero nuestro deber... para el porvenir.

Suárez. — ¡El porvenir! Yo no sé.

Adolfo. — Pero, ¿usted que haría?

Suárez. — ¡Yo!...

Clara. — ¡Ah! (*Gesto de desaliento, igual que Adolfo. Pausa*).

Suárez. — Escuchen. (*Con mucha calma, sonriendo*).
 Conozco una quinta, una huerta, un sembrado. El viejo propietario la heredó de sus mayores. Aquello es su vida. Los manzanos florecidos, parece que se inclinan saludando su paso, cuando se dirige con la azada hasta el sembrado. Ha recogido muchas cosechas: ¡siempre sonriente! Riega, riega los surcos y cuida con amor el fruto que madura. Su azada cae y cae, no como un golpe... como una caricia. Destroza los yuyos, aparta la maleza. ¡Hay algo que palpita, que empieza a vivir! Los tallos, brotan tiernos de la tierra, como sentimientos de almas buenas. Y crecen y crecen, hasta que las espigas maduran, meciéndose ondulantes, surgiendo gallardas frente al espacio, como ideas que se agrupan frente a un enigma... Y los cuida, los riega, los mima, con amor, con ternura. A veces se detiene en su labor e interroga hacia lo alto con verdadera unción: El cielo...

lo infinito... ¡Dios!... ¿Su oración? No sé. El viejo sonrío, y se inclina nuevamente sobre el sembrado, apartando brezos, destruyendo maleza y regando, regando con afán al fruto, que crece agradecido a la amorosa lluvia... ¿Algo descien-de de lo alto? No sé. Los frutos son sanos y vienen otros y otros, como nuevos sentimientos, como nuevas ideas... mientras la azada sigue cayendo sobre el surco, como una caricia... ¡El primer deber! Que sea sano, que sea bueno. Miren arriba si quieren, pero pongan toda la ternura en su cuidado (*señala la cuna*) mientras duerme, mientras fecunda como un fruto... (*Pausa*).

Adolfo. — ¿Y cuando despierte?

Suárez. — Amor y siempre amor... Que los vea abrazados, estrechamente, sonriendo sobre su cuna, como una bendición, como un ejemplo; como el viejo de la huerta, que riega, riega y (*emocionado*) acaricia el surco...

Clara. — Sí, Adolfo... sí... (*Posando las manos sobre sus hombros*).

Adolfo. — ¡Clara!

Suárez. — Después...

Adolfo. — ¿Qué?

Suárez. — Abran bien las ventanas para que entre luz, aire, para que se vea la pureza del cielo, el brillo del sol y se sienta el ruido de la calle, de los que luchan...

Clara. — ¿Y si pregunta?

Adolfo. — ¿Si interroga?

Suárez. — Entonces... entonces... le dicen lo que se cree, lo que se piensa... lo que se sabe. ¡Y besos!

Clara. — ¡Lo que se cree!...

Adolfo. — Dudará.

Suárez. — Dudar! Y ustedes que me interrogan, y yo que no sé... (Con gran convicción). En algo se cree, cuando se duda sinceramente, amorosamente, religiosamente.

Adolfo. — ¿Entiendes, Clara?

Clara. — Sí... Y tú... ¿Comprendes?

Adolfo. — Comprendo. (Sin gestos y con calma, rompe los papeles y los tira al suelo. Después va hacia Clara y le estrecha las manos en silencio).

Suárez. — Bien, bien. (Pausa). Y ahora nosotros a donde nos esperan: a aliviar, a consolar.

Adolfo. — Sí, vamos.

Suárez. — Adiós, Clarita. (Dándole la mano).

Clara. — Gracias... gracias.

Suárez. — Bah... bah... (Se encamina hacia el foro con Adolfo seguido por Clara. Desde allí se vuelve y dice). ¡Cuando despierte!

ESCENA XIII

CLARA, después MERCEDES por la derecha

(Clara queda un momento junto a la puerta del foro. Después va hacia el balcón, levanta los visillos y hace señas saludando a Suárez y Adolfo que se alejan. La campana de una iglesia próxima toca oración. Al sentirlo, Clara se arrodilla y se persigna. Después cruza frente a la cuna dirigiéndose hacia la mesita. Al ir a bajar la luz, repara en el libro. Simula leer muy breves instantes. Después amortigua la luz y se coloca frente a la cuna).

Mercedes. — (Trae en una mano las medallitas y escapularios y señala al niño. Suena la campana nuevamente. Se oirá el tañido hasta el final). Escucha, escucha: la oración. Ahora... ya sabes.

Clara. — (Volviéndose y con firmeza). No, no.

Mercedes. — Sí, ahora, mujer.

Clara. — He dicho que no. (Despacio). Está dormido.

Mercedes. — (A media voz). Es que... yo tengo que irme.

Clara. — Bueno... vete.

Mercedes. — ¿Y esto?

Clara. — Déjalos. Ahora no. (Mercedes deja las medallas en la mesita y se encamina al foro).

Mercedes. — Pero...

Clara. — (Seña de silencio). Schisst!... (Indica con el gesto que el niño va a despertar). No ves?... (Mutis de Mercedes, Clara se sienta junto a la cuna, la mece lentamente y canta muy despacio:

“Arrorró, mi niño
arrorró, mi sol,
arrorró pedazo
de mi corazón”.

Telón lento

LA ROSA NATURAL

COMEDIA EN UN ACTO,

estrenada en el Teatro Solís, por la Compañía Codina

PERSONAJES:

Doña Marta	60 años
Elena	25 "
Eduardo	28 "
Don Lucio	70 "
Alberto	30 "
Don Pedro Rodríguez de Salazar	45 "
Pepa (<i>Criada</i>).	

LA ROSA NATURAL

ESCENA I

DECORACION: Casa quinta de modesta apariencia. Buen gusto y distinción. En primer término, a la derecha (del espectador) un juego de muebles de mimbre. Sobre la mesita, un damero y varias revistas. En segundo término: la fachada de un chalet con dos puertas practicables, terrasse y escalinata. A la izquierda, profusión de árboles y plantas. Un rosal florecido. Dos bancos y una estatua de yeso. Al fondo, verja practicable. Telón de foro con vista hacia el campo. Es de tarde. Mucha luz en las primeras escenas. Después irá amenguando, a medida que la tarde declina.

Doña MARTA, Don LUCIO y EDUARDO. Después PEPA

(Al alzarse el telón, se verá en primer término a doña Marta y don Lucio jugando una partida a las damas, sentados junto a la mesita. — Eduardo frente a la terrasse fuma un cigarrillo y lee un diario, acostado con indolencia en una mecedora. Oyense vagamente los acordes del piano que tocan en las habitaciones del chalet. Al principio se oirá claramente el motivo musical, que será más vago a medida que se avance en el diálogo).

Don Lucio. — Pues sí, señora mía; eran otros tiempos...

Doña Marta. — Ya lo creo; muy distintos.

Don Lucio. — ... Otro carácter, otro espíritu. — Existía el generoso impulso que lleva hacia la cumbre, hacia lo grande, hacia lo heroico... Verdaderamente, entonces...

Doña Marta. — A usted le toca, a usted le toca, Don Lucio...

Don Lucio. — Ah... es verdad.

Doña Marta. — La imaginación le hará perder otra vez el partido... y serán cinco.

Don Lucio. — Espere, espere usted, mi respetable amiga. — Vamos a ver. Por aquí no hay salida para mi peoncito. — Veo en la misma senda a una gallarda y arrogante dama y... "jamás fuera caballero"...

Doña Marta. — Tiene tres jugadas.

Don Lucio. — Tres eran tres, las hijas de Elena, tres eran tres... (*mueve una pieza*).

Doña Marta. — ...Y las tres eran buenas...

Don Lucio. — ¡Elena!... Ahí tiene usted otro nombre del pasado... Toda una epopeya, mi respetable amiga... Por ella desatáronse las iras del pueblo Griego, que se lanzó sobre Troya poseído de todas las furias. — Viera usted en qué forma magistral canta Homero la aventura, la singular y romántica aventura...

Eduardo. — (*Que ha abandonado su asiento y ha escuchado las últimas palabras*). ¿Aventura... de quién?

Don Lucio. — De Helena!...

Eduardo. — ¿Mi hermana?

Doña Marta. — ¡Pero hijo!

Don Lucio. — Hablábamos de algo remoto.

Eduardo. — Bah... bah... bah... Creí que se trataba de cosas más interesantes. — Amigo Don Lucio, con esos recuerdos se hace usted más viejo....

Don Lucio. — El espíritu no envejece nunca.

Alberto. — ¿Le parece?

ESCENA II

DICHOS y PEPA

Pepa. — (*Entra por el foro y habla con precipitación*).

Señora..

Doña Marta. — ¿Qué quieres, muchacha?

Pepa. — Este... nada.

Doña Marta. — Pero... esa confusión... ¿qué te ocurre?

Pepa. — Buscaba a la señorita para decirle...

Eduardo. — No oyes que toca el piano?

Doña Marta. — Entra a verla.

Pepa. — Bueno; con su permiso. (*Mutis*).

Eduardo. — ¿Con que el espíritu eh? Pero, mire usted que hablar del diluvio a estas horas! Y si yo le dijera que detesto los clásicos que usted adora: me parecen insípidos, aburridos. Tienen un solo mérito: curan el insomnio.

Doña Marta. — No le haga usted caso.

Don Lucio. — Amigo mío...

Eduardo. — Bah... no se alarme señor profesor. — Para mí el pasado es como si no existiera. En cambio para ustedes eh? ¿No fué uno de sus preferidos que dijo: "recordar es vivir"... (*con ironía*).

Don Lucio. — Cierto, cierto. — Bien lo dijo el poeta:

“Recuerde el alma dormida
Avive el seso y despierte
Contemplando:
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte
Tan callando...

Doña Marta. — ...Cuán presto se va el placer....

(Este último verso junto con las risas de Eduardo y la entrada de Elena y Pepa en escena).

Eduardo. — Pero don Lucio, usted va a concluir por hacernos hablar en verso.

ESCENA III

DICHOS y ELENA y PEPA, por la puerta del chalet

Elena. — (Muy risueñamente). Sí, hija, sí: puedes ir ahora mismo. — Y apúrate, apúrate, no sea cosa que le vaya a pasar algo más grave. (Riendo).
Qué gracioso, ¿saben ustedes lo que ocurre?

Pepa. — Señorita... Señorita.

Eduardo. — ¿Qué hay?

Elena. — Que el novio de Pepa... está preso... por celoso. (Risas). ¡Quién había de decir: ...el mosca muerta!

Doña Marta. — ¿Pero que ha habido?

Elena. — Verán ustedes...

Pepa. — (Interrumpiendo). Nada, señora. Hace tiempo que ésto estaba por suceder. — Nunca faltan

atrevidos que le digan a una ciertas cosas y le hagan proposiciones... vamos... y como él tiene ese genio así... que yo no sé de dónde lo ha sacado...

Elena. — Sí, hubo... castañas...

Pepa. — Así me han dicho... y que está preso... y que quiere verme... y que sé yo...

Elena. — Bueno; no pierdas tiempo: vé, corre, corre... apúrate, muchacha.

Doña Marta. — No, espera. (De pie). Amigo Lucio; luego continuaremos la partida...

Don Lucio. — Como a usted le parezca, señora.

Doña Marta. — Está refrescando mucho y ya sabe usted que mis achaques... Pepa, acompáñame.

Elena. — Abrígate, mamá.

Doña Marta. — (Retirándose con Pepa). Si hija, si... (A Pepa). Y a ver si tienen más juicio y tratan de evitar esos escándalos... (Pepa retira el juego de damas).

Pepa. — Señora... yo ya le he dicho...

Eduardo. — (A Pepa). Sí, cuidado con ése... que tiene muy mal genio.

ESCENA IV

ELENA, Don LUCIO y EDUARDO

Elena. — ¿Pero usted no se ríe? ¿No le causa gracia todo esto?

Don Lucio. — Sí, la tiene.

Elena. — Ese amor violento, que ruga y estalla en puñetazos... Es extraordinario.

Eduardo. — Y ridículo.

Elena. — ¿Por qué?

Eduardo. — (*A don Lucio*). Ahí tiene usted la herencia de los tiempos heroicos donde ha venido a parar.

Don Lucio. — Vale más eso y no...

Eduardo. — Sí; ya sé lo que va usted a decir: "los descreídos, los que no quieren a nadie, los que calculan"... Bah. Tienen razón.

Don Lucio. — Jamás. ¿Verdad, Elena?

Eduardo. — Sí. Esta ya se sabe, también mira a la luna...

Elena. — Cállate. Lo que yo quiero ni tú lo sabes, ni eres capaz de entenderlo...

Eduardo. — Lo sé, lo sé: estás esperando que venga alguno a decirte arrodillado: señorita, *yo la amo con delirio!* Pero no vendrá, porque hemos progresado mucho... ¿Cierto, Don Lucio? Usted es la única persona que conserva la línea... Pero con usted no hay que contar... Me figuro.

Elena. — Eso es: búrlate.

Don Lucio. — Oh... Me hacen mucha gracia sus alusiones (*a Eduardo*). Qué quieres... Ya no estoy a tiempo de retroceder y aunque pudiera no lo haría. Pero tu hermana...

Eduardo. — Si es igual. — Mucha música, flores y... sombras chinescas. Pero el sentido exacto de la vida, las cosas como son, en fin, el espíritu práctico... ¿para qué? Y usted tiene alguna culpa. Los versos, como todas las cosas dulces... indigestan.

Don Lucio. — Juventud, juventud.

Elena. — No hables así. Ni soy chiflada ni soy romántica. ¿Acaso ya no se puede sentir ni pensar sinceramente... honradamente?

Don Lucio. — Bien dicho. No hay que renunciar al ideal...

Eduardo. — El ideal... Ideal... Si fuera de Houbigant... menos mal.

Elena. — Eduardo: ¿qué te propones?

Eduardo. — Sencillamente: decirte que no estás procediendo bien.

Elena. — ¿Y tú me lo dices?

Eduardo. — De mí no se trata. Yo confieso francamente mis aspiraciones: llegar a donde pueda, por el camino más corto. Cómo ni cuando, no sé. Trabajar no tiene gracia: será algún hallazgo, un billete, una heredera. No me dejaré llevar por la correntada, les aseguro. Antes que ser un vencido digno de lástima, tomaré por asalto lo que se presente. — Pero tú, el espíritu en flor, jugando a los novios como una colegiala sin pensar en que el tiempo pasa y en que el porvenir, — desde la muerte de nuestro padre, — no es muy halagüeño que se diga...

Elena. — Sobre todo si cuento con tu apoyo...

Eduardo. — Ya sabes que soy ave de paso. ¡Mis viajes!...

Elena. — ¡Tus viajes... tus viajes!

Lucio. — Pero vamos a cuenta. (*A Eduardo*). ¿Cuántos novios tiene?

Elena. — Ninguno.

Eduardo. — Dos.

Elena. — No es cierto. Acaso puedo impedir que los hombres miren...

Eduardo. — Pero... ¿Para qué negar si todo el mundo lo sabe? El afán de los dos rivales constituye la nota de la temporada.

Don Lucio. — ¿Quiénes son?

Elena. — No haga usted caso... No es cierto... No...

Eduardo. — ¿Que no? Mire usted lo que he recibido hoy. (*Saca una tarjeta del bolsillo y lee*). *Pedro Rodríguez de Salazar y Compañía.* — *Sociedad anónima.* — *Gran casa fundada en el año...* (*Bueno, el año es lo de menos*). — *Negocios en general.* — *Ventas al por mayor.* — (*Y al contado*). — *Comisiones y arrendamientos.* — *Frutos del País.* — *Compra venta de propiedades.* — *Préstamos sobre hipotecas...* etc., etc. (*Este es el membrete*)... saluda a su amigo Eduardo del Campo y le manifiesta: (*dos puntos*) que hoy a las 3 p. m. irá por su casa de usted para hablar de negocios y a saludar a su mamá y señorita hermana, a quien le pide ofrezca mis respetos." Aquí hay mucha intención.

Don Lucio. — Y poca gramática.

Elena. — ¿Qué negocios tienes tú con ese señor y compañía?

Eduardo. — Yo no debía decirte... pero es mejor que lo sepas. — Tenemos una hipoteca encima y en estos días se vence. Pero con Rodríguez hemos de arreglar. Además, proyectamos un viaje a Europa, pues yo le he ofertado mis servicios para alguna comisión comercial. — Para algo son los amigos.

Elena. — Comprendo, comprendo.

Don Lucio. — ¿Y el otro... quién es?

Eduardo. — Ah... el otro es más reservado y prudente. — Abogado... sin chapa. — Pchss.

Un mozo bien, pero escéptico. — Me parece que no se casa si no hay... (*seña de dinero*). ¿Comprendes?

Elena. — Eduardo!

Eduardo. — Vive ahí cerca. Y parece que le gusta la vecindad, porque está edificando... ¿no ve?... Suele venir por aquí. — Se llama...

Elena. — Eduardo, Eduardo...

Eduardo. — ¿Para qué andar con rodeos?... Alberto Laguna; ya está.

Elena. — No, no, don Lucio... no crea.

Don Lucio. — Bien; me parece muy bien. (*Oyese el eco de algunas voces que tararean una canción popular que se indicará; cesando después unos instantes mientras continúa el diálogo*). (*Pepa hace mutis por el foro*).

Eduardo. — (*A Elena*). ¿Ves cómo estoy enterado? Uno se insinúa, pero el otro, éste (*golpea la tarjeta*), no sabe perder los minutos y ataca de firme. — La verdad: prefiero a los que atacan. Calcule usted un hombre que ha amasado una fortuna con los puños, se va a andar ahora con romances. Ataca con la seguridad de los fuertes, de los que se imponen y triunfan porque tienen voluntad. Es de los que llaman "profesores de energía". Ya sé que no es tu tipo... tal vez porque trabaja demasiado...

Elena. — No, por eso no... es su única virtud.

Eduardo. — ...pero ¡qué diablos! el amor no debe ser muy exigente hoy en día... Un brazo firme, un aliado fuerte, un vínculo afectuoso... ¿para qué más?

Elena. — Lo oye usted, lo oye. Es indigno.

Eduardo. — Soy como todos: ni bueno ni malo. Hay que vivir la vida como es.

Don Lucio. — Egoísta, prosaica.

Eduardo. — Así... así... una prosa rimada... cuando mucho... (*A Elena*). Convéncete, los que más la cantan, son los que menos la sirven. Ahí tienes a Don Lucio. Por mirar arriba, ni siquiera tuvo la oportunidad de casarse.

Don Lucio. — Tienes razón. Pero deja a tu hermana que haga su gusto. Ya hablará su corazón...

Eduardo. — Pues no se va a casar nunca.

Don Lucio. — Cuántas... por casarse... se suicidan. Mira, no sé por qué, pero cada vez que veo una esquila de invitación para una boda, me impresionan, porque me parece ver grabada una cruz misteriosa sobre los nombres de los prometidos.

Eduardo. — ¿Una cruz?

Don Lucio. — Sí una cruz.

Eduardo. — La suegra.

Don Lucio. — No te rías. — Hay algo impalpable que se ha soñado, que nos ha sonreído, y que ese día muere para siempre.

Eduardo. — Está usted muy fúnebre.

Don Lucio. — ...“No son los muertos, los que en dulce calma, la paz disfrutaban de la tumba fría...”

Eduardo. — (*Interrumpiendo*). ¿Y usted por qué no se casó?

Don Lucio. — Porque no construí a tiempo. Me lo pasé cantando y cuando quise reaccionar vino otro más fuerte y más práctico...

Eduardo. — Sí: penche y mesa limpia. (*Oyense nuevamente los cantos de los obreros*).

Don Lucio. — Ya te lo he dicho: Yo también equivoqué el camino. Pero se pueden conciliar las dos cosas.

Eduardo. — Me parece muy difícil.

Don Lucio. — ¿Por qué? Escucha, escucha. ¿Oyes esos cantos?

Eduardo. — Sí, ¿y qué?

Don Lucio. — Son unos obreros que trabajan en la construcción de al lado. — Ya lo ves: edifican cantando. — Así quería ver un filósofo a la humanidad. — ¿No te parece un bello símbolo?... ¿No es hermoso?

Eduardo. — Habrán bebido. — Y además tenga usted en cuenta que construyen para otro, tal vez para algún señor *afónico*. ¡Quién sabe si ellos fueran los dueños!..

Don Lucio. — Eres incorregible.

Elena. — Sí, pierde usted el tiempo predicándole. — Es caso perdido.

Eduardo. — No tanto. — Miro las cosas como son y por lo menos sigo mi camino. — En cambio tú no sabes cuál elegir... Se van a cansar de esperar y entonces...

Elena. — ¿Otra vez?

Eduardo. — Sí, otra vez. — No está bien lo que haces. O uno u otro; o Rodríguez o Laguna. — Lo de ayer en el Prado fué ridículo. ¿Sabe usted lo que pasó?

Don Lucio. — ¿Qué?

Elena. — Harás que me vaya.

Eduardo. — Figúrese usted que fuimos a la batalla de flores. — Para que veas que no soy egoísta, te diré que iba orgulloso, sí señor. — A cada paso oía exclamar: “Ché, mirá la de Del Campo” “¡Qué budín!” No faltó quien dijera: “la romántica”. Como no faltó quien siguiera al coche.

Elena. — Eduardo, Eduardo.

Eduardo. — Dos caballeros, muy conocidos, que suelen venir por aquí, solicitaban un ramo. *Ella* se quitó uno que llevaba sobre el pecho y... ahí va eso. — La gente se fijó y vió que los dos se inclinaban a recogerlo... y que hablaban y discutían. ¿Tú sabes quién quedó con él?

Elena. — (Con ansiedad). ¿Quién?

Eduardo. — No sé, no pudimos verlo. Pero esta carta... En fin, tú tienes la culpa. Seguro que no ha ocurrido nada, pero de cualquier modo es ridículo. (A *don Lucio*). ¿Recuerda usted lo que decía hace un momento sobre el pasado? Bueno: lo que es nosotros no vamos a tener qué decir: aquí fué Troya. (A *Elena*). Aquellas Elenas eran con *hache*. Ahora la gente no las toma por la tremenda y la capa y la espada han sido sustituidas por la astucia.

Don Lucio. — “*Todo cambia, todo pasa, como las nubes del cielo, como las aguas que corren...*”

Eduardo. — Bah... bah... Me han hecho ustedes charlar más de lo que acostumbro. (A *Elena*). Y al fin y al cabo, quién sabe no tienes razón. — Cualquiera día vas a estar como ahora y sentirás de pronto por entre el follaje, la voz del amado que como Fausto te llamará cantando: “Elena... Elena... Elena... Elena...” (Tararea el motivo de *Mefistófeles*). (Siéntese frente a la quinta). ¿Oyes?

Elena. — ¿Qué?

Eduardo. — *Mefistófeles*... en automóvil. — Mira si es puntual: las tres. (*Elena hace un movimiento como para retirarse*). No, no te vayas, espera. Aprovecha y decide.

ESCENA V

DICHOS y RODRIGUEZ DE SALAZAR por el foro

Rodríguez. — (Con afectada cordialidad). Felices tardes, señores.

Eduardo. — Hola, amigo mío. Es usted exacto como un cronómetro.

Rodríguez. — Veo que ustedes me esperaban. (A *Elena saludándola*). ¿Cómo está usted, señorita... Se siente usted bien de salud, eh?... ¿Y su mamá de usted? Bien? Ya sabe que me interesa.

Elena. — Gracias.

Rodríguez. — Ah, don Lucio! (*saludándolo*). Siempre guapo, eh? Me alegro mucho; la salud es lo primero... (*Pausa*). Pues, si señor: ¿Con que todos buenos, eh? (a *Eduardo*) ¿Recibió mi carta?

Eduardo. — Sí. Por eso lo esperaba.

Rodríguez. — (*Pausa*). Está bueno, está bueno. Si señor. (*Después de una pausa, saca una gran cigarrera y ofrece con prosopopeya*). Un cigarro, tres equis puro. De estos no hay en plaza. Yo los recibo directamente. (*Le da uno a Eduardo*).

Eduardo. — Gracias.

Rodríguez. — (*A don Lucio*). Tome usted, verá que ceniza.

Don Lucio. — Agradezco; no fumo.

Rodríguez. — (*Sacando una cajita de bombones*). Señorita... unos chokolatines. Sírvese con confianza. No hay que fijarse en la cantidad... sino en la calidad.

Elena. — Sí... gracias. (*Pausa*).

Rodríguez. — Sí, señor. Está bueno. — Por mí no interrumpen la conversación. Tal vez trataban algo interesante.

Eduardo. — Hablábamos de construcciones. Don Lucio me hacía notar aquellos obreros que edifican y cantan al mismo tiempo. Decía que era un símbolo. ¿Qué le parece?

Rodríguez. — No, no, no. — O se edifica o se canta. O se canta o se edifica. — Primero la obligación y después la devoción.

Don Lucio. — Es que en este caso...

Rodríguez. — Todo lo que usted quiera... Pero lo que es yo no habitaba esa casa. No, señor. ¿Qué dice usted, señorita?

Elena. — Nada.

Rodríguez. — ¿Está usted pensadora... o pensativa?

Elena. — No, distraída.

Don Lucio. — (*Acercándose a Elena*). Y nerviosa. Vamos: eso no está bien.

Eduardo. — Y todo por una letra.

Rodríguez. — ¿Cómo?

Eduardo. — Sí, le dábamos bromas con la Helena griega, por la cual destruyeron una ciudad.

Rodríguez. — ¡Qué bárbaros!

(*Don Lucio queda junto a Elena y Eduardo con Rodríguez.* — *Los diálogos siguientes han de ser simultáneos*).

Eduardo. — ¿Que tal esos negocios? Siempre adelante?

Rodríguez. — Sí, sí, sí....

Eduardo. — ¿Ha meditado bien lo del viaje? Yo creo que le conviene.

Rodríguez. — Sí, amigo mío, hoy se resolverá todo!

Eduardo. — (*Palmeándolo*). — Oh... usted es hombre de empresa y ha de salir bien...

Don Lucio. — No te preocupes, hija...

Elena. — Es que ya me voy cansando de soportar ironías.

Don Lucio. — Bueno, bueno; hay que esperar.

Elena. — Esperar... esperar... ¡Siempre lo mismo!

(*Se oyen nuevamente los cantos de los obreros.* — *El eco se escuchará por breves instantes*).

Don Lucio. — ¡Oyes, Eduardo! Otra vez los cantos.

Eduardo. — Vamos a escucharlos, porque tengo que salir... Hasta luego, señor Rodríguez.

Rodríguez. — Que usted lo pase bien.

Elena. — (*Suplicando*). Don Lucio... yo quisiera decirle.

Don Lucio. — Volveré más tarde. Ha quedado pendiente la partida.

Elena. — Pero ahora... ¿Dónde va usted?

Don Lucio. — (Retirándose con Eduardo).

“A mis soledades voy
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos...”

(Quedan Elena y Rodríguez de Salazar en primer término y don Lucio y Eduardo cerca del foro, mirando hacia la construcción y simulando diálogo. — Cada vez que se produzcan pausas violentas entre Elena y Rodríguez, se oirá como un murmullo del diálogo de Eduardo y don Lucio)

Rodríguez. — (Después de una pausa). Sí, señor. ¿Por qué está usted tan serio?

Elena. — ¿Yo?

Rodríguez. — Sí, usted. (Como un píropo). Las caras bonitas se descomponen cuando se arrugan.

Elena. — Es que... ya soy vieja.

Rodríguez. — Vieja... (Acercándose insinuante). Ya quisieran muchos... y sobre todo algunos que usted conoce... y que la estiman... si señor la estiman... la aprecian... y algo más. (Saca una gran cartera). ¿Sabe usted lo que tengo aquí?

Elena. — Dinero.

Rodríguez. — Es cierto; hay valores muy importantes, como para hacer temblar la Bolsa. Pero hay algo que... (Mostrando unas flores rojas). Mire usted...

Elena. — Ah... las flores... las flores... ¿Usted?

Rodríguez. — Sí, yo.... Ya las ve, bien guardaditas. Esto quiere decir algo.

Elena. — Sí, sí, comprendo.

Rodríguez. — Es claro... Las guardo porque son suyas. ¿Qué le parece?

Elena. — ¿Y si se perdieran? (Pausa).

Rodríguez. — (Insinuante). Si usted quisiera, yo sería capaz de muchas cosas. — No encontraría palacio digno de usted...

Elena. — Yo.... no sé... quiero demasiado mi casa: mis flores, mis pájaros. Aquí he vivido....

Rodríguez. — Eso es lo de menos. Flores, pájaros, fieras... colecciones magníficas, las compraría...

Elena. — Pero... no serían éstos.

Rodríguez. — Bah... no importa.

(Pausa. — Alberto Laguna llega frente a la verja y saluda a Eduardo y Don Lucio, simulando diálogo).

Rodríguez. — ¿Toca usted mucho el piano?

Elena. — A veces...

Rodríguez. — Es claro.... eso cansa. Si usted quisiera... no le faltarían pianolas, aristonas... Yo soy loco por la música. (Pausa). Si usted supiera qué triste es la soledad!

Elena. — (Con ironía y acongojada). Sí, triste.... muy triste... muy triste.

(En este momento ve a Alberto que la saluda desde el foro).

Rodríguez. — Se ha emocionado usted con mis palabras.

Elena. — No, no.

Rodríguez. — Yo no quise tanto. (*Toma la cajita de bombones de arriba de la mesa*). Tome usted... pruébelos, le van a agradar.

Elena. — (*Después de haber mirado con insistencia a Alberto, que trae un ramo de flores rojas en la boutonnière*). Escuche: esas flores no son las del ramo que yo arrojé. (*Don Lucio se despide y hace mutis por el foro, izquierda*).

Rodríguez. — Pero como no... Estoy bien seguro.

Elena. — Ahora yo también estoy segura de que no lo son.

Eduardo. — (*Hablando hacia la izquierda*). Cuidado, don Lucio, no vaya a pasar bajo los andamios!... ¿Qué?... Sí, es jettatura, já, já...

Rodríguez. — (*A Elena*). Pero explíquese usted.

Elena. — No ve...

Alberto. — (*A Eduardo*). Deseo saludar a su familia.

Eduardo. — Sí, pase, pase.

Rodríguez. — Pero...

Elena. — ¿No tiene usted ojos para ver?

ESCENA VI

ELENA, RODRIGUEZ DE SALAZAR, EDUARDO
y ALBERTO

Alberto. — (*Saludando a Elena*). Muchísimo gusto.

Eduardo. — ¿Ustedes se conocen?

Rodríguez. — Sí, de vista. ¿Qué casualidad encontramos ahora... eh?

Alberto. — (*A Elena*). ¿Melancolías?

Eduardo. — Bah... Mi hermana se preocupa por cualquier cosa.

Alberto. — Las ilusiones, la quimera.

Eduardo. — Eso: Y al fin y al cabo, las ilusiones son para el alma de las mujeres como los polvos que llevan en la cara: concluyen por caerse, mostrando las arrugas y los surcos que deja el tiempo. Es mejor no usarlos.

Alberto. — Filosófico está.

Eduardo. — Tengo mis caídas. (*A Rodríguez*). ¿Qué le parece?

Rodríguez. — Eso no está bien.

Eduardo. — ¿Por qué?

Rodríguez. — Porque... se me ocurre que... en broma, es claro!... las ilusiones son rosadas... y los polvos son blancos. (*Risas*).

Eduardo. — Tiene gracia. Bueno, mis amigos, ustedes me dispensarán por unos instantes. Vengo en seguida. (*Se dirige a las habitaciones*).

Elena. — ¿Por qué no pasan? Mamá está ahí.

Rodríguez. — Después iré a saludarla (*sacando un gran reloj*), porque a las cinco sin falta tendré que ir al Banco. Una operación importantísima.

Alberto. — Está tan hermoso aquí.

Eduardo. — (*Despacio a Rodríguez*). Y piense usted en nuestro asunto.

ESCENA VII

ALBERTO, RODRIGUEZ Y ELENA

Rodríguez. — (*Después de una pausa bastante violenta*). Está bueno, si señor. — Si señor, está bueno. (*Pausa*). (*Sacando nuevamente la cigarrera*). ¿Quiere usted un cigarro?

Alberto. — Gracias.

Rodríguez. — Tres equis... puros. De estos no hay en plaza.

Alberto. — Gracias, no fumo.

Rodríguez. — Si señor, si señor, está bueno. (*De pronto a Elena*). Ahora me explicará usted...

Alberto. — (*Interrumpiendo*). Elena: ¡le debo una disculpa. — Ayer no tuve oportunidad de acercarme para agradecerle sus flores.

Elena. — (*A Rodríguez*). Ve, todo queda explicado... Está usted confundido.

Rodríguez. — No, la de la confusión es usted porque ignora lo que ha ocurrido. (*Saca la cartera y muestra las flores*). Estas son auténticas...

Elena. — No es posible.

Rodríguez. — (*Señalando las que tiene Alberto*). ...Y esas también.

Elena. — ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

Alberto. — Cierto. Algo inesperado, inevitable, ridículo, si usted quiere, pero...

Rodríguez. — Verá, verá. Cuando usted arrojó el ramo, este joven se apresuró a recogerlo. — Pero yo (*tocándose el párpado*) que no me pierdo de vista, reclamé mi parte. Al principio discutí, protesté, pero como nos asistía igual derecho y se trataba de personas cultas...

Elena. — ¿Qué? (*Con ansiedad*). Diga pronto.

Rodríguez. — Pues... Yo le propuse una transacción: la mitad para cada uno. Ahora usted resolverá.

Elena. — ¿Es cierto?

Alberto. — Perdóneme. Yo no he querido provocar esta situación forzada... y violenta. Fué un momento de vacilación y de duda. ¿*Para qué* producir una escena, *para qué*? Le aseguro que esta tarde he venido sin ánimo preconcebido y sin presumir estas explicaciones que soy el primero en lamentar.

Elena. — Basta, basta, basta. No tiene usted porqué disculparse, ni usted porqué insistir. Yo no he arrojado ese ramo. Será de otra persona.

Rodríguez. — ¿Qué bromista, eh? Estos dos ojos lo vieron perfectamente.

Elena. — No, no. No he sido yo... no puedo haber sido yo. (*A Alberto*). ¿Verdad que no?

Rodríguez. — Pero si lo llevaba usted sobre el pecho. Vamos, estoy tan seguro como...

Elena. — Repito que no. (*Pausa*). Usted, Alberto, mejor que nadie me conoce. Usted que me ha visto cuidar estos rosales con mimo, con ternura... No, no puede ser... (*Transición*). Yo sé que ya no creen en estas cosas. Usted, transa sus negocios, usted sus pleitos, y todo lo concilian, todo lo reparten, todo lo calculan; hasta el amor.

Alberto. — Elena!

Elena. — Sí, hasta el amor. Recién me doy cuenta. Para qué sentirlo intensamente, dominador y exclusivo? ¿*Para qué*, verdad?

Rodríguez. — Parece que hablara usted en verso...

Elena. — ¡*Para qué!*... Esa es la frase cruel, con que ustedes enfrían el alma, rompen el encanto de las cosas inefables; ahogan, sí, ahogan todas las vibraciones del espíritu; las más puras, las más

nobles, las que sólo reclaman un poco de luz para vivir la vida... (Con emoción).

Alberto. — ¡Vivir la vida!... Si se pudiera!

Rodríguez. — Es claro que se puede. Que se va a vivir entonces... ¿la muerte?

Alberto. — Pero reconozca usted que el delito —si lo hay— es de todos. Las cosas son así.

Elena. — No son así. — Las hacen ustedes porque piensan los sentimientos. — ¿Quieren que también pensemos nosotras?

Rodríguez. — Yo no comprendo. Todo esto por una flor.

Alberto. — Elena: usted exagera los hechos y su imaginación le hace perder el sentido exacto de las cosas. — Más de una vez, cuando hemos hablado cordialmente en este mismo sitio, le he reprochado su excesiva confianza, su optimismo, casi diré... Su ingenuidad.

Elena. — No... Si esta es la última de mis sinceridades. No lo puedo remediar. Soy..... como soy. Ya sé que me habrán juzgado desequilibrada....

Rodríguez. — No tanto, no tanto. Un poquito novelera.

Alberto. — Yo también en la adolescencia, padecí del mismo mal; pero unas cuantas lecciones rudas y crueles, me han enseñado a aquilatar fríamente las circunstancias. — El amor, es a veces, una enfermedad. — Si dejamos al corazón que hable libremente; si derrochamos todas las emociones en el primer impulso, puede convertirse en nuestro peor enemigo. — Puede ser el pordiosero del

alma. No es mejor proceder cuerdamente y ahorrar en la primavera para cuando venga el frío, con todo su cortejo de nieblas, estar a cubierto de sus rigores?

Rodríguez. — Es claro. El ahorro... es la base de todo. El que nada guarda, nada tiene.

Elena. — Ya veo que están muy cerca uno del otro. Hay que calcular bien las probabilidades... pensar... medir...

Alberto. — Es usted un poco injusta. Ciertamente que hoy un conjunto de detalles se han conjurado como una acusación. Pero hay que vivir con la época. Las furias pasionales, quedaron para la novela y para el teatro. — Ya ve usted: yo que varias veces he arriesgado la vida en lances personales, por un suelto político, por una ironía, por una palabra, me vería cohibido de hacerlo por cuestión amorosa.

Rodríguez. — Yo igual.

Alberto. — Y es que en los otros casos se va a la lucha, no porque se crea que es el único medio de reparar agravios. Se va porque los demás lo mandan, lo quieren, lo exigen. — El dilema es brutal: o se mantiene el brazo firme y la cabeza erguida o lo desalojan sin compasión, en medio de la indiferencia y el desprecio. — La vida es así. Convéznase usted...

Elena. — Sí... sí... No hable más. Comprendo que se luche por cosas que interesan. Comprendo que he vivido en un mundo muy distinto al de ustedes. Tiene usted razón, ahora me doy cuenta.

Ha dicho una verdad inmensa... lo desalojan, si, lo desalojan...

Alberto. — ¿De modo que no me guarda usted rencor?

Elena. — No... ahora no. (*Con desdén*). Si supieran ustedes lo que he aprendido en un solo día se quedarían asombrados!

Rodríguez. — Pero vamos a ver, hablemos claro.

Elena. — Eso es, hablemos claro.

Rodríguez. — Es necesario concretar. Ya saben ustedes que a las cinco me esperan. (*Vuelve a sacar el reloj*).

Elena. — Ah... y no vaya usted a faltar. Ya sabe que lo desalojan, sí, lo desalojan. Únicamente que se tratara de cosas sin importancia... de afectos... de sentimientos... de amor... Entonces no hay peligro.

Alberto. — Vuelve usted a ser injusta.

Elena. — No, muy razonable. ¿Dónde se ha visto que por amor se sufra, se lllore, se luche hasta el sacrificio?... Usted lo ha dicho: únicamente en la novela y en el teatro.

Alberto. — Ah... esa imaginación. — Don Lucio es el culpable... Todos hemos pasado por esas crisis.

Elena. — Sí... yo también... *ya pasé*. — Es claro, él siempre me repetía: cada mujer es una lira y a los hombres superiores debe importarles mucho que lo sean. — ¡Los hombres superiores! ¡Pobre amigo mío! No darse cuenta que hoy las liras son cosas, objetos. Mírenlo, ahí llega...

ESCENA VIII

DICHOS y Don LUCIO por el foro

Don Lucio. — Cómo disfrutaban ustedes de la tarde apacible. Han buscado el rincón más delicioso para charlar a gusto.

Elena. — Llega usted a tiempo para sacarnos de una duda y para resolver con su experiencia un problema...

Alberto. — (Me figuro que no va usted a enterarlo).

Don Lucio. — ¿Es muy grave?

Elena. — Yo creo que sí... ¿verdad?

Don Lucio. — Vamos a ver...

Elena. — Figúrese usted: un pleito original. — Hubo una mujer...

Don Lucio. — ¿Pero es un cuento?

Elena. — ...hubo una vez una mujer de quien dos caballeros solicitaron un ramo de flores...

Don Lucio. — Ah... ya entiendo.

Elena. — ...que fué arrojado como una ofrenda...

Uno de ellos lo recogió, pero como otro también lo reclamaba, a fin de evitar discusiones inútiles... ¿verdad?... lo repartieron por mitades. La casualidad los reunió después, para conocer la intención del homenaje... Aquella mujer no supo qué contestar, pero consultó con un amigo muy viejito que pasaba por allí (*abrazando a don Lucio*) y, como éste la quería de verdad, le contestó... le contestó... que... ¿qué fué?... ¿qué fué lo que le dijo? (*Pausa*).

Don Lucio. — Al principio quedó sorprendido, muy sorprendido... Era aquello tan *nuevo* y tan ex-

traño... Pero después se acordó de Salomón, que siendo mucho más viejo y más sabio, ya había resuelto un caso parecido.

Rodríguez. — ¿Cuál?

Don Lucio. — El de dos mujeres que disputaban por un niño diciendo que era hijo suyo. Entonces el árbitro, procediendo sabiamente, ordenó que se partiera en dos a la criatura. ¿Qué sucedió?... Una de las mujeres permaneció impasible, pero en cambio la verdadera madre, protestó, lloró, gimió, consintiendo por último que lo llevara su rival, antes de ver sacrificada a la criatura. Pues una flor dada por una mujer, puede ser como un latido de su alma. Si dos la disputan...

Elena. — Sí... ¿qué se hace?

Don Lucio. — Se divide como al niño en dos partes y se sabrá cuál es el verdadero dueño.

Rodríguez. — Mire qué gracia... ya está partida.

Don Lucio. — Ah... entonces no era para ninguno porque ninguno de los dos la quería... Al repararla, mataron lo mejor que había en ella y por una cosa muerta no vale la pena discutir... (*Dirigiéndose al chalet*). Si ustedes me permiten voy a continuar una partida que había quedado pendiente... ¿Qué tarde más linda, eh?... Con permiso. (*Mutis por el chalet*).

ESCENA IX

ELENA, ALBERTO y RODRIGUEZ DE SALAZAR

Elena. — (*Después de una pausa*). ¿Lo oyen ustedes? No vale la pena discutir.

Rodríguez. — Sí, vale la pena, pero hablando sin ro-

deos. A franqueza nadie me gana y tengo aprendido que en todos los asuntos de la vida se debe ir al grano. Señorita: Usted conoce mis aspiraciones, las cuales espero realizar — ¡Dios mediante! Y si usted no se opone. ¿Qué hago con estas flores?

Elena. — (*Gesto de confusión*). Yo... no sé.

Alberto. — Dígalo usted. Hace un momento hubiera considerado ridícula esta excusa. Ahora... también me interesa saberlo.

Elena. — Pues bien, verán ustedes cómo algo he aprendido. — Seré completamente razonable. Deme usted. (*Toma las flores que Rodríguez tiene en la mano*). Y usted también. (*Toma rápidamente las que Alberto lleva en el ojal del saco*). — Después las tira al suelo). Esto ya no existe. Fué algo que pasó y que no tiene importancia.

Rodríguez. — ¿Qué ha hecho?

Alberto. — Pero...

Elena. — Un momento, un momento. He dicho que seré completamente razonable. (*Va hasta el rosal y arranca una rosa*). Aquí hay otra flor. ¿La quieren ustedes?

Rodríguez. — Sí.

Elena. — Pues para obtenerla hay que llegar muy alto... (*Se la coloca en el pelo*) hay que llegar hasta aquí.

Rodríguez. — ¿Pero cómo?

Alberto. — Elena!...

Elena. — Nada de frases, gestos ni actitudes: "Hay que vivir con la época; las furias pasionales quedaron para la novela y el teatro". ¡Oh!... Voy a

resultar una discípula muy aventajada! Las mujeres sabemos aprovechar muy bien las lecciones que nos dan, por dolorosas que sean.

Rodríguez. — Otra vez la misma confusión. — ¿Qué hemos de hacer? Discutir, luchar...

Elena. — Sí, luchar... Cada uno con sus armas, como si se tratara de una de tantas cuestiones que a diario les preocupan. — Será una justa moderna. (*A Rodríguez*). Usted, la voluntad de hierro, que vence todos los obstáculos a fuerza de rigor, el hombre práctico que todo lo conquista; continúe la pirámide de sus éxitos, amontone oro, mucho oro... y... quién sabe. Y en cuanto a usted (*a Alberto*) recuerde sus palabras: el brazo firme... porque si no lo desalojan en medio de la indiferencia y el desprecio...

Rodríguez. — ¿Y después?

Elena. — (*Con afectada gravedad*). Después... resolveré. — Pensaré fría y juiciosamente lo que más convenga, meditaré todas y cada una de las circunstancias, calcularé las probabilidades y entonces... decidiré. — Hay que llegar muy alto. Seré una mujer digna de ustedes. ¿Aceptan?

Rodríguez. — Exagera usted un poco y plantea la cuestión en términos... así... pero acepto. Me gusta más la lucha franca y sin tapujos, aunque parezca grosera, que esa comedia sentimental digna de chicos de colegio. — El amor viene después, con el trato... con la vida en común. (*A Alberto*). ¿Y usted qué dice?

Alberto. — Yo... estoy sorprendido.

Rodríguez. — Sí, también aceptará. Después de lo

ocurrido hay que llegar a una solución. Bien, perfectamente bien. Al fin hemos hablado claramente. Ahora sabremos a qué atenernos. ¿Y cuándo decidirá usted?

Elena. — Ah... el plazo corre de mi cuenta. Tengo que hacer vida nueva: razonar, calcular, meditar fríamente... ¿Han visto ustedes qué sencillo es todo esto?

Rodríguez. — Ahora estoy contento.

Elena. — ¡Yo también alegre... muy alegre... muy alegre... (*Con tristeza*).

ESCENA X

DICHOS y PEPA por el foro

Pepa. — (*Entrando apresuradamente*). Señorita, señorita...

Elena. — Ah... Pepa.

Pepa. — ... Perdonen...

Elena. — Habla.

Pepa. — Ah... Si usted supiera lo que ha ocurrido. ¡Un escándalo! Ese hombre cualquier día va a hacer una barbaridad; los celos lo tienen perdido... perdido.

Elena. — ¿Pero... qué hizo?

Pepa. — Nada... una zoncera... Cuando supo que Don Melchor me perseguía y me hacía proposiciones *se le fué al humo*, ciego de rabia, lo provocó, lo insultó y armó un escándalo, llegando hasta pegarle. Ah... está hecho una furia. Y

tiene razón, porque el otro bien sabe que yo le he dado la palabra...

Elena. — ¿Lo viste?

Pepa. — Sí, y ha llegado hasta amenazarme. Está loco y el día menos pensado... Yo no sé.

Elena. — ¿Y tú... lo quieres?

Pepa. — Naturalmente... Por eso lo atiendo. Ah... señorita, si usted quisiera, podría arreglarse todo esto...

Elena. — ¿Casándose?

Pepa. — Sí... o de otra manera... porque sino esto va a concluir mal. Él tiene ese genio así, que yo no sé de dónde lo ha sacado...

Elena. — Vé... habla con mamá.

Pepa. — (*Retirándose*). Dónde vamos a parar... Esto no puede seguir así... porque cualquier día... con ese genio... no faltaba más... (*Mutis por la derecha*).

ESCENA XII

DICHOS menos PEPA, después EDUARDO

Rodríguez. — (*Después de una pausa*). ¡Las cosas del bajo pueblo! Pobre gente!

Alberto. — ¡Gente feliz!

Rodríguez. — Parece mentira: tienen que sudar todo el día para ganarse un jornal y aún les quedan ganas para armar alborotos por cuestión de fal-das!...

Alberto. — Es lo único que les queda! Hacen bien.

Eduardo. — (*Desde la terrasse*). ¿Pero, están ustedes en sesión permanente? ¿Qué ha resuelto ese comité? Seguramente cosas importantísimas.

Rodríguez. — ¡Oh... ya lo creo! "Cosas grandes para el mundo, pero chicas... (*rectificando*) no, no... "Cosas chicas para el mundo, pero grandes para mí...".

Eduardo. — Usted también hablando en verso? Este don Lucio nos va a trastornar a todos. ¿Y se puede saber?

Rodríguez. — Ya se sabrá. (*Acercándose*) Por lo pronto he meditado bien las cosas y me parece que su viaje se realiza... Puede usted efectuar una comisión ventajosa para... los dos.

Eduardo. — ¿Por qué no pasa aquí y hablamos del asunto?

Rodríguez. — Sí; y al mismo tiempo trataré con su mamá de algo que le interesa. Hemos de arreglar el asunto... (*Sacando el reloj*). Ya es algo tarde pero tengo tiempo. (*Sube la escalinata*).

Eduardo. — (*A Elena*). Mira, podías darnos un poco de té.

Elena. — (*Encaminándose al chalet*). Sí, voy.

Eduardo. — (*Muy afectuoso con Rodríguez*). Pase, pase, amigo mío... Sin cumplidos. (*Ambos hacen mutis por el chalet. Elena va a subir la escalinata*).

ESCENA XIII

ALBERTO y ELENA

Alberto. — Elena.

Elena. — ¿Qué?

Alberto. — Escúcheme.

Elena. — ¿Para qué... *para qué?*

Alberto. — ...Un momento, un instante; después tendrá tiempo de ejecutar su venganza.

Elena. — (*Acercándose*). ¿Mi venganza?

Alberto. — Sí, su venganza. Justa, muy justa; pero venganza al fin.

Elena. — Y usted...

Alberto. — Sí... Tiene razón. La culpa no es suya. Ahora tal vez usted no crea en mi sinceridad.

Elena. — ¡Quién sabe! Pensaré, calcularé.

Alberto. — No, Elena. Deje esa máscara por un momento y crea que hablo con el corazón.

Elena. — Uf... ¡El corazón!... Eso es muy viejo.

Alberto. — Sí, he sentido como un recio latigazo de vida en el espíritu y ha pasado por mí como un relámpago la certidumbre, la evidencia, de algo muy doloroso. ¿Quiere que sea profundamente sincero?

Elena. — Por curiosidad... ¿Qué va usted a decir?

Alberto. — Hace un momento, para salir de una situación violenta para todos, propuso usted...

Elena. — Si... Una justa moderna. — Una lucha en que se pondrá a prueba la voluntad, el carácter, el amor... propio.

Alberto. — Pues bien; yo no la acepto. Renuncio a ella y me declaro vencido de antemano.

Elena. — ¿Lo ha pensado bien?

Alberto. — No lo he pensado... lo he sentido.

Elena. — Es extraño. Provocar una situación para retroceder antes de llegar al final. ¿Qué fué de ese espíritu práctico con que se ganan las más gran-

des empresas? Mire usted. (*Señala al chalet*). Ahí está el enemigo en acecho, esperando la oportunidad de ganar la partida. Ahí dentro, si, ya ha empezado la lucha. El interés tiende sus redes, la conveniencia afila sus garras, el fuerte clava las uñas sobre el débil, que al fin ha de entregarse cansado de luchar... Por mi parte ya estoy preparada para todo. Ustedes me han transformado. ¿Voy a permanecer inmutable acaso? Meditaré, tendré en cuenta lo que convenga. (*Con dolor*).

Alberto. — Precisamente, por eso es que yo no acepto la lucha. Porque usted ha cambiado, porque usted es otra. ¡Si el escepticismo me hizo dudar frente al raudal purísimo, ¿cómo quiere usted que me haga creer en la corriente oscura y turbia? (*Con sinceridad y calor*). Vuelva usted a ser la mujer de antes, la que arrojó una flor como ofrenda del alma y verá entonces como lucho y triunfo. Triunfo, si. Frente al peligro de perderla para siempre, he sentido latir el corazón. Dejemos que hable libremente. No se cubra usted con esa máscara cruel que la hace egoísta y calculadora— porque entonces se habrá perdido todo... todo, y no valdrá la pena luchar ni vencer...

Elena. — ¿Acaso soy culpable?

Alberto. — No, el culpable soy yo. La culpa la tenemos todos los que en la vida nos creemos buenos, fuertes, desinteresados, pero llegamos a dudar de sus más nobles fines, a fuerza de chocar con el interés sórdido y brutal; olvidando que hay un refugio inviolable en el alma de ustedes

al que sólo se debe llegar por amor, ese amor único, dominador y exclusivo, absoluto y tirano, egoísta de su propio bien, que no duda, que no razona porque es impulso misterioso y secreto... Elena: en este instante soy un hombre sincero. He experimentado el dolor hondo y profundo de ver alejarse una primavera. Haga usted que vuelva y me verá resuelto y luchador, con generoso brío, con noble impulso...

Elena. — *(Dulcemente)*. ¿Y si fuera tarde?

Alberto. — No; en su alma puede reverdecer la florecencia de la esperanza y el ensueño. Perdóne usted al que no supo mirar hasta el fondo.

Elena. — *(Con ironía)*. ¿Para qué... para qué?

Alberto. — No repita usted esa frase cruel, que envenena y que mata.

Elena. — De usted la he aprendido.

Alberto. — Olvídela... como la olvido yo. Y si la recordamos, sea tan sólo para preguntar: *(al oído y amorosamente)* para qué engañarse, para qué mentir, para qué ahogar los más nobles impulsos, para qué desvirtuar lo más hermoso, lo más humano, acaso lo único que hace bella y amable a la vida? ¡Míreme Elena: no me ve transfigurado? Aquí junto a usted, después de la prueba dolorosa, siento palpitar un hálito misterioso de vida nueva y fecunda, que llega a lo más íntimo de mi ser. *(Muy cerca y con ternura. — Elena con gran turbación esquivará la mirada)*. Yo la quiero, sí, la quiero... la quiero. Pero como era antes, afectuosa y sonriente, candorosa y buena... Junto a usted siento renacer todas las

esperanzas. ¿Recuerda aquellas tardes de dulce y suprema poesía?... ¿Recuerda aquellos versos *(Tratando de que Elena lo mire y muy dulcemente)*... Ojos claros, serenos, que de dulce mirar sois alabados; ¿por qué si me miráis, miráis airados? *(Pausa. — Elena muy emocionada y tratando de ocultarse a las miradas de Alberto, se acongoja)*. ¿Llora usted?

Elena. — No, no...

Alberto. — *(Insistiendo para que lo mire)*. Olvidemos lo pasado y vamos hacia el porvenir que nos sonríe. — Yo sabré tener el brazo firme y la cabeza erguida!... *(Elena lo mira aparentando enojo)*... "Ojos claros, serenos, ya que así me miráis, miradme al menos" *(Se estrechan las manos y se miran por un instante con amoroso abandono. — Alberto va a besarla, pero Elena con ademán de coquetería, lo rechaza suavemente)*.

Elena. — No... hay que ganar la apuesta.

Alberto. — Pero... la lucha era para la otra mujer... la razonable, la egoísta, la prosaica. — Yo quiero a ésta.

Elena. — ¡Vanidoso! ¿Y si la mujer razonable no lo perdona?

Alberto. — Ya me ha perdonado.

Elena. — Pero... no podemos faltar a la palabra empeñada. — *(Siéntese murmullo de diálogo en el chalet)*. Ahí llega el adversario.

Alberto. — ¿Qué hacer, entonces?

Elena. — ¡Qué hacer!... El brazo firme, la cabeza erguida!...

ESCENA XIV

DICHOS y RODRIGUEZ y EDUARDO por la terrasse

Rodríguez. — Todo se arreglará. Si señor. — Usted hará el viaje, amigo mío, y su madre aceptará la prórroga que es un simple obsequio... (*Viendo a Elena y Alberto*). Ah... ¿Ustedes por aquí, todavía?

Alberto. — Sí, el sitio es delicioso.

Rodríguez. — La verdad que el panorama es digno de un cuadro.

Eduardo. — Bonito anda el arte.

Rodríguez. — No, amigo mío. El arte... es el arte. Y hay que protegerlo. Precisamente ayer compré un cuadro bien grande, y con una buena firma.

Alberto. — ¿Tres equis? (*Risas*).

Rodríguez. — Tiene gracia. Já, já, já. Bueno, amigo mío, la partida está empeñada. A luchar y... a vencer.

Alberto. — Sí.

Eduardo. — ¿Qué partida?

Rodríguez. — Ah... Su hermana lo sabe. Y a propósito, señorita, ¿cuándo va a vencer ese plazo?

Elena. — Pues... se me ha ocurrido, que no necesito mucho tiempo para resolver. Esta tarde a las cinco.

Rodríguez. — Ah... (*sacando el reloj*) bien sabe usted que a esa hora tengo precisamente un negocio importantísimo. Recuerda usted? Y ya sabe que si uno se descuida, lo desalojan, sí, lo desalojan... como decía el señor (*por Alberto*) hace un momento. Pero eso es una broma... (*Despidiéndose*)

bah... (*a Elena*) lo conozco en su cara. — Hasta mañana, eh? Vamos, Eduardo. (*Se aleja con Eduardo hacia la verja y desde allí exclama*): Pues sí, la partida está empeñada.

Elena. — Y si lo del plazo... no fuera broma?

Rodríguez. — Oh... yo sé que es.

Elena. — No, no... esta tarde a las cinco

Rodríguez. — (*Después de dudar breves instantes*). Bueno, en ese caso... por las dudas... a esa hora yo hablaré... por teléfono. — (*Mutis con Eduardo. — Siéntese el sonido de la corneta del automóvil*).

ESCENA XI

ALBERTO y ELENA

Elena. — (*Después de una pausa*). Ha visto cómo se vence a ese enemigo?

Alberto. — Sí, Elena... Y ahora... la flor es mía.

Elena. — Ahora... (*Saca la flor del pelo*). Ahora sí.

Alberto. — Pero, esa flor es la de la otra... mujer.

Elena. — No, es la mía. (*La besa y va a ofrecérsela a Alberto, pero reacciona con un gesto de amorosa ironía*). Pero... hay que conquistarla, cumpliendo lo prometido. A las cinco. (*Se pone la flor en los labios*).

Alberto. — (*Estrechándole las manos*). A las cinco. (*Después de mirarse un instante amorosamente, Alberto se aleja y saluda desde la verja, mientras Elena sonríe con la flor en los labios*). (*Telón lento*).



INDICE

	Págs.
Ficha biográfica	II
Perfil, por Ovidio Fernández Ríos	13
A propósito de "Teatro Nuestro"	19
FARSA CRUEL	27
EL CREDO	III
LA ROSA NATURAL	155
